

Náufragos de una revuelta

Manuel Felipe Zamora



Manuel Felipe Zamora, el curro, nació el 16 de mayo de 1955 en Cariaguaita, un caserío ubicado en las extinguidas riberas de lo que antes fue el río Cariagua del Municipio Bolívar en el Estado Falcón.

Estudió primaria en una elemental escuelita que llevaba por nombre, “La Vega de Cariaguaita”. Allí estudió hasta Sexto Grado, hijo de una india de recio estirpe llamada Silvia Cristina Zamora y de un Cabureño nombrado Moisés López García, (Meneco).

A los trece años se largó a la aventura más desconocida por ser humano alguno; se fue a la Guerrilla, que, en la década de los sesenta, tenía como escenario la Sierra falcioniana.

El Curro fue uno de los últimos jefes que tuvo el Frente Guerrillero que operó en toda la serranía de Falcon y terminó trasladando sus operaciones civiles y militares hacia las zonas campesinas de los Portuguesa, Barinas y Trujillo hasta su desaparición a raíz de aplicarse la política de pacificación bajo el gobierno de Rafael Caldera.

A finales de la década de los setenta sale a la actividad legal como militante del PRV – RUPTURA. Luego, a principios de los años ochenta, junto a Julio Chirino (Cabito), Francisco Gamarra (Tabanuco), Douglas Zabala (Marcopolo), Roy Daza, Betty Martínez, Iván Daza (El Chino Daza) y Ali Rodríguez (Fausto) participa en la fundación de la organización política “Tendencia Revolucionaria”.

Con Tendencia Revolucionaria, aprovecha su incorporación a la legalidad y las luchas pacíficas, democráticas y electorales, para reiniciar sus estudios de bachillerato por libre escolaridad, terminando su formación política y social, en la Habana, Cuba, en el Instituto de Estudios Políticos Níco López.

El Curro Zamora desde su estado Falcon junto a luchadores sociales y pobladores, emprende la fundación del actual Municipio Sucre, del cual será su Primer Síndico Procurador. A raíz de la insurgencia del 4 de febrero, acompaña al comandante Hugo Chávez Frías, en la fundación del Movimiento Bolivariano Revolucionario — 200 (MBR 200).

Como dirigente del MBR200 surgió electo Diputado del Consejo legislativo del Estado Falcon, ocasión que le permitió ser presidente de ese cuerpo legislativo.

Por diferencias éticas y políticas entra en discrepancia con su principal líder, quien, en esos momentos, era presidente de la República y resuelve separarse de su militancia en el MBR 200.

Manuel Felipe Zamora, El Curro, se va nuevamente a su Sierra falcioniana, la misma Sierra que un buen día, siendo apenas un muchacho, lo vio partir tras una columna guerrillera comandada por el legendario Duglas Bravo. Volvió a la Sierra de sus delirios, donde ahora comparte sus actividades agropecuarias, con la participación, todavía, en las luchas políticas por el viejo sueño de tener una patria liberada.

Es Autor de “Reflexiones del Extravió” (Memorias de una guerrilla).

Sultana del Lago Editores. Maracaibo. Pp. 506.

Náufragos de una revuelta

Manuel Felipe Zamora

Manuel Felipe Zamora
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-6275-8
Depósito Legal: ZU2025000189

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

PRÓLOGO

La primera vez que me topé con el Curro fue en un Caserío en Yaracuy — muy cerca de la vía que conducía hacia el Teatro de Operaciones Antigüerrilleras N°5, el otrora terrorífico TO5 de Yumare, donde años atrás yo había permanecido detenido y enjuiciado por un Tribunal Militar acusado de subversivo. Llegué esa noche al sitio acompañado de Argelia Melet, la esposa de Douglas Bravo y otros compañeros que veníamos de Caracas a encontrarnos con Magoya, Treco y por supuesto con el Curro.

Eran tiempos donde ni por nuestras mentes aguerriadas pasaba la idea de convertirnos en náufragos de los que hoy Manuel Felipe Zamora nos trae al presente, ahora de manera mágica y novelada en su rol de escritor irreverente y alzado, pero teniendo como armas su exquisita imaginación.

La historia de Venezuela en la segunda mitad del siglo XX estuvo marcada por sueños revolucionarios de una pléyade de jóvenes y experimentados militantes de izquierda donde a muchos de ellos se les desvanecieron entre selvas y montañas, en el fuego cruzado de ideales y realidades.

“Náufragos de una revuelta” nos sumerge en este tiempo convulso, en la lucha de quienes quisimos cambiar el rumbo de la nación y, sin embargo, esos sueños quedaron atrapados en el olvido y ahora en

los recuerdos de su propia historia.

En esta maravillosa Obra del Curro, el lector se enfrenta a la derrota de la guerrilla, no solo como una lucha política fallida, sino como una experiencia humana desgarradora. Sus personajes encarnan la desesperanza y la obstinación, el dilema entre la convicción y la realidad, y la búsqueda de un destino que, desde el principio, parece escrito con tinta de aventura y fracaso.

El protagonista, un guerrillero que se aferra a sus recuerdos, encuentra en los espíritus del pasado el único refugio posible ante la crudeza del presente. Sus cohortes espirituales son testigos de sus delirios, de sus anhelos frustrados y de la nostalgia que lo consume. Los nombres de los combatientes caen en el papel como letanías de vidas extinguidas, de ideales quebrados, de revoluciones truncadas que nunca llegaron a ser.

El río San Pedro, Cabure, las borrascas de Churuguara, Hueque, El Pereño, Cuara Vieja, Sorte, Quibayo y los escombros de Baraentierra no solo son escenarios de una tragedia personal, sino símbolos de un país que vio desaparecer en la bruma de los tiempos a quienes quisieron transformarlo.

No hay gloria en su despedida, no hay redención en su destino: solo queda el eco de un sueño que nunca se materializó, una lucha que, como tantas otras, se perdió en la inmensidad de los llanos, montañas y en la memoria de aquellos que aún recuerdan.

“Náufrago de una revuelta” es el testimonio de una generación de hombres que están desapareciendo, pero eso sí, dejando huellas irreverentes de constancia y dignidad, hombres que creyeron que la historia los recordaría de mejor forma, pero que fueron vencidos por el tiempo y el olvido.

En su último aliento, el protagonista no se pregunta por su victoria ni por su derrota, solo por el propósito de su vida. Y cuando cierra los ojos, lo hace con una certeza irrevocable: todo terminó, todo se desvaneció, todo fue un naufragio sin retorno.

Douglas Zabala

DEDICATORIA

A la india Silvia Cristina Zamora, la India Cariaguitera, la campesina hermosa, hacendosa, padre y madre de diez hijos, también cariaguiteros donde no solo bregamos con seretones, espantos, animas y espíritus del bien y del mal sino con las hambres y sed de las primaveras secas y tiempos averanados. A ella, que un día se engustó de concebirme y otro se arrodilló ante dios para parirme le debo haberme enseñado las primeras letras en un libro de una tal mantilla con el respectivo mandador a la diestra.

A ella en sus noventa y dos años le rindo tributo y honor, le canto una canción, le doy un ramo de flores, un manojo de amor y toda la poética del universo, Esa india hermosa es la mujer que me hizo hombre, eternamente agradecido, todas las loas y la gloria son para Dios y para ella.

CAPÍTULO I

DE NIRI A GUARAMACAL

Aquel hombre parecía venido del más allá. Su imagen ética y sombría semejaba una grieta por donde salían múltiples expresiones: rasgos de un decir, una arrechera histórica, resentimientos atávicos, dudas iconoclastas, mareos filosóficos, críticas amordazadas, esperanzas perdidas, amores irredentos y una que otra peluciadita como moral y principios arrastrados ante una penosa estatua. Ese día del año que la luna se le atravesó al sol en pleno mediodía, y a mitad de una jornada calamitosa, fue que inició algunos pensamientos. Empezó haciendo cierto balance de su vida, de su angustiante vida, de su enorme vida. Recorrió el mundo chico de sus ilusiones, de aquel soñar revolucionario para unos y muy bandoleriante para otros.

Intentaba tomar la ruta de sus pensamientos, pero sentía la brutalidad ancestral y tapada su inteligencia; las torceduras de tripas lo aculaban, lo engaluchaban, lo enredaban en el marasmo del abismo de aquellos pensamientos que no los quería pensar. Sentía la cabeza dividida y de ella recibía órdenes y contraórdenes múltiples.

Sintió un destello recordatorio cuando alguna vez en un campamento guerrillero del frente de sus tormentos en la sierra de Falcón, algún jefe había planteado mediante un escueto infor-

me político: “Simón Bolívar es más arrecho que Carlos Marx”. —Que opinan ustedes? Increpó al jerarca. Y quedó en el aire porque no tuvo bolas para preguntar si este último era realista o patriota ya que del libertador apenas si sabía lo que había logrado escuchar en la escuelita rural donde “sacó” a empujones el sexto grado de la llamada educación primaria.

A partir de entonces fueron muchas las veces que escucharía mencionar a Carlos Marx y lo imaginaba muy burgués y adinerado dado que siempre lo relacionaban al capital.

Fue en pleno eclipse que se le aclaró medianamente alguna idea, se le empezó a revolotear la cabeza de afuera hacia dentro y a la inversa. Por primera vez sintió su propia disidencia, sus hirvientes contradicciones. Se preguntó si la guerrilla o aquella cimarronera en la que andaba alzado desde hacía años tendría sentido y razón.

Empezaba andar y a desandar lo andado. Era lo más parecido a recorrer el camino al revés. Recolectar los buenos y los malos pasos. Sentía refundirse el sentido y los pensamientos. Todos sus actos parecían calcinados por fuerzas ajenas a sí mismo. Le llegaron a la memoria todos sus amigos muertos en el fragor de la lucha, los mártires y héroes acrecentados en su imaginación.

Allí latían recuerdos y próceres anónimos, los olvidados, los pendejos, los pobres, los que nadie rinde honores porque no eran hijos de ricos o gobernadores. Al parecer no es meritorio cuando un pobre se

alza en guerra por la revolución. Pero cuando un rico deja sus comodidades por unos días y se vuelve subversivo “es un gran ejemplo” y lo que-man en alabanzas.

Echó un jodazo y los mando a la mera misma.

Se puso muy caligüeboso al sentirse en medio de torcidos y laberinticos caminos. Tenía dudas, incertidumbre y rajazon al repetírsele en la mente de forma involuntaria una frase lapidaria escrita por algún otro jefe: “La Revolución se acabó, estamos derrotados y debemos replegarnos”.

Frente a sí mismo no veía ningún camino, ninguna opción. Solo veredas bifurcadas ante un horizonte lejano.

Algunos subalternos o amigos suyos le recordaban sus gestas o gestos de valiente en varios combates que le habían otorgado el “merito” de ser buscado vivo o muerto por las fuerzas del gobierno.

Introdujo su mano izquierda al bolsillo del pantalón y sacó del mismo su cartera, billetera o porta chequera como le llaman la gente del otro mundo.

La misma consistía en algo parecido a una “chácara” que había fabricado con tres pedazos de un material plástico grueso, cocidos o remendados con nylon impermeabilizado con cera de abeja y punteado con una aguja mediana.

Extrajo de la misma un pequeño panfleto que había sido lanzado desde un helicóptero de marca USA en el cual ofrecían cierta cantidad de dinero por su cabeza e incitaban al campesinado a volársela con sus machetes marca Collins.

En la otra solapa tenía un recorte de periódico donde aún se podía leer “Venezuela solicita expulsión de Cuba ante la OEA por el desembarco de combatientes cubanos comandados por Arnaldo Ochoa en las costas del Estado Falcón”.

Pasó un vistazo fugaz a dichas letras y sintió que la virilidad se le fruncía. Se le arrugaba todo por dentro incluyendo el alma.

Cuando guardaba su “chácara” en el bolsillo pechero de la camisa “verde oliva” pintada con wuiki—wuiki, antes color kaki, rozó la correa del arma que ahora portaba; una AKA—47 con cargador cachuo, culata de madera, treinta cartuchos en sus “tripas” y unos cuatro cargadores de repuesto.

La misma era parte del último botín de guerra rescatado del propio vientre de la tierra yaracuyana, exactamente en un villorrio o caserío llamado El Junco, en la parte alta de Urachiche donde el viejo Jovito reveló el punto donde los cubanos apoyados por Luben Petkoff, habían abierto un inmenso hueco horizontal, algo nunca visto, introdujeron un pipote metálico de doscientos litros; los mismos que usan los campesinos para “aparar” agua de lluvia. Lo embutieron con mucha grasa de lubricación y allí envueltos en papel plástico encaletaron todo el armamento que habían traído de Cuba cuando entraron cerca de Agüide en la costa oriental del estado Falcón, un 24 de julio de 1966.

Había varios Fal calibre 7, 62 fusiles AR—15 y AR—16, centenares de cartucho y el AK—47 que

portó aquel hombre cubano que cuando se reunió con los guerrilleros venezolanos en las montañas de El Charal, impresionó más de la cuenta por su cabello largo, esa arma deslumbrante, muchos billetes desconocidos por los guerrilleros criollos: Dólares, estos últimos se mojaron en el desembarco, por lo que fue necesario talar árboles en cierta escala para que penetraran los rayos del sol en aquella espesa montaña y poder secarlos.

Allí conocieron un nuevo dialecto y un acento pegajoso, cuando el jefe Arnaldo Ochoa se presentó como el comandante Antonio, pero como en el grupo nuestro había un Antonio Zamora, aquel lo distinguían por Antonio El Cubano.

—Óyeme tú hay que tené cojones poque eso gualdias ya los vamos a está amarrando con eso (señalando una sogá de naylon que estaba en una parte del campamento).

Jamás había oído hablar cubano. Nunca entendió por qué a los puercos los llamaban machos.

Había costado mucho esfuerzo y compromiso de seguir la guerra revolucionaria, en varias cotorras y reuniones con el viejo Jovito, para lograr que este revelara el sitio exacto del depósito bélico dejado por los cubanos.

Por fin bajo juramento y compromiso firmado, aquel hombre rearmó la poca guerrilla que quedaba en la zona y en el país.

—“Coño como que replegarnos. Cómo que a construir un partido. Por donde buscar el rumbo de la justificación histórica”— pensó en alto

frente a sus jefes que habían subido a las montañas de María Lionza por los lados de Taría, a pasar el informe denominado “El Viraje Táctico”. Ante ellos con el AK—47 de Antonio El Cubano, se acordó de sus paisanos, del Negro Hilario Navarro (Choropo) que había sido acribillado recientemente por la Digepol, jefaturada por Miguel Díaz S, en Barquisimeto.

—“Carajo pá dónde cojo si lo único que aprendí en esta vida fue a pelear contra el gobierno”.

Se acordó que un jefe político (un as luminoso), comparó este momento con las derrotas sufridas por Bolívar y lo pusieron a leer el Manifiesto Comunista de Marx y Engels y el Manifiesto al Congreso de Angostura, donde un libertador lúcido y visionario alertada contra los que quieran gobernar toda la vida y los pendejos que se dejan y así crean la tiranía. “Me gustó aquella vaina”, se dijo.

Después le entregaron algo sobre el decreto de guerra a muerte y le pareció más arrecho todavía. Por primera vez participó en el escuche de un informe político.

Esa noche “colgó” su chinchorro poniendo “la cachúa” abajo suyo, pero arriba del morral; casi no durmió repensando aquel vainero que había oído de los jefes pero que no lograba entender nada. No sabía qué es “viraje”; qué es “táctico”. Que la Revolución “es liberadora y socialista”;

—“De quien hay que liberarse”— “de los yanquis le dijo la otra parte o división de su cabeza”. Pero, si a ellos les encanta andar por las “uopas”, por

los mayamis; tener en la chácara billetes verdes como los que secamos cuando llegó Antonio El Cubano.

—“Cómo me gustaría tené una yankisita en este chinchorro y tapararla más de la cuenta”.

—“Rompimos con Cuba porque es satélite de la URSS y este es otro imperialismo que invade y oprime pueblos”; recordaba como parte del informe político.

Allí fue cuando “prendió” un radio marca “San-yo” que sintonizaba emisoras nacionales e internacionales, pero se oía muy mal y le movió un botón y lo sintonizó en onda larga; él sabía exactamente donde “agarraba” a Radio Habana Cuba; y decía un locutor “territorio libre de América”.

—“Si me hubiese ido con los cubanos como hicieron los jonaces de Yaracuy no estaría en este peo: Ahora ocurre que....

“Tropas cubanas avanzan en África comandadas por el general Arnaldo Ochoa”; escuchó en una emisora colombiana. Pegó un brinco en el chinchorro y no pudo contener la emoción mirando el AK—47 (la cachúa) y se le arremolinaron miles de pensares y pesares.

¿Ósea que el dueño exacto de su mejor amiga ahora era un general de esas revoluciones que estaban triunfando en el mundo? Con razón a los tres días de estar aquí solo se le oía: “Cojones hay que pelear, nosotros vinimos a combatir, a tomar el poder”; y teníamos casi 100 hombres en la columna que atravesó los llanos venezolanos donde los guerrilleros caminaban dormidos, donde

aprendimos a comer caballo porque esa tropa necesitaba una vaca diaria.

Rememoró cuando se realizó una de las primeras acciones de los guerrilleros venezolanos con los cubanos. Para sustentarse tomaron Niquitao y Tostós en el estado Trujillo, donde el mismo libertador realizó la gran batalla de Niquitao, a escasos kilómetros donde se dio el abrazo con el general Morillo.

Posteriormente, entablaron combate en “las Cortaderas”, donde le causaron varias bajas al ejército venezolano. Los bombardeos incesantes les obligaron abandonar la cordillera andina y retirarse hacia los llanos. Fue un error táctico que salió bien estratégicamente.

Se acordó de Cucho flete, Simón y Manolin, también cubanos.

—“En eso de satélite y Cuba como que hay otras razones y querellas porque si están triunfando en África porqué aquí no, que pasaría, en qué tumba estarán los secretos”.

Seguía cavilando y la otra mitad de la cabeza lo empujó a lo de Bolívar y su grandeza en su mejor momento cuando Angostura, la Batalla de La Puerta en el estado Trujillo, la Batalla de Araure en el estado Portuguesa, la Batalla de Carabobo. Lo miraba bonito como lo pintan los artistas en un caballo blanco, olvidando las mulas en las que atravesó esos parajes, les cargaban los baúles, a Manuela.

Sobre todo, en esa estrategia hacia el sur con Sucre parecido a una punta de lanza, en Junín, en Pichincha, en Ayacucho.

—“A guénas hembras tendría Bolívar”. Se dijo para si mismo.

Trataba de entender la pérdida de la República y no lograba saber, porque no sabía qué era República y qué no era, cómo se fundaría.

Pero, alguien dijo lo símil entre ese momento y aquel; y se preguntó: “¿Bolívar cuando perdió la República dejaría sus tropas o lo que de ellas quedaba al garete?”.

En los campamentos guerrilleros en general, en toda su actividad, el combatiente habla y conversa con él mismo; no se puede hacer bulla; no se puede armar tertulia, salvo en casos de extrema seguridad de estar en zonas intrincadas o en casos de liberalismo y anarquía que pueda conducir a la ubicación por el enemigo. Un ataque al campamento es desbastador. Es tan igual como caer en una emboscada.

Por esta razón, aquel hombre conversaba para sus adentros, ordenada ideas que se volvían un caos, al intentar plantearlas o expresarlas.

—“¿Por qué Bolívar fusilaría a Piar y entregó al generalísimo Francisco de Miranda a los españoles, si antes lo idolatraba y era su guía y su maestro?”—

Los jefes como que no les gusta tener otros jefes.

—“¿Cómo se explica que por errores se le entregue un compañero al enemigo?”.

—Voy a tener que leer más pá vé si aprendo y a vé si algún día puedo escribir porque el que escribe tiene que leer. —

—“¿Cómo harían los cubanos para regresar a su patria desde El Junco en el estado Yaracuy?”.

Luben Petkoff, dice el viejo Jovito que se quedó de último acampamentado cerca de un cambural y sólo dejaba escuchar una tos día y noche. Parecía estar tísico o picado de los pulmones.

—“¿Cómo pudieron arreglar pasaportes y cédulas para reventar hacia Colombia, o sería que Fidel los envió una lancha por Boca de Aroa, Tucacas o por el mismo lugar donde llegaron?”.

Uno no puede hablar de esto porque lo catalogan de fidelista o procubano y hasta lo pueden fusilar; qué vaina y estamos equipados con sus armas.

—“¿Y el desembarco de Machurucuto, otro intento fallido de entrar cubanos por las costas de oriente para unirse a las guerrillas del bachiller?”. Ahora, ocurre que Antonio El Cubano, no triunfó aquí, pero está triunfando en África.

—“¿Cuántos secretos se llevaría Bolívar ese día en San Pedro Alejandrino sobre los peos con Piar, con el generalísimo, con Páez y el Santander?”.

¿Y los que hemos fusilado nosotros, en Falcón, Yaracuy, Lara, Portuguesa y hasta en Caracas?

También los cubanos de Arnaldo Ochoa fusilaron algunos miembros de la guerrilla venezolana en sus momentos críticos que la moral se fue al piso y pedían la baja y para no correr riesgo los fusilaban.

Cuando se dividió la guerrilla venezolana de los cubanos fue sin anuncios, primero se planificó la huida del campamento por un grupo que fue a parar a Falcón. Se fugaron sigilosamente a plena noche, como cuando el eclipse, después lo hicie-

ron otros y otros, sin decir que algunos venezolanos se fueron con ellos al territorio libre de América, como dice el locutor.

Fue una noche después de un ultimátum que dieron Antonio y Luben ante la tropa en formación “...cojones el que quiera pedir la baja que lo haga ahora mismo porque si lo hace después será fusilado.”

Nadie dijo nada porque la situación era tensa, casi de caerse a plomo los dos bandos y, en muchos casos se andaba con el fusil sin seguro.

Había en el ambiente un macabro clima de fusilamiento masivo.

Lo que ocurrió fue lo mejor y lo que Dios hace está bien hecho, aunque no nos guste.

—“Aquella situación no es buena ni recordarla”— se dijo para sí mismo en la oscuridad de aquel tenebroso campamento donde solo quedaba un reducido grupo jefaturado por Elegido Sibada (a) Magolla, dado que todos los jefes habían bajado a la ciudad después de un “pleno político—militar” que ha debido pasar a la historia.

Entre otros nombres que figuraban allí (nadie sabía para qué, sí para renunciar al combate, para rumiar la espera o para bajar a la ciudad e integrarse a la vida legal), había algunos probados en el combate: Renan—Chuito—Timoteo, Monche, Ali Gómez García (a) Vargas, Dolores Perdomo (a) Medina—Bigo, Ramón Rebolledo (a) La Cochina, Silvestre Sánchez (a) Serapio, Cesar—Mono (este había estado preso en la isla del Burro con un tal

Clodosbaldo Russián y cuando lo nombraba cambiaba la “ese” por la “efe” del apellido pero nunca supimos su propio nombre porque cayó con la documentación de Juan Galíndez (a) Calderón y no lo identificaron), el negro Adelmo que le salvó la vida a tres guerrilleros que los estaba pudriendo la leishmaniasis; éste salió a Caracas y consiguió las ciento ochenta dosis de diez cc de Glucantime, que es lo único que cura esta terrible enfermedad transmitida por un mosquito.

Aquellos tres guerrilleros los habían alejado del colectivo en un campamento del Copey en Yacuy, porque los demás no soportaban la pudrición, lo mal oliscos que estaban, era espantoso verle la cara a Teodoro, a quien le reventó en la boca y era el más grave. En una oportunidad siendo cerca de las 8 p.m., se movilizó todo el destacamento porque oyeron unos quejidos tenebrosos y corrieron todos a verlo morir y cuando llegaron a su puesto de “leproso”, cual fue la sorpresa al constatar que cantaba una canción en dúo con Sandro, el cantante argentino que Radio Rumbos tenía un programa de 8 a 9 de la noche: “La hora de Sandro”. No pronunciaba, sino que gemía “Penumbras”, la canción de moda que popularizó al artista y que en aquellas lóbregas oscuridades caía bien sin saber en qué cabello femenino se perdían... Y siguió Teodoro cantando “La noche se perdió en tu pelo, la luna se aferró a tus pies y el mar se sintió celoso y quiso en tus ojos estar él también”.

Esa noche ha debido dormir mucho dado que había integrado la comisión que había ido hasta la carretera panamericana Morón—San Felipe, en la entrada a Farriar donde le había entregado a una comisión de la retaguardia urbana a los máximos jefes de la Revolución Venezolana.

Llegaron varios vehículos y al único que pudo ver fue a un escarabajo de la Volkswagen donde embarcó apresurado El Flaco Prada. Llevaba dos Fal y otros instrumentos de guerra. Pero, seguía como con insomnio y fumó varias veces, no se decidió a llamar algún compañero para hablar porque temía interrumpir su sueño.

A lo lejos se oían muchos ruidos extraños y mucho ladrar de perros y vino alguna preocupación sobre una eventual presencia del enemigo; pero la otra parte de la cabeza le dijo: “No se te de cuidado porque este campamento no lo conoce nadie y el contacto campesino (que es uno) no le hemos traído hasta acá porque no es de entera confianza. Hoy nos iremos a primera hora y lo traeremos hasta acá para que se lleve las cosas que han quedado como comida, ropa, enseres de cocina, etc., y tale todo el sector del campamento para que cultive un conuco y así desaparecer rastros”.

Sintió otro alivio por el hecho de haber bajado a los jefes porque cuando el enemigo se entera que estos chivos (así le decían en la guerrilla a los grandes jefes), están en equis zona nos tiran con todo para liquidarnos como fuera, pero el enemigo cada día iba puliendo sus estrategias y tra-

bajos de inteligencia infiltrando la red de apoyo y comprando a cualquier combatiente que podía delatar y así aportar información.

Volvió la otra mitad de la cabeza a decirle: “Han debido mudarse un poco más hacia la cima de la montaña por elemental precaución”.

—“Toda la gente—se interpuso la otra mitad—que estuvo acá, es de entera confianza”.

—“No es por ellos, es que el enemigo trabaja con otras vainas traídas del Norte y aprendidas en el Comando Sur, en la Escuela de las Américas, donde los entrena los Rangers, CIA, FBI”.

Cambió la conversación y se fue por otro tema en cavilaciones interrumpidas por pensamientos eróticos cuando en el frío el sexo tiembla dan ganas de hacerse la paja en nombre de una catirota que vino a buscar a uno de los jefes “a las camaradas hay que respetarlas, aunque duerman junto con uno”, “serán argunos”. Había conseguido a más de un guerrillero haciendo el amor con la hermana de la zurda y entendía aquello como parte del folclor y sacrificio erótico, por la patria. Pero, una cosa es decirlo y otra cosa es vivirlo.

—“Alguna vez debo tener poder pa’ poner una carrandilla de mujeres y ráspamelas toítas pa’ que ellas también sepan lo que es colaborá con la patria”.

—“Chico no seas irresponsable, revolucionario no debe pensar así, eso es Liberalismo, te pueden sancionar poniéndote a leer las tesis de Mao sobre esta desviación contra revolucionaria”.

—“Bueno y quien nos quita las templeras, los jefes tienen mujeres, y nosotros los pata en el suelo, los que sabemos cómo se bate el melao, los que nunca hemos brincado a una hembra porque nos enguerrillamos virgos de a metra, solo nos queda pecar sin ser pecadores”.

—“Definitivamente no voy acatar ningún viraje táctico, no bajaré a la ciudad, me quedaré en mis montes, aquí no me jode nadie, yo conozco todo este corredor porque en diecisiete días recorrí desde la sierra de Falcón hasta el páramo de Guaramacal en Trujillo, exactamente salí de la Quebrada de Niri en los pastos donde me despedí de los Montenegro y me vine enamorado solo de una chere feísima, pero me parecía lo más hermoso. De tal manera, que en esa travesía pateé al estado Falcón, Lara, Yaracuy, le sopetié la parte alta de Portuguesa y descanse en Trujillo donde tenemos base de apoyo en cincuenta y dos caseríos y soy quien los controla.”

—“¿Y si no te sigue nadie de los que ahora duermen?”

—“Me quedo solo con María Lionza”.

Serían las cinco de la mañana cuando se bajó del chinchorro, recogió la carpa— plástico, levantó el AK—47 y la arrimó al árbol que le servía de colgadero, la forniture la tiró bajo la culata del arma, una pistola Browllius 9mm que, colgada de aquella, casi se salió de su canana, pero le atajó a tiempo y evitó que se encharcara, introdujo todo al morral busco una parte del suelo donde tendió

un chaquetón dejado por los jefes y trató de arrecostarse sobre este utilizando de cabecera el morral que recién estrenaba porque lo había llevado alguien que se lo dejó como obsequio solidario al ver que el que antes usaba fabricado con lona de encerado verde, de los fabricados para proteger la carga de los camiones, estaba muy ruído por los garranchos y ñaragatos que abundan en las travesías ya nombradas.

Se empezaba a ver el “claro del día” que iniciaba su entrada por la parte este hacia Morón—Puerto Cabello por donde entra y sale el mundo, es la hora en que los diablos se van, cuando quedan vencidas las penumbras y triunfa el bien sobre el mal.

Optó por no “arrecostarse” como lo había planificado, algo le dijo que se mantuviera en pie, tuvo un presentimiento porque tenía días soñando con el diablo en candelas. El viejo morral tenía una leyenda: “Hecho por Cándido Farnataro y CIA”. —“Primero divididos del PCV y después divididos con los cubanos. Ahora la dirigencia del Partido Comunista acusa a Douglas como agente de la CIA, porque mantiene en alto la línea de la lucha armada. Qué manera de criminalizar y destruir moralmente al hombre cuando es irreverente, disidente y crítico. Ellos nos metieron en este peo dejando a medio mundo embarcado”.

Parecía elucubrar con una de las divisiones de la cabeza, cuando la otra le dijo a manera de alerta: — “No te metas en esos peos; en la vida sino

se sabe nadar no hay que meterse a lo hondo, entiende que en la política ocurre como en el divorcio que la mujer bota al hombre por equis o y razón, y la manera más fácil, es decir que aquella es prostituta, mala madre, proxeneta y punto. Eso es histórico, las divisiones son como la pelea entre las aguas, se desbordan, pero al final se ajuntan”.

Empezaban a sentirse los primeros movimientos en el campamento, el sonido de la cantimplora con la escudilla señal de que su dueño se estaba cepillando los dientes. Era la hora exacta de levantarse los guerrilleros y el momento más peligroso que escoge el enemigo para atacarlos. La comisión cocina de ese día es la primera que se levanta a prender la candela, el fuego, el fogón para hacerle el cafecito a quienes tienen ese vicio, adición o costumbre.

En ese preciso instante se escuchó una detonación, un único disparo allá lejos en la carretera panamericana o donde pasa el oleoducto Barinas, El Palito. Fue un tiro nítido, como el silbido de un muerto, y en segundos cayó algo grueso y pesado en medio del campamento.

—Mataron un paují allá abajo y cayó por aquí cerca vamos a buscarlo— dijo Bigo, Dolores Perdomo.

Pero, sonó otro disparo del mismo tenor y cayó otro paují más adelante como a veinte metros. Sonó otro igual y cayó otro paují y, otro más que reventó al mundo entero.

Cuando éste explotó ya Renan había gritado: —
“Nos están mortereando que paují de mierda
¡emergencia!”.

Siguieron reventando uno tras otro y Magolla
como jefe experimentado del grupo dio la orden
de retirada hacia las filas del enemigo —según
explicó—ellos concentrarían el ataque hacia la
cima de la montaña, por ser nuestra retirada na-
tural o lógica. Había que romperles el esquema.

Aquella guerrilla se portó de lo más serena y
abandonamos el campamento que, de haber ex-
plotado los tres primeros morteros o granadas de
estos, no hubiese quedado ni los intestinos nues-
tros, pero lo más grave vendría después cuando
aparecieron dos helicópteros que nos cercaron
desde arriba en un círculo diabólico,
uno por cada lado ametrallando y lanzaban gra-
nadas en ciertos envases que les impedía explotar
en el aire, sino al caer o tocar tierra.

El único flanco que no atacaban era por donde
nosotros salíamos porque por allí venían avanza-
do los cazadores—rangers en operación peine.

Allí se volvió a lucir Magolla, dando la orden de
aplicar la táctica del picture, cuando un perro lo
lleva listo para mascárselo y en plena carrera en-
cuentra un tronco de árbol y le da vuelta y el pe-
rro sigue de largo y se regresa en ciento ochenta
grados de giro y a mil por hora.

La primera anécdota de ese ataque fue que pre-
cisamente la comisión cocina eran Ali Gómez
(Vargas) y la Cochina, cuando Vargas se arrasó al

grito de emergencia, le metió la bota número 42 a la olla de cocinar y corrió cierto trecho haciendo aquel ruido y cuando reaccionó la lanzó sobre el morral y la aseguró con un naylon por la mitad de aquel.

Yo quisiera que todo el mundo supiera lo que es sentir una plomazón por los cuatro vientos, por debajo, por encima y en las entrañas, una maraña de charamiscos mentales que sin saber desafiaste al diablo. Y miró un tenientico cabeza e güevo que pudo habérselo echao al pico con el AK—47. —“Me fuera delatado. Coño que contradictoria es la guerra, ¿esto será guerra? No”.

Ponte a creer en pajaritos preñaos, como me dijo el cubano Simón, en la emboscada de Sanare, “...esos cuatriboliados que allí estábamos desafiarnos a todos los dioses, se nos olvidó la mama y aparecieron todos los diablos juntos para jodernos y fue un Dios, un carajaso que dijo: La muerte es como la mochila que cargamos encima y que coño mano nos hace falta para poder disimular el laberinto de la vida”.

Se fueron los cubanos. El gobierno lo sabe por eso vino para acorralarnos, para jodernos. Mataron al gordo Honorio Navarro, al comandante Guardatinajas.

Hay poetas, gentes y hasta amigos que no creen que nosotros sentimos toda esa mierdera juntos de las artimañas de los militares de la Democracia venezolana; granadazos, morterazos, fusileros y ... los carajos lucen las prendas de los guerrilleros.

Son unos carajos asesinos, por eso, cuando Vargas, Bigo y yo, le montamos unas tres minas vietnamitas lo hicimos a conciencia que son unos asesinos. Los soldados, los guardias, los Digepol, los DIM son macabramente asesinos. Es mentira, es falso, que el ejército venezolano, es un ejército de liberadores; los

serranos los vieron violar a sus hijas, a su madre, a sus hermanas y hasta sus burras y a sus mulas.

Arrancamos a romper el cerco y el mundo. Cuando marchábamos desde Taria hacia Nirgua a salir cerca de una estación de servicios llamada El Rosario, Magolla planteo sacar a Monche, su pupilo, su cómplice, su confianza para todo, pero el tipo no tenía papeles, no tenía documentos, ni cédula ni nada. Entonces, le quitaron al otro carajito, al Curro, la partida de nacimiento para dársela al cuatriboliao “hijo” del jefe Magolla; y duramos horas explicándole como seria que a partir de ahora se llamaría: “Yo me llamo Manuel Felipe Zamora”; “¿Cuál es su número de cédula?”, le preguntarían: “4642941”. Ajá, muy bien: “¿Y usted es de donde y desde cuando está aquí?”, le instruyó el teniente poniéndole el cubre llamas del Fal en la ollita.

Al poco rato llegó al campamento por una quebrada pedregosa, el dueño de su partida de nacimiento. Lo miro llegar al campamento de la guerrilla que teníamos y el subir de ellos a buscarnos sentíamos irse la vida.

Hoy le doy gracias a Dios que esos jefes creyeron en los que siempre delataban.

¿Dónde estará la partida de esos nacimientos’?

Cuando Monche lo agarró el ejército no supo que decir, no sabía quién era el tipo de la partida de nacimiento, se entregó, se desmoralizó, se volvió mierda al convertirse en cazador—rangers, echándole tiros a su pana, el que le dio identidad, sin entender que un grito vale más en vida que una orden muerta.

—“Otro delator más”.

Lo más grave, no aguantó nada y por donde mismo salió del campamento llegó con los cazadores a plomearnos.

En el ataque al otro campamento estuvo claro que el contacto campesino era confidente, soplón, sapo, delator, infiltrado y vendido al enemigo.

Nos salvó el hecho de no haberlo llevado nunca al campamento y tampoco llegó a saber el personal que allí estuvo encabezado por Douglas Bravo, pero el ejército siempre esperó a que le informara si un grupo de nosotros estaría en equis sitio para emboscarnos o que lograra saber exactamente donde era el campamento.

La sorpresa para ellos fue cuando se le dijo al campesino que nos iríamos ese otro día, los agarró el catarro sin pañuelo, se les abortó el plan, se les fueron los ascensos y condecoraciones, y no se metieron hacia donde estábamos porque efectivamente los hubiéramos acabado porque el campamento estaba minado.

No les quedó más remedio que jugársela con un ataque desde lejos y han podido liquidarnos, pero

los tres primeros morteros que cayeron en el propio centro de su objetivo no explotaron.

Bien dicen que al pobre lo protege Dios y pal'pendejo tóa vaina es suerte.

La guerrilla no puede decirle la verdad a la gente. No es obligado. Si le preguntan qué rumbo lleva debe decir que al oeste y es para el sur.

La supervivencia de una guerrilla cuando está a la defensiva como la nuestra, que nunca estuvo a la ofensiva depende del celo en las medidas de seguridad. La disciplina, el cuidado, la abnegación, la solidaridad, el compromiso y la convicción.

En la guerrilla la garantía de la vida, es la mentira, si dices la verdad: Te jodiste.

CAPÍTULO II

DE QUIBAYO A LA MAJAITA

Es absurdo cuando cierta gente dice que la vida en el monte es una “vida de perro”. No todo perro se acostumbra a sobrevivir en el monte. El hombre de monte (campesino), el que nunca había probado una coca cola ni una pastilla de chicle, le es indispensable el monte, es su medio, su casa, su hábitat y, para el guerrillero es su salvación, es su mejor y más segura trinchera.

En general, se “vive” aislado del resto del mundo, apenas un radiecito para oír los noticieros y de ello se encargaba un compañero llamado Alcides que luego transmitía de “uno al otro” las informaciones de interés revolucionario.

En aquella ofensiva no daba tiempo ni de oírlos y ahora nos tenían ubicados en el rumbo que habíamos tomado después de los morterazos y si tenían alguna duda, el nuevo delator se encargaría de aportar los elementos informativos; por ello, la carretera Chivacoa—El Rosario—Nirgua, estaba bloqueada por los militares sobre todo el primer trecho.

El objetivo inmediato era cruzarla para tomar el valle y luego subir hacia El Junco y Camunare, la zona donde se consiguió la “culeca” de armas que dejó Antonio El Cubano, antes de irse a Cuba.

—Extra, extra le damos el paso a José Campos Suarez, del Crimen No Paga.

—Noticia de última hora, capturado el legendario comandante guerrillero Francisco Prada

Barazarte (a) El Flaco, junto a otro comandante subversivo, en un viejo y destartado Volkswagen, por una comisión del SIFA y los cazadores en una alcabala cercana a Morón. En el viejo vehículo se decomisaron 2 Fal debajo del cojín trasero. Amigos oyentes, una vez más decimos: “El crimen no paga”.

Así escuchó Alcides la noticia por Radio Continente repetida por Radio Rumbos. Otro matrazazo.

El Flaco Prada (merece, más allá de ciertos párrafos de reconocimiento), fue uno de los líderes jefe (no todo líder es jefe, ni todo jefe es líder) que, en la guerrilla y en el país, se ganó el aprecio y la autoridad moral, por su humanismo, visión y conducta. Aguantó las torturas más atroces de los digepoles y, esa prueba no la pasa cualquiera. De mucho tino en el manejo político y gran profesional de la antropología.

En una oportunidad estábamos en un destacamento ubicado en los límites entre los estados Barinas y Portuguesa, habíamos cruzado los ríos Boconito, Sipororo, Tinajitas, y Sabaneta, chequeando un puesto militar establecido cerca de la alcabala que está en el cruce hacia Mijagual, la Marqueseña.

En aquella ocasión, acampamos en medio de unas ruinas medievales o de la época colonial—feudal, más bien; aquello parecía zona liberada. El Flaco nos dictaba cátedra por las tardes de cualquier tema.

Aquellas ruinas en la zona barinesa donde la topografía se vuelve oleada de pequeñas filas o co-

linas que bajan desde la cordillera andina hacia el inmenso llano venezolano, las identificó El Flaco, con pasmosa sorpresa: — “Estas son las ruinas del Palacio del Marqués del Toro. Qué descubrimiento, aquí está enterrada parte de nuestra historia. Todas estas tierras las llamaron La Marqueseña”.

Fue interrumpido en aquella lección sobre historia y antropología por ruidos y gritos raros que salían desde la tierra. En aquellas ruinas, había túneles y se mantenían chimeneas hechas con bloques de arcilla macizos.

Los gritos eran espantosos, parecían de araguantos o de cochino, pero venían desde el vientre de la tierra.

– “Aquí espantan, hay espíritus raros”.

Llenos de valentía, empezamos a recorrer aquellas ruinas y así tener certeza de los espantos. Entrada la noche hicimos uso de la linterna que reglamentariamente, cada uno cargaba como parte del equipo y, que generalmente dormía con ella metida en las verijas— ¿Por qué? Porque cuando el guerrillero se va levantar hacia el cagadero o para miar allí cerca del colgadero, lo primero que hace es alumbrar y así evitar que le agarre un macaurel, cuatro narices, un rabo frito, chaguarito, cascabel o cualquier familiar de los nombrados.

Alumbramos por todo el entorno, en medio de aquella montaña y no veíamos nada por lo que nos dimos cuenta que aquellos gritos y ronquidos raros salían de una especie de túnel, seguramente por donde el Marqués, muy orondo se

paseaba y protegía de los ataques enemigos, era un orificio con baldosas y casi obstruido por el tiempo. Lo penetramos con la luz y vimos un montón de morrocayos por centenares que se estaban “cargando” o estaban en celo, como dicen los adecentados, pero aquello era una orgía colectiva, una machetazon pareja. Había morrocayos o hicoteas como decía mi mamá, de todos tipos y tamaños.

—“Huy yo nunca había visto tremenda vaina. Mucho menos tanto bicho de estos juntos” —dijo Rosendo, un guerrillero de la zona recién incorporado (Rafael Montilla).

—Aquella vez veníamos con El Flaco desde Las Calderas y Altamira de Cáceres, la tierra de Noel Ávila Jerez, un héroe de esta patria muerto en las puertas de un banco, después que se perdió la República y quedamos náufragos en tierra firme. Esa noche El Flaco nos contaba muchas historias. Me dijo: “Cuando me agarraron preso, el coño e madre general tal se me acercó y me dijo: Flaco te falló la mosca o no te avisaron a tiempo que teníamos una alcabala que no era para ti, pero caíste tú”. (La mosca es un carro que se manda antes de iniciar el recorrido que se va hacer por determinado trayecto y es la que avisa con señales previamente establecidas, si hay operativos del enemigo en esa vía).

—“¿Qué te parece los golpecitos que les hemos dado últimamente?”. Remató el general ante El Flaco que virilmente y cuatriborleadamente le

dijo: “¿General que le pareció la emboscadita de los caracoles con minas vietnamitas y el bojote de bajas que les hicimos?”.

El general se retiró arrecho diciendo: “Este Flaco coño e madre es irreductible, inquebrantable, es un carajo hasta admirable. Hijos de puta comunistas de mierda no se les saca un coño”.

También nos contaba El Flaco, que Laura su esposa se movió a tiempo cuando supo de su captura y por ello no lo mataron. Lo juzgaron por tribunales militares y lo llevaron al Cuartel San Carlos. Allí llegaban todos los presos políticos en su mayoría e iban las generaciones de chicas a conocer a los legendarios comandantes.

El Flaco nos contó que lo había visitado una pretendiente en varias oportunidades y que al darse cuenta Laura; en ese instante lo interrumpimos para preguntarle:

¿Qué te dijo? ¿te armó un peo? ¿Pidió alguna sanción al buró político para ti? ¿Te pidió el divorcio? ¿No te visitó más? ¿Qué carajo hizo?

—No muchachos, se hizo la pendeja y me entregó un papelito con la estrofa de una canción que dice: “Oye gallo viejo, no persigas polla, tu no estas pa eso, estas pa’ la olla. Gallo viejo pa la olla”. Nos abrazamos y celebramos sus celos y ocurrencias y somos pareja en todo.

Por estas cosas, me dolió mucho la noticia de la captura de El Flaco, pero a los tres años y pico, me alegre cuando escuche otra noticia más arrecha: “Anoche se fugaron veintitrés guerrilleros

del Cuartel San Carlos, a través de un túnel. Entre los fugados está Francisco Prada”.

A los pocos días, nos encontramos en un campamento llamado “pozo verde”, donde teníamos una guerrilla que operaba entre Barinas, Portuguesa, Trujillo y Lara.

Cuando llegó me condecoró con un gran sombrero Borsalino: “Tu eres el jefe de todo este tolete”, me dijo, como quien está dando una parcela para hacer un conuco.

Seguimos nuestra conversa, en medio de aquella ofensiva atroz. Creímos habernos librado de la primera que se inició con el mortero al campamento del “viraje táctico” y que nos habían perdido el rastro ¿y va caer Monche delatando todo? Los recuerdos se arremolinan cuando vimos llegar por todo el cañón de la quebrada a la vanguardia del ejército con aquel como guía.

—“Coño este carajito no aguantó ni siquiera que nos fuéramos”.

Los soldados iban confiados, es posible que ni le creyeran al tripón que los llevaría hasta donde estaban los guerrilleros.

Ahora, tiramos una especie de asimú para reventar hacia la otra panamericana. La salvación era cruzarla porque ellos no sospecharían que nosotros nos lanzaríamos hacia el valle del río Quivallo, pasando por la parte de la presa Cumaripa, donde nos toparíamos con cañaverales de la Central Chivacoa.

Convidó el jefe Magolla a una especie de reuniones—órdenes que se pasaban de uno al otro de

forma “sisiadita”, casi no se oía la voz y estaba prohibido repetirlas: “Vamos a pasar todos simultáneamente la carretera, cuando Sixto dé la señal”.

Estábamos en una especie de descampado ya al borde de la carretera, en terreno sin arboleda, solo pastizales y helechos, arbustos pequeños, es decir, habíamos salido de la espesura de la montaña y de los rastros altos cercanos a la vía.

De repente y, sin haberlo oído se apareció un helicóptero, y al suelo todo el mundo, cubran todo lo que brille o refleje, no se muevan, coño que nos van ametrallar, cúbranse lo más que puedan. “Po, po, po, po, po, po”, se oía aquel trapiche sobre nuestras cabezas y se posó arriba nuestro, el pastizal se acostaba por la fuerza de sus hélices, se arrecostó un poco para apuntarnos con una ametralladora que tenía dos patitas que le servían de apoyo, las compuertas de aquel coco—aparato—mandinga, abiertas, dos militares sentados a tiro nuestro, el piloto le decía cosas al de la ametralladora, este señalaba hacia nosotros, el helicóptero se mecía pa’lla y pa’ca.

¡Nos ubicaron!, dijo La Cochina. ¡Nos jodieron estos coños e madre!, dijo Vargas, que siempre marchaba después de mí. ¡Nos llevó el diablo!, dijo Bigo; ¡Vamos a echarles plomo ¡dijo Sixto.

Se iba la vida. Nunca había vivido el ridículo sentido del “heroísmo”, pensaría después.

Nunca había visto un aparato de estos tan cerca, tan escoñetadoramente cruel. Al operador de la metralleta, se le veía su pistola colgar de su cintu-

ra; era un instante repleto de catástrofes y malas vainas, parecíamos desfilas hacia la nada y parar en la nada.

Hay que tener los cojones bien acomodados para aguantar un sobresalto de tal naturaleza. Pero, todos tranquilos frente a la muerte que estaba en el aire.

Se oyó nuevamente la voz: “Vamos a tumbarlo”. Y ocurrió lo inesperado: “El coco”, (así llamábamos los helicópteros), empezó a enderezar, a elevarse y a retirarse.

—“Si vuelve le disparamos todos simultáneamente”, ordenó Magolla.

Pero no, habíamos perdido la gran oportunidad histórica de derribar un primer pote de esos, porque nos dio la papaya.

Los tipos se confundieron, nos vieron y no lograron precisar si éramos guerrilleros o militares; tal vez nos perdieron de vista. O no tuvieron las bolas de disparar porque allí donde estaba cualquiera de nosotros lo hubiese tumbado con el Fal. O nos perdonaron la vida; carajo parezco pendejo, quien dijo que estos asesinos perdonan vida y... bueno tampoco podemos pedir clemencia porque guerra es guerra y nosotros también le hemos dado duro cuando nos ha tocado; coño se nos fue ese helicóptero de la forma más pendeja, otro día será.

Esto fue una muerte largamente rumiada, más no consumada, definitivamente, el palo no está pa' cuchara.

“En marcha”, llegó la orden de continuar. El agente mortífero se había alejado vía Yumare, al Teatro

de operaciones 'TO—5, donde en combinación con el de Cabure, en Falcón, hacían competencia a ver cuál mataba más gente, el teniente Rigos y el teniente Veneno (Martínez), a cuantos campesinos y guerrilleros habían lanzado de ese helicóptero que nos recalentó la mollera y nos hizo vivir un camino de eternidad y sobresalto.

La muerte navegando celestialmente. Cuando esta se acerca desde cualquier ángulo es que uno entiende lo posible y real que es la misma, viaja a caballo, en helicóptero, por tierra, por aire, con la luz, con el agua, en el aire y, las manos de unos y otros que andamos en lo más parecido a una guerra.

Teníamos varios días sin hacer comida por la inconveniencia de encender candela y así cocinar la sambumbia guerrillera. Sólo habíamos comido el famoso polvo (avena, leche, azúcar, toddy y cerelac) con media sardina, y la despensa empezaba a agotarse.

Definitivamente, estábamos aislados del resto del mundo y sin contacto alguno con la retaguardia o lo que empezaban a llamar "El Partido".

También a nivel urbano nos estaban golpeando, la ofensiva enemiga era a todos los niveles.

Estábamos en medio de un cerco militar que se estrechaba cada vez más y más. Daba la impresión que ellos estaban seguros que no escaparíamos.

Sin embargo, nuestro propósito era totalmente diferente. Estábamos al borde, la carretera en la próxima curva de uno y al otro extremo habíamos visto parejas de militares en posición de posta, guardia o vigilancia, cualquier vaina de es-

tas es igual, y para los efectos nos impedía lograr nuestro objetivo.

Nos detuvimos al borde mismo de la carretera y cuando íbamos a saltar como canguros, a riesgo de que los militares nos ubicaran con las consecuencias terriblemente imaginables, alguien de los más veteranos localizó un túnel salvador que nos condujo al otro extremo donde se iniciaba una primera etapa de otra salvación.

Entre los dos puntos militares estaba una alcantarilla donde caían las cunetas o torrenteras por donde nos deslizamos y al salir al otro lado, tomamos cañón abajo, quebrada abajo y otros aires empezamos a respirar.

Cuando reventamos a los santuarios de María Lionza en las montañas de Sorte, nos proveyó la reina de algunas exquisiteces que empezamos a encontrar en los santuarios donde los brujos y espiritistas dejaban manzanas, cambur, uvas y una que otra carterita de ron Cacique, Pampero pecho cuadrado y hasta brandy o wiski. Estos últimos no los tocamos, pero los artículos de primera necesidad si fueron banqueteados por el grupo guerrillero.

Ali Gómez (Vargas), antes de tomar estos alimenticos le rezaba a los del más allá y les explicaba nuestra situación y la misión que Dios nos había encomendado cumplir en la tierra y remataba sus oraciones diciendo: “Mi Reina María Lionza recurrimos ante usted y su reino, su corte y su danta (tapiz) para que con sus humos salvadores les

tape el camino y les nuble los ojos a los verdugos cazadores que traemos atrás. Usted fue guerrera cimarrona. Sávenos. Amén.”

En esas montañas de Sorte, predios de María Lionza, existe más libertad que en toda la bolita del mundo y no existe Democracia Representativa.

Rememorando ciertos “halagos” de la vida y con los recuerdos por ristra, para llegar a aquella montaña virgen pasamos tres días en medio de un corte inmenso de caña, sin hacer ninguna bulla, ningún ruido y tendidos en el mero suelo. Nos manteníamos

con caña chupada que eran más duras que cualquier cosa, pero como dice la Biblia: No hay pan duro, lo duro es que no haya.

Ese guarapo dulcito nos reconstituyó y su forraje nos salvó de los abracadabras que nos pasaban por todos lados y sus helicópteros ametrallando las montañas de Nirgua, El Calichal y sitios circunvecinos.

A pleno mediodía era el punto crítico, porque cual es la sombra de una mata de caña.

Un día Ali Gómez (Vargas), contó algunos cobritos que le habían quedado de la operación María Lionza, y tenía 16,75 Bs. Mucha plata, mucho dinero; y me dijo: “Hermano la suerte va y viene”.

Hay quienes dicen que la suerte es como las moscas, le ripostó alguien.

—Por qué vuelan?

—No, porque en cualquier mojón se para.

Hay momentos y tiempos que el hombre evita evocarlos, recordarlos, por lo que la mente se vuelve huidiza ante ellos; el fantasma de esos recuerdos, son el cúmulo de angustias, como estar tendido a pleno mediodía dentro de un corte de caña a media vida: el vellito picoso de esta planta, nada tiene que ver con el dulzor de su “sangre”; es lo más malaltroso y desmoralizante, agréguele a la arrechera del sol, la otra picazón de unos animalitos casi invisibles que se le pegan a uno en las verijas llamados coloraitos o curemes y se ubican en panales en las tristes bolas de uno y hasta las orillas del propio “culo”, recto o ano.

Como aliados de éstos, unos bichitos chupa sangre que llaman jején, negritos también casi invisibles y no les basta ningún obstáculo porque se le meten a uno por cualquier parte y le caminan por dentro de la ropa hasta llegar al campamento que más les plazca, les encanta meterse en el pelo y allí atacar a uno el pendejo que casi pierde la cabeza de la arrechera tan grande por un bichito tan chiquito; por encima del cuerpo tendido en el suelo la nube de zancudos con ese tronío o silbido tan espeluznante en el oído que provoca entrarles a coñazos, y... a quién y cómo?; de ñapa un batallón de hormigas; varias salen del suelo a soltarles sus tesnascasos al cimarrón acorralado que no puede siquiera golpearlas con la palma de su mano para no hacer bulla.

Para completar se oían voces de gente que pasaba por la orilla de la parcela, ...y allá viene un

helicóptero.... a tapar todo lo que brille... el que cargue hebillas en la correa que se ponga con el culo pa'riba...cuidado con moverse... tiéndase en la acequia... no miren pa' rriba... pasó el helicóptero... se fue el zancudo mayor... ahí viene otro ruido...es un tractor... nos va a pasar por encima o será un tanque de guerra...no, es una maquina fumigadora...está lloviendo... no...es veneno para matarle la plaga a la caña, nos van a matar a nosotros... claven la cabeza en la acequia y no respiren hacia arriba... “a verga podrida y jedionda” ... nos jodimos, estos son venenos activos y si no nos matan por la nariz o la boca, matan por los poros.

—“Qué desgracia e' pueblo que ni cura tiene”.

—Pasó la lluvia toxica, estamos vivos.

—Eso es loque tú crees.

—Pero no hay plaga. Bendito sea Dios. Dormiremos tranquilos.

—Yo estoy mariaon.

—Yo no. Estoy como un rolo. Un rolo e' tusa.

El hombre del AK47 se acordó de cuando niño bañaba unas vacas cojitranca y cachonas con un veneno llamado Coopertol, que era podrido y empapaba el pelaje de aquellas con un trapo mojado con el veneno y el hedor le permanecía por días o seria la mania de aquello tan penetrante.

E inmediatamente se le cruzaron otros recuerdos gratos como aquel que le encantó cuando niño que lo llevaron a comprar algo en la pulpería más grande que tenía Cabure, donde conoció el true-

que del vivo con el pendejo al cambiar café en grano por queso, piras o granos diversos por sardinas enlatadas, cambur por velas y sahumerios y así sucesivamente.

Pero, lo que más le impresionó era la bandada de gatos que vivían apostados arriba de las rumas de queso, incluso pudo ver la imagen del gato más grande de color negro en posición de guardián sobre la ruma mayor de queso y allí mismo depositaba sus orines, renovaba su pelaje, hacia el amor con sus gatas y sólo se bajaba para depositar sus cagadas al pie de la ruma de queso que en líneas de varias llenaban el gran depósito.

No se acercaba ningún ratón.

El dueño de la pulpería le untada cal a todos los quesos para evitar malos contagios y entre cada queso colocaba un cartón recortado a la medida de cada uno de aquellos manjares lácteos.

Con los orines del gato, la cal rodaba lentamente, queso abajo hasta detenerse en el cartón que lo separaba del otro.

Fue en esa pulpería del pueblo que conoció varios tipos de cigarro y olio u olfateó por primera vez el olor de aquellos evaporados en humos bocales y nasales de los fumadores que allí se agolpaban para brindarse uno al otro, marcas extrañas como: Mapletón, Camel, Winston, Record, Alas Con filtro, y hasta uno que otro trozo de manilla contrabandeada desde Aruba o Curazao.

Casualmente ahora, estaba cerca de un lugar llamado Buchicabure muy distante de Cabure, pero

tal vez, el indígena que se trajo aquel nombre desde la sierra de Facón, llegó huyendo hacia los Valles de Yaracuy. Otro ancestro que llevamos dentro.

Habíamos cruzado por lugares diversos y de nombres muy particulares como El Abrigo, es la urgencia que teníamos; El Pozón, Campo Solo (como el ánima del taque también en la sierra), El Pereño, Cuara Vieja, Sorte, Quibayo donde encanta María Lionza.

Parecían conocidos estos lugares y le eran familiar sus nombres; eran casi los mismos que encontraba en su larga galucha.

—“Gallo bueno, aunque esté tuerto”.

Recordó esta frase salida de un nativo que en aquella pulpería resolvió una pequeña disputa con otro largándole un mero pescozón en la frente y se quedó dormido por largo rato.

Le revotó la imagen del helicóptero posado sobre su cabeza y recordó perfectamente al piloto y a su compañero mirándoles como el chiriguare (gavilán), que desde los aires mira una bandada de polluelos sin saber cuál agarrar.

Empezó hacer comparaciones cuando iba en la columna con los cubanos por la zona de Clavillazo, y un campesino los delató y estaban cerca de la única casita que había en ese sector, y llegó un helicóptero aterrizando en el patio, y se emboscaron dentro de aquella, Oracio El Cubano, Capracio Medina y un portugués llamado Vegas; éste se atoró, se chorreo, se cagó o sabotó la

operación, puesto que no dejó que el aparato se posara completamente y le disparó a destiempo, logrando retomar altura y escapar. Sin embargo, se tiroteó, pero la orden de los cubanos fue capturarlos en tierra.

Con el tiempo supimos que allí viajaban los dos bichos más tenebrosos en la lucha antiguerrillera, los tenientes Piña y Rigores. El primero se había escapado de varias balas en Falcón, como en El Ramonal, que de la cagada que se echó largó hasta el propio fusil y quien le disparó creyó por muchos años que había matado a aquel, sin saber que a quien le disparó tremenda ráfaga era el verdugo Piña.

En otra oportunidad se metió por la zona de Cuirairima con un compañero suyo, de civil, con un burro de arrebiate y en el apero de este llevaban oculto los fusiles. La guerrilla se enteró y el propio Magolla se pegó atrás para capturarlo y fusilarlo, y se escapó de vainita.

Cuando falló lo del helicóptero, Oracio El Cubano, enardeció de tal manera que cabroneaba de todas formas al indisciplinado que después resultó metiéndose a sapo y se decía que era infiltrado, no podía esperarse más nada.

Luego de aquel fallido ataque al helicóptero le tendieron una emboscada a una patrulla del ejército donde no quedó nadie vivo, salvo dos soldados que salieron corriendo, había fusiles regados que días después los propios campesinos hallaban en la ruta de la huida o al lado de los cadáveres que también tardaron en ir por ellos.

El hedor al veneno cañero había disminuido, pero se aglomeraron los recuerdos, los pensamientos y pesares.

—“Si no se da esta Revolución y si en verdad estamos derrotados, tendremos que hacer otras cosas”, se dijo para sí mismo.

—“Cuales, si no sabemos hacer más nada”; les dijo a sus otros adentros.

—“No escrupulices en prejuicio de formalidades y poses principistas”; se volvió a decir sin que le pasara nada.

—“Tú como que te estas rajando”; se cuestionó abruptamente.

—“Cuidado con desviaciones”; trató de corregir de ipso facto.

—“Los ricos tienen mucha plata y esta guerra es contra ellos, tenemos como quitársela”; reafirmó a su propio fuero.

—“Tendremos que despropiar”, filosofó en tono proletario.

—“Vacié si lo hago será pá goza y recuperar el tiempo perdido”; volvió al otro atajo.

—“Eso está vetado porque va contra los principios revolucionarios”. Le tembló el pulso y se sacudió la cabeza.

—“Es mejor no seguir pensando en eso, sino en cómo salir de este gran revergero que estamos metidos”.

—“¿Cómo será Cuba?”, se preguntó con alguna nostalgia fruto de los tantos cuentos e historias que le habían contado.

—Múltiples experiencias, como la de Víctor Colina, un guerrillero de La Cruz de Taratara, en el estado Falcón, que fue a Cuba y regreso hablando cubano; “cojones pá ca y cojones pá lla”; “que si la pinga”; “que si la guagua”; “que si el macho”, en lugar de marrano; “que si la mulata”; y “óyeme tú”; “este reloj marca Rolex me lo regaló el gobierno cubano”; y para demostrar que era bueno, lo puso sobre un rolo de madera seca y le cayó a machetazos y todavía macheteado el bicho andaba.

Aquel guerrillero lo llamaban Musculú como seudónimo de guerra y lo bajaron a Caracas, y se mató en el 23 de enero, desde un andamio donde estaba trabajando como albañil, cuando quedó naufrago en arena movediza.

Pero, Oracio El Cubano, Manolin y Simón, le habían contado que allá en Cuba, a las redomas las llaman rotondas; que el papo, es una flor; bueno aquí también lo esfloretamos, pensó vulgarmente; qué cuca es nombre propio de mujer, por lo que allá existe una redoma que se llama “Cuca Lambé”:

Aquí en Venezuela decimos al revés y nos gusta más: “Lambe cuca”, a ese corotico de las mujeres si le tenemos nombres folclóricos unos, científicos otros, cariñosos y amorosos los más, pero en todos los casos, el contenido universal de aquello, siempre es aquello.

Miro de reajo el AK47 que permanecía inerte sobre un surco de caña y recordó con exactitud que

en los últimos tiempos que estuvieron los cubanos en la guerrilla venezolana, a esta la portaba Luben Petkoff y Antonio El Cubano, portaba una AR16.

—“Cuando oscurezca saldremos de este sitio, nos retiraremos en estricto orden y con sumo cuidado”— llegó la orden transmitida de uno al otro y con voz “sisiadita”.

Cerca de Buchicabure estaban plantados los recuerdos, hirviendo al fragor del tiempo, se le empelotaban los buenos con los malos actos, el rencor con el amor, el resentimiento lo nublaba todo, convertido en sed de venganza.

—“Me provoca conseguir un rifle con mira telescópica y buscar los chivos y jefes de esta vaina y matarlos uno a uno, cual conejos en sabana”.

—“Epa vale, el revolucionario no puede resollar por las heridas, hay que ser ecuánime, tener hidalguía y si esta rajao, tener la valentía de plantear su situación y solicitar su baja. Tú no puedes seguir pensando así. Estas predispuesto y lleno de odio”.

—Si solicito la baja, para donde voy a bajar, qué voy hacer; y si me hacen como le hicieron los cubanos, o, mejor dicho, Antonio El Cubano o al camarada Iván.

—¿Quién es Iván?

—Un camarada nuestro que en medio de la crisis en la guerrilla con los cubanos planteó que le dieran la baja, que garantizaba mantenerse oculto, clandestino, escondido hasta que cambiara la

situación. Que el entendía que estábamos desarticulados, pero no dejaba de ser revolucionario ni abandonaría las filas de la revolución.

—Ajá, ¿Cuál es la novedad?

—Bueno que los cubanos mataron a Iván de la manera más cruel.

—¿Cómo va hacer?

—Sin guevona e palito. En un descuido de Iván, lo desarmaron y le pusieron una soga al cuello y lo colgaron de forma bestial.

—Coño se han visto vainas pero las que no se han visto, como que son peores.

—Entonces, siento que estamos entre la espada y la pared. Uno guapea en esto, pero sin rumbo fijo. Yo tengo el valor de manifestártelo a ti que eres mis adentros, mis propios yo, pero hay quienes ni siquiera lo piensan, porque sus propias carnes pueden traicionarlos, entregarlos o, simplemente les cae un cargo de conciencia que les hace entrar en caligueva numero alto y revientan en crisis. Tú crees que cualquiera aguanta esto que estamos pasando.

—“¿Y quién relató y contó lo de Iván, su muerte, su sacrificio final, si los cubanos se llevaron todo a Cuba?”.

—No, lo que pasa es allí aún estaban algunos venezolanos que se fueron fugando en un deslave progresivo y otros como los jonaces que se fueron con ellos a Cuba.

Eran los más jala bolas que tenían los cubanos y actuaban como infiltrados en las filas de los venezolanos.

—¿Cómo se fugaron?

—De noche, con fusil y todo, de forma sigilosa. Por suerte no perseguían a estos porque la orden era echarnos plomo y no fue así la despedida, porque nunca hubo la posibilidad de convencer a todos los venezolanos, pero en lo que arrancó el primer grupo, el resto desertamos y nos fuimos al estado Falcón, donde nos reencontramos a través de la sede de apoyo natural que teníamos en esa zona.

La idea de Antonio El Cubano, era fusilarnos a todos porque para ellos era una situación embarazosa.

—No creo que llegaran a eso.

—Bueno porque tú estás adentro y yo estoy por fuera, viendo y sintiendo esta coñazon. Había una desmoralización colectiva. Algún día se contarán esas cosas y podremos desnudar la historia, sincerarla, despejarla y dejar de ser náufragos de nuestras andanzas.

—A mí me parece que eso fue un crimen alevo-so. Un acto de cobardía.

—No me extremaría en una u otra dirección, hay que ubicarse en tiempo y espacio para entender la situación de aquellos y las circunstancias que se dan; los hechos no eran nada halagadores, y su objetivo era salir del país, y cualquier acto que pusiera en riesgo este propósito, lo eliminarían, allí se enmarca el ahorcamiento del camarada Iván, gajes de la guerra.

—Han podido tener los cojones y fingir un jui-

cio, fusilándolo, y no desmeritarlo en tales condiciones, fue un acto bárbaro.

Además, otro propósito fue infundir temor en lo que restaba de tropas, fue como decirles: “Miren lo que les espera si se resbalan”. Aquellos eran momentos aciagos y fieros, se necesita haberlo vivido para saber el candelero que teníamos al frente con la brisa en contra.

—Los últimos venezolanos en quedar con los cubanos fueron Capracio y Choropo.

—¿Qué explicación le dieron a la mamá y familiares de Iván?

—No sé. Ni siquiera sé de donde era, solo sé que fue un gran camarada y buen combatiente.

—¿Quién salda, indemniza o corrige este daño? O que, aunque sea lo explique; esto cómo que es más jodido de lo que creía.

—“Urgente, última hora Radio Caracol de Colombia, informa: Alto Tribunal de Estado y de la Revolución Cubana decidió aplicar la pena máxima, la pena de muerte al General Arnaldo Ochoa, bajo ciertos cargos, por los cuales es acusado...su fusilamiento. Es cuestión de horas.

—Ave María purísima, este mundo si da vueltas.

—El que a hierro mata, a hierro muere.

“En marcha”, rompió el silencio la orden de abandonar con tinieblas de la noche un cañaveral maluco, pero salvador. A escasos metros terminó este y empezó una hermosa parcela de maíz en plena producción jojota: “Operación peine, alineados todos con los fusiles atravesados, lleván-

dose todo el maizal por delante, vamos hacerles el primer daño a los ricos dueños de PROMASA. Y con la misma arrancó aquel pequeño ejército en “operación arase”. Dejando un esterero de maíz pegando su espiga al suelo:

Con el claror de la luna se podía ver una gran callejuela de unos 70 metros de ancho, pero de largo era lo que pudimos patear en casi media noche de parcela en parcela hasta ubicarnos paralelos a Camunare Rojo, la virgen donde un mártir de la Revolución apodado “El Manco Cheo”, agoniza sus días en una silla de ruedas, mirando pasar sus sueños, cuando a la Revolución se le veía cerca y jamás pensaba ser naufrago de los empujones, de la desidia y el olvido.

Allí mira pasar el viejo tren Puerto Cabello—Barquisimeto, desde su puesto de sueños perdidos, mira las dos veredas metálicas por donde ruedan otros sueños, otros ímpetus, otros impulsos.

Su única esperanza, parece ser la reencarnación como consuelo y salvación. A diario se pregunta de que sirvió la Revolución.

Rememora los tiempos de la gran columna guerrillera comandada por Luben Petkoff y Antonio El Cubano, y se veía más posible la cosa, nadie creía, ni pensaba en la derrota como una posibilidad real, como el fin al cual conducía el camino que se trillaba.

Por ello, era el jefe de la red de apoyo y soportó represión, tortura y vejámenes de parte del gobierno.

Por eso la denominación certera a su pueblo: Camunare Rojo, porque era comunista, era un pueblo virgen como sus vecinos de la propia virgen. —¿Para qué sirvió la Revolución? ¿Por qué tanta verdad convertida en mentira?

¿Por qué tantas trasgresiones verbales convertidas en mitos?

—¿Qué es Quibayo?, se preguntó un día mirando las honduras de sus montañas. Como respuesta, un silencio de vértigo que a lo lejos parece inmóvil, un macizo vegetal de donde surgen enigmas, espíritus, espantos, seretones y mefistofélicas imágenes de hombres de izquierda, hoy sentados a la derecha.

Es el insomne desenfocado de alguien que se pregunta: ¿Cual justicia será primero, la de Dios, o la del hombre?

Parecen nimios detalles, empero para alguien que siente sus sueños postrados y mira a quienes se los inculcaron en sus ministerios y magistraturas vivir de los

esfuerzos y de la sangre quedada en los vericuetos del camino, es como vivir lo salobre del lodazal que a diario queman sus heridas.

Si los honro, me deshonro.

Es mirar pasar el ferrocarril de la vida, como ese monstruo de hierro que, puntualmente pasa a las 10:40 de ida, y a las 5:20 de venida frente a su pueblo, conduciéndole hacia un futuro de eternidad y sobresaltos.

Ahora, sus congéneres se han convertido en

obreros de PROMASA, la que procesa ese maíz que fue objeto de una “esplendorosa operación militar”. De los centrales azucareros que muelen la caña y hacen el azúcar con la que endulzamos el “polvo” salvador en las largas marchas.

Pero él no puede ir a engrosar las filas de ese proletariado, porque no le dan trabajo. Pero, él ya es proletario desde que un jefe político le bautizó como un cuadro de la Revolución y le asignó ciertas responsabilidades, entregándole un libro llamado “Crimen y castigo” de un tal FIODOR DOSTOIEVSKI, sin recordarse que no sabía leer, sino cosas elementales.

Pensó que aquel se burlaba de él o era una forma de cumplir con su deber y así llenar un informe a la instancia superior, en el sentido de estar cumpliendo con la politización de nuestro campesinado como base natural de apoyo.

Todo luce anquilosado, salvo el tren que se mueve a diario, aquel libro ni lo había abierto y nada sabía de su autor y de su relación con este ñaragatero en que vivía, la vida había renunciado a la vida, no existían intereses sociales.

Los recuerdos no querían ser recordados, huían de ellos mismos, por ello optó por no recordarlos más. No quería evocar el pasado, al menos por un tiempo, transitoriamente.

El derrotado se cree satisfecho de sus derrotas. Que absurdo es la moral en ciertas circunstancias “jamás resucitaré de entre los muertos...porque no estoy muerto” se dijo.

El ruidoso y ensordecedor chirrido del tren te saco de ciertas cavilaciones, nunca había visto de cerca un ferrocarril hasta ese día que lo detallo en su paso serpenteado con la felicidad de sus pasajeros asomados desde sus puestos por los ventanales.

Se dijo para sí mismo — ¡Algún día me embarcaré en un bicho de esos ¡

Tampoco entendía el modo de impulsar aquel gigante planetario con infinidad de vagones con todo tipo de carga y dejando un humarazon contaminante en aquel ambiente virgo y enigmático. Había oído hablar de la voladura del tren “El Encanto”, por allá cerca de Caracas, pero con muchas aprehensiones ya que al parecer lo habían catalogado como un crimen revolucionario porque murieron inocentes. Crimen es crimen, aunque se disfrace de cualquier color, volvió a decirse.

Nadie sabe...nadie supo...ni nadie asume la responsabilidad...experiencias, enseñanzas muy costosas.

—¿Dónde quedaría el cadáver Iván?, le preguntó a su interlocutor interno.

—¿Qué voy a saber yo? Ni siquiera se sabe dónde fue que lo fusilaron.

—¿Lo fusilaron?.....Lo ahorcaron como a cualquier bicho.

—No sigamos hablando de eso, yo he visto muchos muertos, pero ninguno como el que mire caminar sin cabeza.

—Tú mae... vos si sos cobero.

—Sí, yo lo vi morir arrodillao y sin cabeza. Pero, fue en un corte de caña que se dio la trifulca de esos que llaman braseros colombianos o indocumentados, que venden su fuerza barata y hasta la fían, porque se los traen y no les pagan hasta que los devuelven a la frontera y en ciertos casos los mismos patrones los entregan a la policía bajo un simulacro de guerra y le pagan un estipendio que está muy lejos de las ganancias que aquellos les han proporcionado.

Cada día el caporal les mide a los cortadores el número de surcos que va a cortar y embanderillan los límites de los mismos, en el filo del surco queda el “burro” de caña cortada que los “abraza” la jaiba, entre sus garfios y los monta en los camiones. Hubo una mata o guía de caña que tenían el tronco adentro de los límites de uno, pero la rama la tenía dentro del otro, este último corto la caña en la mitad que tenía adentro y el dueño del tronco se arrechó.

—Vea hombre, hijo e putahermano, usted me está robando mi caña...que verracada es esa.

—A ver qué le pasa a usted. Si es muy verraco nos cambiamos unos machetazos.

Dicho y hecho, relumbraron aquellos fierros en el aire cortándolo en finos hilos y en una de esas, un machete que iba para bajo a medio camino subió pa’ rriba y encontró el pescuezo del “dueño” del tronco de caña y le quitó la cabeza en bamba y le quedo colgada del último cuerito que tiene

uno debajo de la oreja y salieron dos enormes borbollones de sangre buscando el cielo y aquel hombre camino sin rumbo fijo con los brazos abiertos y a unos quince metros se afincó de rodillas y allí murió, como en una terrible espera ahogado en su propia sangre y entre movimientos saltones y brincos epilépticos se fue aquietando su cuerpo venido desde tierras lejanas a morir por nada.

—Qué vainas las del pendejo, se mataron por algo que ni de ellos era y, aun siendo, ¡por una caña! El matador huyo cañaveral adentro y jamás se supo de él.

Todavía la imagen de ese descabezado la tengo encaletada en los sentidos y ciertas noches le da por plantárseme en un lado de la mente, pero el otro lado la corre de mis pensamientos, pero esas vainas no las borra nadie ni los huracanes y tempestades que inundan y sacuden el alma de uno.

—Cuántas cabezas vería rodar el General José Tomás Boves, el General Páez, el General Bolívar y el Mariscal Sucre que hicieron la guerra a punta de lanza y machete, si yo hubiese existido en aquel tiempo no fuera peleado con nadie.

—Es que esos cojones se acabaron, fue única edición y no toleran copias ni imitaciones.

—¿Con esos obreros será que vamos a aplicar el viraje táctico que planteo Douglas en el campamento que nos bombardearon con los paujies explosivos?

—Es combinando todas las formas de lucha para llegar a un insurrección cívico— militar—eclesiástica.

—Cómo son los intrícales de eso, porque mire donde estamos y esas masas andan en otra vaina.

—Es trabajar a largo plazo. Figúrate que allí salió la orden de infiltrar a los cuarteles, a los propios militares que ahora nos echan plomo.

—¿Cómo es la vaina? Nos vamos a dejar reclutar nosotros, ¿Tú crees que son bolsas para dejarse engañar o aceptarnos en sus filas?

—No chico, la idea es seleccionar algunos jóvenes que tenemos en la familia o algunos que militan en las ideas revolucionarias en los liceos y universidades que no estén rayados o conocidos como ñangaras o subversivos, que hayan mantenido buenas notas y enviarlos a la académica militar para que se gradúen de oficiales de carrera, para que en un futuro sean quienes manejen las tropas, porque aquí los generales no manejan un coño, son unos componedores del poder y a ellos les tiran sus migajas o tajadas de la corrupción, por lo que jamás veremos a un General alzado.

—¿Y cómo quedamos nosotros en ese lance?

—Ojalá no seamos náufragos de la propia revolución.

—¿Y los obreros?, ¿Cómo será su participación?, porque son estos los que garantizan que no se desvíe el proceso.

—Si lo hacen los obreros solos, caemos en el obrerismo, si lo hacen los militares solos se cae en el militarismo y tú sabes que el militar se guía por un dogma muy arrecho, creyendo que ellos son los caja e machete, los sabelotodo, obedeciendo al de arriba y jodiendo al que está abajo. Además, al

militar lo vuelven insensible en esas academias y, en las escuelas que tienen los gringos en el mundo es para sembrarles el anticomunismo hasta el punto que la estrofa de los cazadores en sus ejercicios es “guerrillero, guerrillero, si te encuentro te mato y te bebo la sangre, asesinos guerrilleros, cazadores, cazadores” y por allí se tienden.

—Eso se resuelve con la permanente atención política a ellos y, la alta dirección designará un cuadro de gran nivel para estos menesteres, sin que nadie lo sepa, aquí entre nos, pero escuche que esa tarea será de Cantalicio, Kleber Ramírez, el de la voz finita.

—No lo conozco.

—Yo tampoco.

—Los militares no creen en los civiles.

—Pero los civiles les encanta jalarles bolas.

—Parece inaudito reconciliar a los guerrilleros con militares del gobierno, sobre todo al medir el impacto de las bajas que la guerrilla les ha causado como la del teniente Blanco que lo mataron en su apartamento, allá en Caracas, por Sarria.

—Ese fue el loco Fabricio.

—No sé quién fue, ni estoy autorizado para decirlo, pero lo cierto es que ese Teniente junto con Rigores, Torcat, Piña, Briceño, Veneno y Alexis Sánchez Paz, se dedicaron a vejear a los campesinos en Falcón e incluso el último de los nombrados intento violar a una muchacha en sus quince años en Aracua en el corazón de la Sierra, se llama Carmen y un campesino de nombre Julio

lo desarmó cuando la tenía malograda en el aposento después de haberla arrastrado desde la sala donde se festejaba la fiesta. Después le tendió una emboscada al campesino y no lo mato de vaina, el carro que utilizaba para cargar pasajeros no le quedo ni un vidrio bueno. Todos estos tenienticos fueron el terror de nuestros campesinos, creyeron que yéndose a Caracas se salvaría el teniente. Blanco, el brazo de la justicia revolucionaria le toco un día la puerta de su apartamento.

—Buenos días, ¿Se encuentra mi teniente Blanco?”

—¿De parte de quién? — respondió su esposa.

—De parte del Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (SIFA), agente Castejón.

—¿Qué se le ofrece señor agente?, pregunto el teniente desde la espalda de su esposa.

—Tengo un mensaje para usted.

Allí intento abrir la reja de la puerta y colorín colorao el cuento se había acabado con varios tiros de 9 mm, desde una Browlins accionada por un miembro de la Unidad Táctica de Combate Ru-das Mesones.

—¿Entonces no se puede pensar en los militares como aliados?

—En esa generación de esbirros no, es imposible e inimaginable, un Isidro Piña metido a revolucionario.

—Además, que la arrechera que agarraron cuando los muertos del Jobo allá en San Luis de la Sierra.

—Y el teniente que se murió en la emboscada de Pueblo Nuevo.

—Y los de la Curva de la Uña, también en la Sierra.

—Y los de Los Caracoles en Yracuy.

—En conclusión, tienen hasta derechos de tenernos arrechera...entonces...sigo sin entender esa tal alianza.

—Chico esas son vainas muy profundas para que un carajo hablando solo las entienda.

—Prefiero hablar solo que con pendejos.

—Estoy harto de tantas hambres, cavilo para sus propios fueros, les dijo a sus tripas, a sus vísceras que cada día se volvían más pequeñas como olvidando sus funciones.

El lejano chillido del tren se fue convirtiendo en un tronío que le paso al frente, como un temblor largo el cual se iba sembrando en la tierra y esta se movía levemente bajo sus pies.

—Deberíamos descarrilar esa culebra de hierro y cargar con todo lo que allí pueda servirnos, sobre todo con los cobres.

Ese día supo, sintió algunos recuerdos que le joden la vida más que otros, se le volvió la mente o, tal vez, la vida un marullo, quiso gritar ante el mundo, ante el huraco enorme de sus sensaciones: un grito grande largo y tendido para acusarse a sí mismo, para mirar las fotos del primo perdido, del Capracio que nadie ha asumido; el mismo que lo sacaron de su campamento a ofrendar su pecho a un portugués asaltado en su abasto en busca de unos churupos urgidos; que dolor, que falta de holguras para mirar los horizontes no vistos, ya perdidos.

Qué dirán los ruchos y faustos en sus entelequias y discursos fingidos, magistrados y diputados, que dulzuras; buena la guerra cuando otros la hacen... para vivirla.

El teniente Blanco en otra oportunidad tenía montada una alcabala en la vía San Luis, Las Masas e interceptó a un grupo de campesinos: ¿Cómo se llama Ud.? Regañó a los nativos.

—Pablito González.

—¿Y Ud.?, señaló al otro.

—Manuelito Medina.

—¿Tu cómo te llamas?

—Angelito Colina.

—Nojoda los muy coños e madre, si aparece otro ito aquí le plancho ese culo.

A cierta distancia venía un señor que su gracia o su desgracia tenía por nombre Agapito García.

—¿Ud. como se llama negro e mielda?

—Agapato García, mi teniente.

Se vaciló al caraqueño y se convirtió en gozón famoso de la zona.

Miró pasar el tren a su regreso dejando el eco de un ruido que muerde los dientes hambrientos.

Desde el camino un niño se acerca.

—Bendición chueco.

—El Ché te bendiga.

—Guebon... le grita desde adentro el otro chueco. Todavía creyendo en guebonadas.

Recorrió a vista rasa la recta del camino hasta posarla en la casa donde el miliciano del partido hacía dos veces por semana algo que llamaban

círculo de estudios “Hermanos Petit” en honor a Mario y Leonel Petit, muertos en Cerro Azul, cuando las primeras guerrillas.

En el último evento habían leído y repartido el discurso de Fidel Castro ante o en la clausura de una vaina sobre la que no tenía la más puta idea (no Fidel sino él), “Primera conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad”, (OLAS). Sin entender tampoco que estos temas no tenían nada que ver con el o los lineamientos del Partido.

Sin embargo, él seguía hablando de “el camarada Fidel”, como en otros tiempos porque nada sentía que le distanciaba de aquel, si eran revolucionarios los dos.

Se limitaba a oír la lectura de aquel documento por no saber leer, pero el “chamo Enrique” le estaba enseñando y seguro sería como Choropo que aprendió en la guerrilla.

La parte que le llamo la atención es cuando Fidel dice “El movimiento revolucionario debe estar en condiciones de aprovechar, incluso de apoyar toda manifestación de lucha que surja y que pueda evolucionar, o que pueda fortalecer las posiciones de los revolucionarios; y es necesario, era necesario que estas ideas se esclarecieran, porque hemos tenido experiencias muy amargas, frustraciones de tipo político, las consecuencias, a la larga funestas y desastrosas para el movimiento revolucionario de una serie de concepciones equivocadas. El caso más doloroso fue el caso de Venezuela”.

—Púyalo que va en bajada— interrumpió el chueco, contorneando el cuerpo de la cintura hacia arriba.

—Compañeros vamos a oír y después cada uno pide la palabra y da su opinión, punto de vista, crítica, apoyo o cuestionamiento. Continuemos con la lectura y anoten pa' que no se les olvide.

“En Venezuela se desarrollaba el movimiento revolucionario y el movimiento revolucionario ha tenido que pagar seriamente las consecuencias de la absurda concepción de querer dirigir desde la ciudad el movimiento guerrillero como instrumento de maniobra política, de querer usar el movimiento guerrillero como instrumento de la politiquería; las consecuencias que pueden derivarse de actitudes incorrectas, de actitudes equivocadas y en muchas ocasiones de actitudes inmorales”.

—Pido la palabra— volvió el chueco.

—No hemos terminado, tomen apuntes y al final abrimos la discusión.

—Nojoda, como apunto si no se escribir ni leer y cuando voy a gualdal en la memoria tanta hondura y profundidad que hay en estas palabras.

—Que vaina ahora me entero que el chueco es analfabeta, y tan bonito que habla— dijo la compañera, La Flaca, jefe de propaganda.

—Propongo que en cada párrafo le demos la palabra al chueco y el resto del círculo lo hagamos al final.

—Compañero elimíneme lo del fárrafo y me da la palabra sin dogmatismo alguno y de aquí en adelante que nadie llame chueco, esas son vainas

de Timoteo, llámenme Cheo, cuando mucho el Manco Cheo.

—Lo que les iba a plantear es que Fidel como que está arrecho con laos revisionistas del partido, con los replegaos.

—Ese no es un término político camarada, existen diferencias y deben analizarse.

—Diferencias, hum juracos de distancia y nosotros como unos pendejos creyendo a que la realidad objetiva y subjetiva impone las formas de lucha, los hombres son iguales en la revolución, pero hay unos más iguales que otros. El sacrificio de ustedes será recompensado y se toman una foto con los combatientes en un campamento. Qué manera de tomar el fusil, que forma de abrir una sardina.

—Continuemos con Fidel.

“El partido o más que el partido la dirección derecha del partido de Venezuela, ha llegado a situarse en una posición prácticamente de enemigo de los revolucionarios, en un instrumento del imperialismo y la oligarquía. Y no digo esto por decir cosas; no soy un calumniador, no soy un difamador”.

—Páramelo ahí, porque la cosa esta más jodida de lo que se cree. Aquí lo que pasa es que la gata se cago en la batea, mejor dicho, esos llamados dirigentes a quienes nunca los vemos en el frente han hecho lo del puerquito que se cagaron y se revolcaron en la mierda, hablando en lenguaje universalmente yaracuyano, somos náufragos de

los impostores, somos tripas en corral de zamuros —zopilotes.

“Nosotros tenemos cuenta con ese grupo de traidores”, prosigue Fidel.

—Y nosotros con ellos, troncos de hijos de..., nada, han sido impostores.

—Oigan camaradas — dijo el jefe del círculo de estudios— creo que me metí en un gran peo al plantear la discusión de este documento que no había leído en su contenido, por lo que les propongo suspender este tema y dejar sin efecto su contenido.

—En absoluto compañero el agua derramada no se puede recoger y chivo que se devuelve se desnucan. Desmole con todos los fierros a esa discusión que hay verdades que no deben disimularse con la mentira y tan viejo este documento y cuándo nos iba a llegar, no ven que allí está la otra cara de la moneda y ahora yo pregunto ¿En qué Bar de Sabana Grande en Caracas irían a parar los recursos de solidaridad internacional con la guerrilla? y recursos son cobres, dinero y nosotros pasando hambre, pregúntele a Cara e' Burro. “No hemos sido azuzadores de polémicas, no hemos sido nosotros provocadores de conflictos; lejos de eso, durante mucho tiempo, calladamente soportamos toda una serie de documentos y toda una serie de ataques de esa dirección derechista, en la misma medida en que esa dirección abandonaba a los guerrilleros y marchaba al camino de la conciliación y del entreguismo.”

—Más claro no canta un gallo. Es como cuando la mujer se está yendo con otro, ataca al marido, le da la espalda, cierra las piernas, inventa dolores y cosas; en este caso no se fueron a la conciliación, si no a la reconciliación con una proxeneta. Por allá está el cadáver de Julio Cueto en Guarapo de Lara, cerca de Duaca. Debemos abrir los ojos camaradas. Moral y luces son las primeras palabras, digo...cuando se había visto que una guerrilla la tengan peleando con los zancudos. Momo está arrecho, Serapio se va.

“Nosotros fuimos víctimas de engaño”, dice Fidel en su análisis.

—¡¡Cómo es la vaina!! ¿engañaron a Fidel?, ¿Qué cuenta para nosotros? Estos carajos son vende prendas. No dejen oxidar el FAL... Prepárense pa’ lo que viene. Con razón el Camarita Antonio Zamora, dijo que los perros de los dirigentes o jefes comen mejor que los combatientes. Es que nosotros ni comemos. Esta fiesta no puede acabar en paz, el ultimo que apague el mechurrio.

“Después al cabo de algunos meses empezaron a hablar de repliegues tácticos ¿repliegues tácticos? ¡qué extraño esta todo eso! Un repliegue táctico, eso le decían a la militancia. Eso le decían al pueblo.”

—Un previo, son unos rajasos, desmoralizados, se pagan y se dan el vuelto. Hace poco mataron al gordo Honorio Navarro, el comandante Guarda Tinajas. Llegaba a un ranchito en un barrio llamado Guaicaipuro, donde vivía con su madre.

Se lo mataron en sus mocos. Una comisión del SIFA, guiada por Tirado Tirado, un delator que seudominaban Propa; entonces estamos huérfanos de toda vaina, nos dejaron en la estacada.

” Comenzaron a actuar como delatores como acusadores políticos de la guerrilla, aprovecharon el caso de Iribarren Borges y aprovecharon ese episodio para empezar abierta y públicamente a acusar al movimiento guerrillero, prácticamente a echarlo en las fauces de las fieras represivas del régimen. El gobierno tenía los fusiles y tenía los soldados para perseguir a los guerrilleros que se negaban a replegarse; pero el llamado Partido o la dirección derechista de un partido que se había apoderado allí del mando, que lo tenía se encargaba de armar moralmente y políticamente a las fuerzas represivas que perseguían a los guerrilleros.” Concluye Fidel.

—Una sugerencia para el debate, planteo el Cara e’ Burro: “Creo que no debemos seguir discutiendo sino conformarnos en unidad de combate y empezar a fusilar estos hijos de nadie. Como es posible que digan que Douglas Bravo es el traidor, que es de la CIA, si son ellos lo que cargan el mecate del ahorcado. Nos tiraron hacia la auto muerte, que todo ocurra sin que ocurra nada. Todo sin que se molesten, vamos a dejar que el tiempo corra, esos campurusos no saben nada de política. Son instrumentos de su ignorancia. La revolución la hacemos los intelectuales, somos semejante, parece que lo somos, no son delato-

res, pero vendieron nuestras almas y entregaron nuestras armas. Mucho zancudo, somos huérfanos del paludismo.”

“No se trataba de un grupo de charlatanes, se trataba de un grupo de guerrilleros que llevaban años en las montañas, de combatientes que habían ido allí y habían sufrido topo tipo de abandono, de olvido”. Decía Fidel con ahínco.

—Carajo hay que ver para creer, sino no fuera por el flaco Rafael, este peo no fuera reventao y pregunto, ¿quién responde por el comandante Choropo que lo mataron en Barquisimeto cuando salió del monte a sacarse una muela?

¡Que más abandono y desidia! Lo mataron desarmado, entregado, lo mato Miguel Díaz de la DISIPOL, a mundo el hijo único de la vieja Nicolasa del Ramonal en la Sierra de Falcón. No vendan las armas, ahora es que resta camino, si te vendes, me vendes dijo el Poeta Cantor.

—Lo que han hecho es la catamenta, como todo impostor que sabe disimular sus propósitos e intenciones, dijo alguien desde el rincón del rancho.

—No es posible tanta confusión, atajo el jefe de la célula o el circulo, ahora tú también apoyando el chueco en sus posiciones izquierdistas.

—¿Cómo podemos comprobar si los replegados tienen razón y Fidel está equivocado y ustedes también?

—Le cayó mosca a la leche, o sea qué insinúas, que Fidel está pederreando ante el mundo. Interrogó otro con énfasis en el rebusque o espiche filosófico de alguna frase.

—Mira negro te estas metiendo pa' lo hondo... tu no ves que aquí también estamos divididos. ¡Cuál es el turuleque?, que te crees tú niche. Oye men, tenemos que entender la situación. Tú crees que es muy sabroso estar como estamos sin vé la pure, los chamos, la jeva, como el caso mío, me mando el paltido de allá del Guarataro en Caracas, allí me buscaban los tombos pa' dame bollo, pol un tumbé a un taburete en la zona de Ocumare y el vigilante se puso cómico y tuve que darle dos pepazos con la fuca, nos llevamos el billullo, la muna, pero Esteban salió quemao y pa' la guerrilla pirao.

Eso es men, eso es todi, me asegure yo mismo cuando me recogieron en la concha del 23 donde me llamaban “piquijuye” por aquí se va pa' Cuba, me dije esa noche cuando me montaron en varias naves hasta llegar a un sitio de montaña ni se dónde sería, bajándome del carro me eche el primer mataón, rodé por un cerro y me recibieron unos y que camaradas mal encaraos dando órdenes raras y preguntando guebonadas que yo ni sabía, ni quería saber.

Me tiraron una primera caminata de casi toda la noche, cuando me caía, Renan se burlaba mío y se lucía saltando y brincando como todo un veterano y yo con esa arrechera. Empecé a pensar sobre el significado de camarada, que el chino Daza me decía en Caracas, su significado bonito: broder, pana, compinche y aquel lo practicaba porque era burda solidario.

Cuando llegue al campamento que vi como cien hombres sin meterme o contarme, porque eso es pajuo o mabitoso como dicen ustedes los campurusos, los provincianos, me quede pasmao, eclipsao, chamos con aquel viaje de fierros, fucas, granadas y aquel poco e' gente cuatriboliao, me dije, ya vamos a toma Barquisimeto que debe ser la ciudad más cerca, según lo calculado en la oscurana en que me traían.

Y empezamos a caminar y caminar, correr y correr, andar y andar, orden y contra ordenes, marchas y contra marchas, muertos y más muertos, que dolían y desmoralizaban por lo valioso de ellos. No se recibía a diario una sola orden salvo la de media sardina o medio gallo y media taza de polvo. Medio guebo, dije un día, porque no dicen medio cerro. Por eso, una vez empecé a protestá y Luben ofreció fusilarme y dije pa' mis adentro, antes que este guebon me fusile me deserto o me lo raspo a él. A ellos nadie les reclamaba, quien dijo que una guerrilla toma el poder a la defensiva. A Luben y a los cubanos que andaban con él y con nosotros no tenemos que seguir jalándoles bolas, hay compas que son yaracuyanos y más bien parece que fueran nacido en Pinar del Rio.

Que guerrilla podía triunfar teniendo a Miranda como jefe, no al Generalísimo, sino a un miembro de la comandancia, un patiquín, que los guerrilleros le tenían arrechera por lo aburguesado y coño e' madre que era con los combatientes, sa-

quen la cuentan, era tan acomplejado que humildemente se puso como seudónimo el nombre del Precursor de la Independencia, eso es una raya o irrespeto al Generalísimo.

Que bolas, como podía triunfar una guerrilla en este país, donde los venezolanos se dejaban mandal por cubanos que muy jodíos fueron en su tierra y en su guerra, pero este peo es más complicado, por eso cuando Antonio dijo que amarrarían “a los gualdías” con mecates todos creyeron que era una travesura, por lo menos. El mismo Luben que solo hablaba de fusilar y nadie le dice cuando se cago en cerro azul y mataron a un poco de gente, incluso a los hermanos Petit y él lo único que hizo fue sacar un pañuelo blanco que calgaba en el pantalón, se lo amarro en la punta de una estaca y empezó a ondearlo en señal de entrega y se le entrego al enemigo.

Entonces, pregunto: ¿quiénes son los responsables que haya cundido la desmoralización y la guerrilla quedo fuera de combate, sin fuerza? ¿Somos los combatientes? ¿Los patas en el suelo? Les digo a ustedes, yo si estoy rajao y asumo mi rajamentazon por eso el día que se desertó un primer grupo de guerrilleros donde entre otros se fue el gato Ordoñez, si no lo hacían los cubanos fueran fusilados a medio mundo en complicidad con muchos venezolanos que actuaban como sapos y soplones de aquellos, son unos indignos jalabolas, ese día del ultimátum que dio Luben yo fui de los primeros que pidió la baja. Oye, Man-

co Cheo tú hablas y halagas lo que dice Fidel en ese discurso porque tú no sabes lo que es oír los tiros cerca o el caer de las bombas que tienes que meterte un pedazo de palo en la boca atravesado para que no te reviente la onda expansiva. Como me aseguras tú que allí todo lo escrito es verdad. —Debemos indagar y empezar a ser autocríticos, yo vi cuando Antonio, El Cubano, mato ahorcado como un animal a Iván. Que le van a decir a su pure, esa viejita que aún lo espera. Pregunto, ¿Somos navegaos o somos náufragos? ¿Se es o no se es? Al peón o al obrero le encanta defender los intereses del patrón, es decir, jalarle bolas, acariciar sus torpezas, justificar sus puterías con alegrías. Para él sus mujeres son alegres, aunque sean las putas más instruidas, aunque practiquen las 184 posiciones y todos los polvos planetarios, polvo de maíz, polvo de tierra colada, polvo de arroz empolillado, polvo de lefaria en flor o cambote, polvo de mielda de miles de plastas que ponen a diario en las aceras y en los quehaceres los gobernantes de este país, que ya ni eso es, ni nación ni patria; donde estará el coño e madre que le dio el tiro a Ezequiel Zamora, otro náufrago de los tratados. Esos susodichos jamás tendrán en claro aquello que metafóricamente alguien llamo conciencia de clase. Les encanta ser “su más fiel servidor y amigo a toda prueba”. “El que nació pa’ anda atrás ni que lo echen alante”. Ha dicho, dijo Piquijuye, mirando a su alrededor y no encontró a nadie, todos los celulantes y cír-

culos de estudios se habían salido sigilosamente, sin hacer ruido, sin interrumpirlo, sin clausurar la reunión, sin llegar acuerdo, solo el silencio rompió en grito a su existencia. Llamó al resto cada uno por su nombre y solo el leco de un eco lejano le reboto en sus fibras angustiantes de verdades. Recogió un viejo cuaderno que tenía en su portada la efigie o dibujo del cacique Guaicaipuro que decía: Propiedad:

Organización. Grado: Logística. Tomó un lápiz mongol y escribió en una página en blanco: “Si llegan al poder no entreguen al país, ni se olviden de las vainas, que hemos pasado. Sobre todo, las hambres que siguen siendo niñas”.

Miro al cielo que hace rato había traído la noche, busco caminos y se dijo “soy un náufrago de mis habladeras de guebonadas”.

Sintió nuevamente el tren e irguió su cuerpo para verlo pasar, para verificar la existencia de otros rumbos, otros mundos, otros caminos sin abrir. Pasos, pasos y más pasos, monotonía de lo infinito, variedad dilemática, múltiple existencia, embrutecedor vivir, decepción de la grandeza, imaginaciones equivocadas, pensamientos raquíticos, delgadas ideas, infinitud de fortalezas, motivos obsesionantes, murallas y más murallas obstaculizan el reto donde unos se quedan al margen y otros se lanzan a la aventura.

El hombre vive la encrucijada constante de la vida, vivida y vilvida como pleonasma y redundancia de criar y crear.

Sin el hombre, Dios no hace nada, qué sentido tendría la vida para Dios si no contara con este pencho. A quien castigaría, a quien premiaría, a quien le daría sus bendiciones tendiendo su manto de ciertas vainas que no viene al caso mencionar. No, por guardar secreto, sino por estrictas medidas de seguridad. Sobre todo, a quien le echaría Dios las culpas del fin del mundo y del acabose de otras menudencias como el amor falso y fingido, los despechos, las querencias buenas y malas; solamente el hombre es capaz de todas esas verguitas juntas, incluso de joderse uno al otro, de la zancadilla, la puñalada trapera, acusaciones falsas, hijo e putas de quien fue el mejor amigo con el que se comió la última ración de sardina en lata o el último guarapito de azúcar.

De repente lo mira acusando al sentado en el banquillo en nombre de una tal revolución que solo luce en el discurso y firma un acta justificando lo aberrante, lo peor: los “esbirros revolucionarios” lo utilizan en su argumentación diciendo “hasta fulano que fue su sucio en la uña”, entiende su traición.

Es difícil la disidencia. Náufragos de ella, quien se ocupará de Roque Dalton, el poeta más esplendido que parió la tierra centroamericana, después de Rubén Darío y lo fusilaron sus propios compañeros. Donde estaría Dios en ese momento. Qué talento se llevó esa bala revolucionariamente ciega. Pobrecito poeta que era yo, escribió con lindura universal. La revolución vestida de

deshumanización. Murallas, murallas que Dios le pone al hombre, el hambre anti humana, bóvedas de oscuros musgos, afelpadas líneas de lo desconocido corriendo al abismo, como llano camino, llamando el silencio del que no tiene voz.

Cada cual busca su rumbo sin solemnizar la maldad. Leo el poema de los pájaros negros de Tito Núñez Silva, maracucho, barquisimetano universal a quien conocí en la guerrilla de Lara en una concentración, lo subieron para exponerlo a toda clase de pruebas y como todo hombre urbano por allá rodo de culo en un fangal cerro abajo y le pego el hueso de la bullaranga (coxis) a una piedra y quedo privado, gozaron con eso. Víctor González (El Pajarito), su leal amigo se abrazó con él y casi lloraron juntos, pero se levantaron y siguieron al ritmo de los guerrilleros predispuestos contra ellos bajo la acusación de ser agentes de la derecha y plantearon algunos de la banda de los cuatro fusilar a los derechistas, intelectuales y poetas ridículos.

¿Dónde estará el Cabito Julio Chirinos? ¿Dónde escalara el avión de sus eternos viajes por América, Asia y Europa disfrutando su otra revolución? Son viajes bonitos, fáciles, sin mapas, sin brújulas, sin morral, sin preocupaciones de que Lauria arregle bien los papeles del carro, pasaporte o cedula.

El olvido torrencial de las acequias que en la vida se construyeron juntos para el correr libre de tertulias en campamentos donde el viejo Andrés Montaña o Juan Túa Daza sacrificaban el susten-

to de sus hijos para que el Buró de Área en Occidente deliberara y discutiera políticas a seguir. Pero estos recuerdos pesan mucho para cargarlos en el inexistente morral y es mejor no recordarlos porque nos acordamos de las calamidades de los demás y el que llena la barriga se olvida del que no come.

Después que el poeta Tito Núñez se le pasó el dolor en el culo y la arrechera proletariamente bien sustentada, llegaron a un lugar de descanso, se le ocurrió una

humorada típica de los maracuchos, por lo que se dirigió a un comandante de esos que están por encima del bien y del mal y le preguntó:

—¿Mirá, vos habéis estado alguna vez en el Zulia o en Maracaibo?

—Si— le contesto aquel, yo viví en Cabimas cuando carajito.

—Entonces te voy hacer una adivinanza.

—¿Cuál es?

—Como se dice en maracucho: vos qué queréis o qué queréis vos.

El tipo miro para todos lados, estiro la boca moviendo un puente característico en su dentadura, se inflo un tantico su pecho, se acomodó la forniture, por último, se inspiró en un dejo artístico y se lanzó a ganar el reto: allá se dice vos que queréis.

Ya el poeta estaba preparado sin prepararse porque cualquier respuesta ante una pregunta de doble sentido tenía un solo propósito. Se sonrió levemente, trago aire calmante de un asma crónica y le repuso:

—Que me maméis el guebo

Hay mi madre, solo quienes allí estaban pueden retratar el proceso metamorfosico de un hombre a un energúmeno, bufó una arrechera no rara en él, saco el fusil automático liviano alias FAL, le corrió el seguro de la S hasta la A, es decir, en ráfaga y lo llevaba en dirección al pecho lleno de humor de aquel poeta humilde y soñador, se le interpuso alguien que le tomo el arma entre ambos cuando solo decía.

—Te zampo un rafagón coño e ‘madre, pa que respetes a los hombres, yo soy comandante, el muy marico. Así se calmó, el otro privado de todo aliento, cagao, mejor dicho, recupero fuerza y le dijo:

—Vergación que molleja vos no sabéis de juego. Fabián no te arrechéis, desarrechate, yo quiero ser tu amigo, lo demás es jodedera, yo creí que tu sos como nosotros alegres y jodedores. Que vais a ganar con matarme a mí, después el coco crece sin padre y Ana Felicia creyendo que el humor me mató. Dale un abrazo a este poeta querendón, enamorado y asiduo de las viejas breñas, a mundo Argimiro Gabaldón: “El camino es duro muy duro, pero es el camino”.

Cuando llegaron al campamento se le acercó un segundo comandante al poeta en el puesto donde lo habían dejado ubicado, estaba fichado de derecha, éste un poco más leído le dio otras demostraciones de entendimiento. Se sentó en un tronco húmedo y lleno de un marite musgoso y entabló conversación:

—Te salvaste de vaina, mano mago pierde el sentido y no ve a quien le va a tirar, se siente guapo y apoyado y los del B.P. como Douglas, Fausto y el Flaco le aplauden todo, más bien, lo premian con viajes a china y a coger culo en los burdeles en Paris. El único que se les para es el Cabito que ahora lo llaman Lázaro, pero ese, aunque se cambie de nombre sigue siendo el Cabito y algunos le tienen arrechera, porque es crítico y vertical, no es el alcahuete, pero el tal Fausto Raúl, se vuelve una gelatina con los actos de este compa.

La otra vez intento matar a Alcides, el tío de Calderón, lo salvo Ali Gomes y Polo, sin embargo, le paso un puñal del que llaman boyascao cacha e venado y le corto la forniture de banda a banda. Total, en la DN y el BP abogaron por él y Fausto Raúl justificando esos intentos de asesinar a los compañeros bajo el argumento de entender los traumas históricos y psicológicos. Si te hubiera matado ya tuvieran elaborando un informe para decir que se escapó una ráfaga contra un nuevo y causalidad pego en tu pecho de asmático. O cualquier invento hubiese aparecido y seguiría la fama de arrecho.

—Verga camarita, de aquí en adelante usted será mi amigo y hermano.

—No se descuide cámara, que cuando baje a la ciudad le busco por allá.

CAPÍTULO III

DE CAMUNARE A ALTAMIRA

Después de pasar el tren decidió a salir al caserío, tenía en la mente un barullo, le hervía todo junto, a los pocos días se enteró que al Manco Cheo lo habían metido preso con todo y burro en la prefectura de Urachiche por haber escrito en una pared cerca a la plaza en letra perfectamente leíble con un carbón de leña samanera: “Viva Fidel, viva el Ché, viva Duglas y viva yo”, firma el Burro. Lo sacaron con burro y todo a borrar aquellas letras a mitad de la noche y se les escapo, no sabían cómo, por lo que dejaron el burro. Desde allí se le catalogaba de moján y hasta los policías sentían respeto y temor por el Chueco, nunca reveló el secreto y la forma de su fuga y la otra noche se lanzó otra pinta en otra pared alta, que tampoco nadie sabe cómo alcanzaba o como se le encaramaba “Rómulo es Pato, CAP es ladrón y me cago en la reverendísima puta e la madre de los que gobiernan”. Esta vez pagaron con el flaco Rafael, militante reservado y panadería de Quintín Moya (a) Perio.

La desintegración del círculo, de la unidad, de la célula o como se le llame, plantó aquellos seres ante el diluvio trágico del quehacer, adonde ir, cual es el rumbo, y empezaron los delirios, el hambre, el abandono, la pérdida de fe, la descreencia y la desconfianza convertidos en obstinación, características del hombre restiao.

—“Bajara Bolívar”, se dijo una noche de vagas ideas, “para que” le pregunto la otra parte de su conciencia.

—“Que resucite Bolívar”, que salga Bolívar, que regrese Bolívar, que castigue Bolívar, que grite duro Bolívar”.

Estaba en una posición abrazado a un palo o árbol yagrumo y vio a Bolívar, se le presento en sus propios modales y creía verlo y sentirlo. Se confundían sus gritos con los de las yosolas y las guacoas.

—Estás loco, le dijo una voz — Quiero estar loco, no saber ni de mi existir. Seguir comiendo mierda, pero que va no tengo madera de loco.

No soy loco, pero si tengo un peo con Bolívar que alguna vez nos encontraremos y hablaremos. No le pido que vuelva a pelear, ni a liberarnos, ni a cabalgar; es muy

fuerte ese paso por los Andes en mula o a caballo, además sus más connotados herederos andan en los mejores aviones del mundo. A fornicar tampoco, ya no tenemos fuerza para tanta vaina. Al menos baja de esa estatua y dinos autocríticamente porque coño entregaste al Generalísimo Francisco de Miranda. Se lo entregaste al enemigo. Se siente traicionado, delatado, torturado en la carraca por el otro imperio, ¿Por qué no hubo cojones para fusilarlo si había cometido un error que así lo ameritase? ¿Por qué no lo dejaron seguir su vaga vagar?, que me dé razón de Piar con sus glorias del Oriente, de la batalla del Juncal tan

arrecha como Junín o Pichincha; lo rasparon, le dieron matarile lileron al catire, al héroe de oriente, al otro líder, al otro caudillo y repito lo dicho por tu Manuelita en una carta de amor que lo que le sobro contra Piar, le faltó con el otro catire, con el de Curpa, el de las queseras del medio, de mukuritas y todas esas glorias de Páez, le faltó también dice ella, con el Maula Santander; quien llame a Páez traidor no sabe que sin Páez no habría Bolívar y sin Bolívar no habría Páez.

Al menos que olvidemos lo ocurrido en Carabobo; lo que pasa es que cada poder crea su oligarquía y la disfraza a su manera. A todas estas y sintiéndome libre en montañas de María Lionza, quisiera preguntarle de usted, su Excelencia, yo que soy un pobre pendejo, talón rajao, pata en el suelo, que anda sonámbulo de las hambres que me repartió Dios en este extravío, siendo un náufrago de sus ideas y de sus gestas, cuando perdió las repúblicas y las batallas, ¿dejó sus tropas al garete y en mengua hacia la muerte? porque estos jefes de ahora dirigen la guerra desde París, la Habana—Caracas y los pendejos, zampaos en las montañas de Buría, allá donde el viejo Miguel Rangel crio a Gabriel Augusto (El Gabo), cazando cachicamos.

Que sabroso esas diligencias, porque hay que ver lo claro que usted tuvo cuando le llegó a Petion y se zumbó Caribe adentro en churuatas, y la gente lo soñamos nada más que en un caballo y siempre blanco, se olvidan de sus buenas mulas en que

usted cargaba, el baule que le ordenó y organizó Manuela en su estado mayor. Pero también voy a anotar otro punto pa cuando hablemos, pa que no se me olvide y, es el de la Gran Colombia. Si pensaba en una gran nación, como es que termina fundando otra y de ñapa, le pone su nombre; creo que usted tenía razón de estar superarrecho con el maula Santander, ese susodicho, sí fue un cachaco con su excelencia y se lo dijo Manuela a usted después que lo salvo de la muerte en Chinchorro.

—Definitivamente debes ir al médico, estas delirando, tienes que hacer contacto con Víctor González, el pajarito, el enano para que te lleve a que su hermano, el matasano que lo llama su papá, el Dr. Leopoldo González Camejo, no sabes lo que estás diciendo abrazado al Yagrumo, te agarro la fiebre de la soledad, de la derrota, de la galucha y la caligueva. Eres un montón de derrotas acicaladas en un sentimiento despavorido que retumba en tus sentidos resentidos de odios, arrecheras y frustraciones crepusculares que ruedan por las cunetas y torrenteras de la senelitud precoz.

—Tú y tu, yo y yo, cada vez estamos más divididos, somos tan contradictorios que terminamos siendo dos mundos antagónicamente opuestos, flagrante y brutalmente enfrentados, ante el enigma de para dónde coger, qué hacer con lo que sí es de los dos: nuestro propio carapacho, lo que Dios haga con nosotros será bueno, aunque no nos guste.

Se produce un murmullo silencioso en el monte salvador y lóbrego, exhalación al frente doble como

sus sueños, estrellas corren por el terraplén del cielo en mudanza desconocida, luz fugaz para el perdido que ni en el día mira el camino, ciega el deseo, nubla los rumbos, jalonean los recuerdos al tenebroso compromiso que no se quiere acordar.

Una vez más sentía el palpito de la tierra pegada a sus poros, dándole fuerza, nutrientes de angelicales orígenes, tenía contabilizado mentalmente el armamento con que contaba, sentía, percibía los miles tentáculos que le imantaban, le llamaban, le jaloneaban hacia un mundo desconocido y tenaz. No dejare de ser campesino, pero iré a la ciudad, a la otra jungla, con otras fieras, pero las mismas especies.

Tomó en sus manos una navaja de usos múltiples, el único regalo que recibió enviado por Douglas Bravo, después de haber llegado de una gira internacional que lo llevo hasta donde un tal camarada Kadafi en Libia, la abrió y le contabilizo todas sus piezas: dos navajas, un tenedor, una tijera, una lesna, un saca corcho, un palillo o mondadientes (que ironía que podían retener sus dientes de tanta hambre) y un mini serrucho, y la desplego tomándola con su mano izquierda con la cual cubrió ambas cachas rojas con una cruz dorada en la mitad, con la punta de la navaja más corta escribió a bajo relieve y en lo profundo de un inmenso pardillo: “El que no sabe pa’ donde va, es porque ya llegó”.

Sentía cierta lucidez luego de haber recordado algunos cursos políticos—filosóficos impartidos por diversos ases luminosos, recordaba con pena

alegría, con algún sopor, con incomprensión las palabras, lecciones que impartió, expuso y ordenó a un camarada cara de extranjero, alto como un gringo, verbo nunca oído, manos pulcras y catiras, como él mismo, rejendio la noche en el mayor ejercicio o verseo ante un destacamento a cargo de Polo, en la montaña de los gavilanes en la parte alta de Rio Claro en el Estado Lara y hablo pestes de los dos imperialismos, el ruso y el USA.

Tomaba aliento en medio de bocanadas de humo nicotinizados, exhalado por los guerrilleros fumadores sobre todo Víctor Rebolledo (a) La Cochina, quien le fumaba casi en los ojos alumbrados por un fogón que Polo se encargaba de avivarle la llama utilizando sus manos como abanicos; “ahora si vamos a tumbar el gobierno, ahora si vamos pal’ poder, ahora si tomaremos la vía socialista y preparados para pelear por el sur con los rusos y por el norte contra los norteamericanos; lo que quiero decirles en nombre del buró político es que debemos prepararnos para moler vidrios con el culo”. Enfatizo aquel hombre con la sangre brutalmente alborotada.

Todos quedamos ambilados con aquel informe político y nos dieron la palabra y nadie hablo, nadie intervino ante palabras tan fuertes, ante la vecindad de hechos tan inminentes como la toma del coroto, una pelusa, pero nadie entendía.

Al amanecer sacaron al hombre a la ciudad nuevamente, solo durmió una noche en el campa-

mento, pero no nos dejó dormir preparándonos mentalmente para la entrada triunfal a Caracas que ni siquiera sabíamos, la mayoría para donde quedaba.

Se despidió con brazos y una frase lapidaria y funesta “Prepárense porque algunos de ustedes serán ministros”, bendito sea Dios, ¿qué vaina es esta? ¿ministros?

Se fue por la vía del caserío El Caballo, a salir por Sabana Alta, La Lucia, donde pegan sus imaginarios límites Lara y Portuguesa.

Los dos días siguientes fueron eufóricos, repartimos cargos de acuerdo a lo que sabía cada uno, ¿cómo se iba tumbar el gobierno?, no sabíamos. ¿Cómo íbamos a salir de aquel Montañón? tampoco, ¿Cómo iríamos a pelear y con quién? Menos. En síntesis, era algo maestro para engatusar a incautos, pendejos analfabestias y, ocurrió algo que nunca había sucedido, algo real maravilloso, un campesino llamado Marcial hijo de Juan Tua Daza, salió al pueblo y compro un periódico llamado El Impulso y se lo envió al destacamento porque él no sabía leer; cual fue nuestra alegría cuando vimos la foto en primera plana del musiu, que se había aquel anteayer del campamento, bien empaltolado, con una corbata denominada lengua vaca, un pompón en su peinado, el pelo liso y poco criollo. Todo aquello con un titular que decía “El presidente Carlos Andrés Pérez, designó al Arquitecto Fruto Vivas, Ministro Jefe de INAVI, para enfrentar el problema de la vivienda en

Venezuela”; y se dejaba ir aquel escrito periodístico en alabanzas y demás yerbas hacia nuestro personaje resaltando sus dotes como profesional, cuestión incuestionable; todos quedamos pasmados y privados, sorpresivamente nadie comentó nada, por la noche con voz siciada y cautelosa, le dijo la cochina a Vargas: “Esta revolución es jodida, pero vamos avanzando, ya tenemos una avanzada en el gobierno”; el otro le respondió: “Ese se rajó al regreso cuando vio que la luna no es pan”; sin comentarios, se es o no se es”.

Aquellos destellos de lucidez, amargura y sueños irrealizables se agolpaban en la puerta de su mente, sin lograr salir por la boca, hechos palabras, pero sus ojos alumbraban o más bien se nublaban con el brillo de lágrimas sin salir, salobres y puras e iluminaban cual reflejos de algún relámpago en la lejanía del cajón inmenso de las Sabanas que se abren desde Manzanita donde el último obstáculo a la vista inmensa es el cerro del Machito en la orilla de Portuguesa y Cojedes y mira y mira y mira hasta majagual de Barinas y vira y vira y vira a la derecha y se le topa la vista en los parajes y rocas de la sierra inmensa de Calderas y Altamira de Cáceres, el pueblo de Noel Ávila Jerez, otro héroe olvidado, lo mató un panamericano, un custodio, un blindado, o mejor dicho un jalabola de los que cuidan los reales de los ricos cuando asaltaban un banco en Acarigua.

Bramo la sierra andina y sus aguas truncaron su cauce. A buen tipo se llevó la bala de aquel

3.57 que se estrelló en pecho noble, que nadie recuerda, para que, si esos recuerdos estorban y no podemos reconocer que los grandes cacaos vivieron, viajaron, rumbearon y organizaron la guerra con los recursos que estos equipos especiales conseguían.

Allí se aguantó la vista, se posó en esa especie de cerco a media luna que hace la cordillera andina a gran parte del país, terminando en el cerro “El Manzano” detrás del edificio Nacional en Barquisimeto.

Aquellas pequeñas luces cual cocuyos o rayos que a lo lejos repetidamente rompen la sabana estrellándose en inmensa pared andina, tan seguidos como cuando, en mayo, Dios anuncia la llegada de las lluvias, son refuciles seguidos y lejanos, sin truenos, sin bulla y sin algarabía, cuando la primera coa o siembra de año está bajo tierra, en la roza que se hizo en febrero con el convite, se quemó en marzo, el 20 exactamente, un día antes de entrar la primavera y se sembró en abril, en seco a punta de chícora roma, sin dejar caer un granito de maíz o caraota fuera del pequeño huraco que se le abrió a la tierra, porque si no entonces los pájaros ventean la siembra y sacan la semilla, se la comen y no hay nada que nazca, pero ya la que hizo Gerónimo, Prisco, Prudencio y Viejo Andrés fue rezada y curada, rezada contra el gusano y curada contra otras vainas, en los malos ojos, en la mala sangruna y en la mala fe de los demás.

Así germinara parejita al nacer con el primer invierno y brotaran todos los granos, el mismo día a la misma hora, maíz, maíz y maíz con matas de pira caraota entre el medio para el guiso de la casa y de los guerrilleros que Agustín Mejías (a) Falcón, el mejor guerrillero de Los Andes, y ser más noble pudo conocer. Habían trabajado aprendiendo a manipular la toca o lo que quedaba de algunos machetes viejos y, trabajaban con los campesinos que eran células de la guerrilla y del partido haciendo una comunidad bonita donde el Picure, un maracucho polémico devenido

en regentador de tequeños, hacia guardia mientras el negro Clodomiro, Rafael Montilla (a) Rosendo, Gonzalo la Pava, Pedro Triana, el Perio Quintín Moya y el mismo Falcón, le repartían machete parejo aquellos batúcales de montes diversos.

Por la noche se armaba la parranda en casa de Prisco, bailando, unas 8 hijas que tenía, Gonzalo tocaba la guitarra, guerrillero yaracuyano de por allá de Camunare, duro diez años en la guerrilla y nunca hecho un tiro, era un indio puro y nunca en esos diez años al menos nadie llegó a verlo arrecho ni decirle una mala palabra a nadie:

Enamoraba cada guerrillero a una de las muchachas, el músico era devoto de Cipriano, pero el viejo Prisco las tenía bien amoladas para que no le pararan bola a ninguno, salvo una que era medio chueca de una pata que se dispuso a irse un día con Arcario, a quien también llamaban Hugo y Cunabiche, aquel seudónimo se lo cambiaba de

acuerdo a la zona, pero seguía siendo el mismo desde que llego cuando Falcón, le dijo: “Te vas a llamar Arcadio, nombre común en la zona”. En el transcurso del tiempo los campesinos sustituyeron la d por una ere y así quedo.

Bebían un miche dulzón que en nada se parece al cocuy falconiano, el pecayero, lo procesaba el viejo en un alambique sanjoneero que tenía cerca de una quebrada de aguas claras y piedras enormes, de esas que son machorras y no paren, según el decir, porque las que paren son arenosas y paren sus huevos en febrero.

La muchacha medio chueca le había dicho una vez a Arcario cuando la enamoro medio enmichao “yo si le doy amorcito a vuste, es tantico namás, vuste es muy malarte y si le doy mucho no viene a devuelta y me quedo ambislasteada y sopetiá, malaltosamente, a rigor, a rigorito, yo a vuste, como a su majestad mi madre, si lo ansío y lo acuerdo en esas noches lóbregas. Salgase de esos montes y hacemos un rancho en el poblao, en la Panelas, en la colmena o aquí mismo, en rio Anito, en cualquier orilla y tenemos sutes, sembramos pira, vuste pulli no va a se ná, tenga juicio y no pierda esas energías subiendo y bajando cerro, en lugá´ de subí y baja de mi cuelpo”.

Bebían aquel miche anizado que dejaba un dulzor prolongador de un sabor múltiple que, a su vez, multiplicaba los ánimos, reconvertía los espíritus y animaba a pensar fabulosamente esa otra vida: A mitad del bailoteo, se le apretaba a la muchacha

a quien su defecto en la pierna (una ampollita mal puesta cuando niña), no le impedía bailar al paso que del ritmo pusiera Gonzalo en un bordoneo eterno “Vuste como que esta champiao, no se valla a champiar pa que bailoteemos tóa la noche”.

Era un encuentro con el Camarita Antonio Zamora, quien era compadre de todos esos campesinos, especial bailador y manejaba los embustes más folclóricos oídos por nadie, como la vez que lo sorprendió el gobierno en un claro de sabana y cuando lo tenían listo, le paso una potranca espantada y le pego un salto y se le encaramo en sus lomos y dijo a cabalgar.

Del susto le parecía que la potra no corría, por lo que tiro un tenascon a un bejuco para chapparrearla sabana adentro; al amanecer la potra se agotaba cayendo al suelo casi muerta, fue cuando se dio cuenta que había corrido sobre una tigre mariposa, y de paso, el bejuco con el que la fue-teaba era un macaurel cuatro narices, y terminaba aquel relato muy serio sin que nadie se atreviera a llamarlo embustero.

En ese encuentro, en la cabecera de Quebrada Amarilla entre El Cedro y San Juan de Dios, le pidió orientación en relación al noviazgo serio con la muchacha: como pedírsela a los viejos, como convivir con ella y todas las menudas liras que en sueño carnal imaginaba teniendo aquella otra vida.

El Camarita le dijo: “Bueno Cámara, fíjate tú pues, al indio Venta una vez le toco un trance

como el suyo, pues, por lo que le dije mano Venta, el hombre guerrero debe asumir compromisos no muy pesados para hacer la marcha ligera; lo que le quiero decir, es que el amor no hay que dilatarlo, porque puede ocurrir lo dejen silbando iguanas, más bien, hay que hacer como éstas, cayendo y corriendo.

A la mujé no hay que pintarle muchos pajaritos preñados y menos a los que de por acá, más bien cuando usted ventee que quiere algo, pues, eso se le conoce al caminar, como le mueve la colina a uno, al mirarlo, si le dice “ese malaltoso” con doblé y estremecimiento, bueno prepare la olla y pele la yuca que la presa la pone ella, lo que usted tiene que hacer pues, es ponerle la mano en el pecho, ella va mira pa’ tras, buscando con los ojos donde va a caer acostadita pues, ahí es donde viene lo bueno, el trabajo forzoso digamos, no se valla atorar, llévela como pacencia, amánsela desde el tobillo, le va agarrando la pierna, cuando valla por el muslo ella le va quita la mano y usted, se hace le pendejo y se le va por encima como al arroz caliente, vuelve usted a poner la mano en el muslo, a lo mejor se le vuelve a quita, pero no se desanime, que esa es su naturaleza; siga avanzando por arriba con una mano, y abajo como el gusano cuarta a cuarta, hasta llegar allá, usted sabe a Barquisimeto.

¿Usted nunca ha tocado una pantaleta en ese justo lugar? ¿No? eso no tiene nombre, ni se puede decir, allí nace, muere, tiembla, brinca, todo

sube nada baja, porque no toda pantaleta es igual, después que le pertenece a una hembra, es única como su dueña, ninguna mujer se parece a otra, es única. Más eso de que estamos hablando, cuando usted le toque aquello, debe tener la boca como tapara suerera, mojadita, y usted sabe lo que se hace con el suero, hay que comerlo, no deje que se ponga agrio porque se echa a perder y la tapara, pierde la madre”.

Después de aquella conversa con Camarita, se fue y guindo la hamaca en un filo de montaña más arriba de Pozo Verde, era una montaña virgen, húmeda, clara y frondosa, múltiple en su hábitat, cantos de diversas aves, era viva de día y más viva de noche, correteaban animales por encima y por debajo de la hamaca, monos pui-pui que salen por la noche; lapas; cachicamos le hociqueaban el morral; serpientes que silbaban al lanzarse de un árbol a otro; hormigas jirahara y bachacos rollones que mudaban la comida y dañaban la ropa; con el ronquido del Camarita que retumbaba la montaña.

Allí repensó los concejos y el cuerpo se le fue en soponcio y el alma en vilo, se sintió atarantado, hubo una vez que no se acordaba de nada, solo permeaba la imagen de la dulcinea, cuando llegó a una cita en la misma quebrada donde las piedras no paren. Ese día, ese rato, ese instante se le olvidaron las lecciones del Camarita y se le fue a los mocos y ella se desplazó hacia el suelo fértil y antes de llegar a tierra le dijo “yo soy virgen, a

mi naiden me ha usado”. Se le vino un conflicto grande a la mente, “a las campesinas no hay que joderlas” le había dicho el Cámara. La levantó sin poseerla y sin amarla, sintió miedo del fusilamiento, miedo de la sanción, miedo de una tal revolución... y la miro irse con sus ganas, se fue virgen como llevo... no la volvió a ver más nunca y virgen siempre será...Que pajuo somos los revolucionarios, se dijo para sus adentros.

Esa noche, el rayo de luz estaba lejos frente al reto del resto de la vida, del topo a todo. A escondidas hizo un acto anti todo, para no traicionar a la tal revolución: la masturbación (en lenguaje serrano y universal, se hizo la paja) le hizo imaginar los muslos, entrepiernas, cachetes, nalgas, clítoris (semilla, pepita dice Valentina en Cabure) de un ser desconocido, pero abstractamente placentero. Los relámpagos, el refusíl seguía y seguía, alumbraba, iluminaba, resplandecía, fulgurantemente ante Dios, él era y es Dios, caseto de la sierra, mastranto del llano que olisquea al hombre y lo cruza contra los males, no le entra nada, no le teme a nada, solo el indómito mundo sabe y siente lo que es una bestia suelta.

El cerro gobernador allá en Calderas multiplicó el relámpago, se lo devolvió a sus ojos, se encandilaron sus ojos, se nublaron sus ojos, es otro cerro azul, no donde se rajó Lubén Petkoff, sino el de los calderenses que son como gochos llaneros. Tomó agua de la Quebrada del Pescaio, la que llega a las adjuntas y empozan el río Azul; miró le-

jos a Calderas encima Agua Fría y este cerro que es gobernador.

Caminó con El Rojo y su hermano Hugo, en ese paraje que solo Noel Ávila Jerez le hizo llegar hasta La Cuchilla, pasamos a Cruz Verde, Santa Filomena, y antes de llegar a El Molino, rezamos y cantamos décimas a un santo desconocido, al Dios de las cumbreras mirando llano, mirando todo y nada; a sus espaldas, el bosque sal, andes, enigmas, zanjón, piedra y riesgos. Por ahí te vas a San Rafael, Villa Coromoto y Prado de María, allí acampó el sentimiento, allí detuvo el trote, allí se pasaron las bestias de la Virgen y el Rosario; allí se clavó la luz.

Hacia el llano grande, el mar seco, la aguadita con un pozo, el de los duendes, que llaman el silencio, porque es como los militares, no les gusta que nadie hable. La bulla es lluvia. El Resino, cerca de la Arandia, son yerbateros y la grama es única. El cedro y Los Baúles debajo de Las Margaritas, cautivantes y cautivantes flores, se despidieron en cobijo de neblina.

Aquella montaña exuberante era virgen, se fue con ella, dejó ir a la otra virgen y el seguía en lo mismo, tenía miedo, era algo como anti mujer sin ser maricón, era un hombrón, un caja de machete: era un náufrago de muchas vainas juntas.

Se empezaron a juntar los relámpagos, las luces lejanas se acercaban, el mundo se achicaba y Dios en su grandeza, se hizo inicuo, celuloso y roble negro para vivir y vibrar en sus fibras por todos

los días, años y alientos que el mismo le da para recorrer tanto trecho, tanto todo, tantos días, tanto hablar.

Después de ajuntarle con el gigante en Tinajitas, le quito un libro encaletado en escondiste o cueva de lapas no clandestinos, que había dejado el musiu de la molienda de vidrio con el culo. “No vé, allí es donde no soy militante”. Aquel libro era raro decía cosas que no tenía que ver con la fulana revolución. La misma revolución por la que me tuvo que defender del fusilamiento a Tito Núñez, ante el negro Chirinos, que nadie sabe qué rumbo tomaría.

Era un libro corto, pero conciso y decía “Estoy buscando los huesos de tu padre, pero no puedo distinguirlos de los de un esclavo”. Esto se lo dijo un filósofo que tenía como gracia Diógenes, y de apelativo Sinope, a Alejandro Magno. Éste Magno le pregunto si pudiera hacer algo por él, Diógenes, el filósofo le respondió “Si, tan solo que te apartes, porque me tapas el sol”. Se burlaron del filósofo los jalabolas y le advirtieron que el tal Magno era un tal Rey. Diógenes se hizo el pendejo, no dijo nada y los jalabolas se rieron. El Magno los mando a callar y les dijo “De no ser Alejandro, habría deseado ser Diógenes”, esa es la dicha del pendejo, allá los practicantes de lealtades ciegas.

Empaqueto el libro y se lo mando a Víctor y a Tito para el archivo de la revolución y de la conciencia. Que la voluntad no falle para que el cuerpo aguante.

Empezó a conocer de política por un sociólogo que le mando El Flaco Prada a su unidad, frente o destacamento. El Flaco le dijo que el tipo le enseñaría de todo el conocimiento mundial de la vida, cosas de Heráclito, Temístocles, Alejandro Magno (el libro que olvido el musiu y el carajo lo leyó), Kant, Anaximandro y Anaxímenes, la Teoría de Kant, Tesis de Marx, Engels, Lenin, Luxemburgo y ...para cagarla, la ocurrencia de un tal Stalin.

El comandante Agustín Mejías (a) Falcón, le dijo “A rigor, ahí están los libros de Martha Harnecker, la que ayudo a Salvador Allende”.

Las luces del relámpago seguían siendo llaneras, como cuando tomo a Ospino que lo llevo Andrés Palencia a las queseras, tomaron el pueblo sin fusiles, con cantos y un tipo nuevo que lo apellidaban el Prisco, le tocó y le cantó.

Aquel otro día amaneció un tanto lucido, se percató que estaba ubicado cerca del camino que conduce desde las panelas en Portuguesa hacia Loma del Medio, Agua Linda y de allí, al Paramo de Guaramacal en el Estado Trujillo. No sabía si era por el pajazo de esa noche o por la exuberancia esotérica de aquellas montañas de encantos llevados por Dios al límite de la creación hasta el punto del hechizo y la eterna imaginación.

Ese primer día de lluvia escribió algo parecido a un poema nombrado: “A ti imaginada”.

“Siento el murmullo de hojas caer.

Es tu murmullo... o es tu aliento en voces pi-

diendo discreción de una
Mirada sublime y tierna
A tu cuerpo en algo que pasa cual neblina Espe-
sa sobre los copos cimeros de tu sierra amada
Sierra frente a ti se cierne sobre la inmensa roca
Parece acortar tu mirada
Por alguna ventana enervada y febril mira; Pasa
el líquido atalcado en tus mañanas Recorre los
pasos,
el picacho vigila, como yo,
El salpicar melaroso de la neblina viviente de
tus ojos Neblina eres por tu pureza, por tu blan-
cura
Talgo de esperanza, tapiz de caminos por andar,
Sonrisa tierna,
enervas mi ser, desgobiernas mi cuerpo, sacudes
mi alma, acolchonas pensamientos perennes ha-
cia ti
Neblina besando el copo bucaraloso...besos
hondos... Besos fríos, besos calurosos... besos
pasajeros...besos eternos. Besos efímeros de to-
dos los días...del amanecer, del anochecer...
Pasan, se mueven y caminan...
Besos que no se van...besos que no se dan, se
ven, húmedos e infrivolos, besos vitales,
Activos, febriles y virgamente juveniles.
Al pasar la neblina quedas cual guardián sostén
vigilante
Del mundo por abrir...otro a construir, un
enigma, la neblina oculta
Lo nuevo, lo por venir, lo por nadie sabido, lo

profundo de la roca húmeda
...lo duro de la verdad desconocida.
El murmullo sigue en silencio, es tu grito llamando... Mi silencio hablándote.
Miró el roce sexual de neblina y montaña...se tocan, se miran Se dan hojas de lenguas, dejan leguas de esteras, de recuerdos En coitos eternos maravillando la libido de un soñador de flores...
Imaginador de frutas en cultivos libres, trazando rutas, Paseando sueños, tocando ideas, mirando el invierno aun en verano
Bebiendo purificadas aguas de naciente, límpido calmante... Angustiante del sosiego de la soledad fecunda.
Neblina de mis aguas y de mi sed.”

Sin leerlo lo encaletó en alguna parte del moral, sin saber para cual postrimería, se acordó del sociólogo instructor, del lucido político que Prada le había enviado a la guerrilla para enseñar de política a los miembros de esta, se lanzó todo su equipo al hombro y camino hasta su puesto, en busca de alguna charla orientadora; no estaba allí, le tocaba guardia por lo que se dirigió al sitio de posta caracterizado por varias piedras grandes que servirían de trinchera natural, pero no lo encontró, en su lugar estaba la ropa guerrillera y el fusil reposaba boca arriba arrescostado a una de aquella trinchera; sobre la ropa una breve nota “me voy porque aquí no se pelea, seguiré la lucha en la ciudad. No soy un desertor”.

Emergencia, emergencia, a recoger y camuflar, Carlos Lanz desertó, nos dejó náufragos de las tesis filosóficas y otras yerbas.

A los pocos días supimos de él a través de la radio. Decían que había dirigido una espectacular operación denominada “Comando Argimiro Gabaldón” y su objetivo un representante del gobierno yanqui. A los más días volvimos a saber de él cuándo lo capturaron y pasaban al cuartel San Carlos como preso político y a los muchos años, supo más de aquel apareciendo por la prensa en su juramentación como ministro de algo que se olvidó explicar por lo largo de su denominación. El relámpago refusilaba desde lo más hondo del cajón llanero estrellándose contra la inmensa roca selva, sin encontrar resistencia, la penetraba en su propio vientre abriendo caminos largos y hondos, excitantemente encandiladores, luz, luz y más luz ante la vieja oscuridad que el resplandor vencía la inmensidad tenebrosa.

Soplaban vientos de lluvia, olor a lluvia, olor a tierra mojada, tierra alborotada, tierra en polvo y cenizas, aireadas por los vientos que pasaron en semana santa; melancolías de los que viven y esperan el ciclo renovador de angustias, calmador de amores.

Por allá pasó la guerrilla, pasitrotando su auto exterminio, la diáspora de un sueño, la ida lejána rompiendo el camaraderil convivir, más allá pernocto la angustiante espera de alguna orden de nunca llegar, allá más allá del lejano allá don-

de no se ve más nada y el mosquital truena detrás del guerrillero fue que tomo la brújula de sus propios sentidos y los remolinos del desorden y de pensamientos en naufragio, en ahogos, no logró tomar alguno, estaba al garete; el mapire vacío, la marusa mental volteada frente al inmenso llano, a su espalda la montaña imponente, ...la brújula no marcaba un norte.

Plena naturaleza en propios fueros del amor que engendra y concibe en cualquier aiton o claro de sabana, donde los duendes vigilan sus aguas en remansos silenciosamente dormidos.

Andaba lleno de urgencias, urgencias múltiples, urgencias de la mujer empechada entrando a la pubertad, urgencia, urgencia y más urgencias, dura y perpetua existencia del hombre y sus dudas, dudas escabrosas y enmarañadas, enigmáticos y misteriosos trances.

El primer trueno de aquel año reventó el 15 de mayo a las cuatro de la tarde, fue un estruendo lejano sobre Mijagual y Puerto Nutrias, e hizo leco y eco en el corazón del Páramo de Guaramacal, retumbó hacia la Mesa de Cunabiche, le siguió un movimiento oscuro de nubes, más bien, una gran nube renegrida que parecía brotando del fondo de la tierra, se oscureció todo el redondo horizonte, aun se veían ciertos hilos de humo saliendo de varios puntos del llano ardido en candelas veraniegas.

Era día de San Isidro Labrador, empezó a caer el cielo en pedazos, repartiendo inmensas catarato-

nes de agua parecidos desde lejos a un desparra-
mar celestial y avanzando aquel vendaval se hizo
tan alto como la montaña andina y pareció desa-
parecer la llanura para darle entrada a la serranía
invernal que puso a correr caños, quebradas, ríos
e hizo pimpollar el retoño del marite y el game-
lote salvador del animal esquelético que le quedo
del tiempo seco y duro al hombre que cría y crea
en estas tierras de Dios.

El bramido del trueno fue tan atronador que se
sembró en la tierra y vibro en ella después que el
rayo descargaba su fuerza en la alambrada y se
veían las líneas incandescentes, alumbrando en
la noche en filas horizontales que se iban extin-
guendo en titilar agudo y fino allá a lo último
del botalón de la cerca, encandilando la noche,
aparando el rayo que dejaba su fuerza eléctrica en
las cuatro líneas de metal cortando la oscuridad
para trazar veredas y rumbos.

La lucidez del rayo le alumbro la mente atiborra-
da de recuerdos, recuerdos pesados y significati-
vos de vidas perdidas, como la de los Perdomo
de Yaracuy, tres (3) hermanos alzados en el fren-
te guerrillero José Leonardo Chirinos, Dolores,
Luis y Sixto.

Solo, en sus delirios de perdido, unas veces, de
grandeza otras, rememoraba la última vez que
encontró a Dolores Perdomo, a quien llamaban
Zapata o Bigo, languideciendo en las calles de
San Felipe, alcoholizado y en el peor abandono,
frustración y penosa desidia; soñando aun con la

revolución y divagando conjeturalmente sobre las posibilidades de seguir luchando. Decía mantenerse firme con sus ideales, pero los pies no le daban para sostener ningún tipo de equilibrio, estaba naufragando en el estercolero pútrido de una falsa sociedad... y murió de mengua. Lo mataron otras balas.

El otro hermano, Sixto, era guerrillero completo, valiente como ningún otro. Participo en muchos combates y lo hacía bien. En uno de ellos donde murió Juan Galíndez

(a) Calderón un sapo, traidor, fue él casi solo quien aniquilo con veterana valentía la unidad en que viajaban buscando a la guerrilla, rafagueo certeramente a todos sus integrantes y los aniquilo y Calderón moribundo corrió unos pasos fuera del jeep, pero ya iba muerto, cuando los demás compañeros que estaban en la bodega surtiendo logística llegaron al punto de guardia que era cubierto por Sixto.

La situación estaba resuelta, en la guerra también ocurre que, con el mérito del valiente, las glorias se las llevan otros. A éste, la última vez que se dejó ver en San Felipe andaba sonambuleando perdido en vicios alucinantes y despropriadores de cualquier bien ajeno, lo que le hizo pasar en una cárcel donde murió en el peor abandono y un grado tal de locura, que deliraba igual de día que de noche, gritaba y evocaba al diablo en trances metamorfosicos de tan alto nivel, que a la hora de la muerte gritaba en recuerdo a los muertos suyos

y a los que había visto muertos o cachimbear a otros. Pero, murió en medio de un temor al diablo que decía verlo y pedía que impidieran que se lo llevara y menos al infierno.

El otro Perdomo, Luis (a) Millo, Edgar, era el de más jerarquía y manejo político, dado que siempre andaba en calidad de guardaespaldas de Douglas Bravo y hacia peripecias para mantener la confianza de aquel y otros jefes. A Douglas, daba la

impresión, le gustaba, le fascinaba, le encantaba tener a su alrededor, un séquito de colaboradores, parecía sentirse ennubecido, cuando le zampaba un regaño a cualquiera; autoritario y hecho para imponer sus estilos y mejor, si lo imitaban. Otro Bolívar, otros Páez, otros Sucre, otros, otros y otros más. A Millo, le encantaba el rol de vanguardia en tal sentido, pero el resto lo veía como parte del sacrificio y expresión de disciplina.

Dicen en La Sierra que es mejor jalar bolas en la sombra, que escardilla en el sol. Lo había conocido en una reunión del Comando de Integración Revolucionario (CIR), donde participaron Carlos Betancourt y Gabriel Puerta Aponte por Bandera Roja, Julio Escalona y Marcos Gómez por la Organización de Revolucionarios (OR) casi convertida o a las puertas de ser Liga Socialista; y Douglas Bravo y Ali Rodríguez, por el FLN—FALN. De aquello, entre otras cosas, quedo una flamante foto, estos dos últimos con Millo luciendo una metralleta; fue en esa oportu-

nidad que creaban estrategias de acciones comunes e iniciaron operaciones en conjunto para el secuestro de un tal, Domínguez Chávez, el rey de la hojalata a quien le quitaron un plateron, cinco millones.

Cuando todos se habían retirado a la ciudad y a sus respectivos escondites, se quedaron dos náufragos, Millo y quien escribe, a quienes buscaría un vehículo en la alcantarilla de trincheras en el estado Carabobo, por la vieja carretera, no había autopista aun; con la buena suerte que llego un vehículo antecito de la hora prevista y el chofer nos quedó a escasos metros y se puso a foqui foquear y en pleno foqui foqueo, le pusimos la metra en el cogote, diciéndole que éramos una comisión del SIFA y el tipo que estaba encima de su hembra con los talones como chigüire ahogado, lucia unas nalgas blancas, muy blancas, y gritó: soy teniente del ejército adscrito al batallón en Nguanagua; hay señor, se cagó el mato en su cueva, ahora sí que nos jodimos, pero que paisito, un tipo con aquella jerarquía y jodiendo en el cojín de un land Rover, en lugar de ir a soberanos lugares que hay en la zona, bueno seguramente, el chance se dio exactamente allí pá echar a perder la tarea.

Sin mucha demora le había terminado de sacar un pantalón que tenía puesto en un solo jarrete y lo dejamos desnudo en pelo, la mujer un rato se ponía las manos en las tetas y otro en lo que debía ser su papo, le pasamos su ropa para que se

vistiera y lo hizo sin pantaletas, rogaban de todo, que si esto le iría a costar su carrera, que allí están cien bolos en la cartera, que son vainas que le pasan a uno el hombre, que si no lo vuelvo hacer, que si ella es una mujer del compañero, y no debe saberse, que si ustedes me están siguiendo que me jodí con el ascenso, etc. y un larguísimo etc.

¿Dónde está tu arma de reglamento?, se le pregunto; contestó: “allí está colgada en su forniturea”.

Efectivamente, una Browlins 9 mm, colgaba del espaldar del cojín.

No sabían qué hacer con aquellos felices singones devenidos en trágicos inorgásmicos. Contaron todo de sus vidas, tenían aun ganas de fusilarlo y dejar un papel con alguna vaina en su contenido. Estaban metidos en un vaporón y se aproximaba la hora del contacto.

—Fusilemos a este tenientico, pa’ vengar al negro Choropo.

—No podemos actuar sin autorización de la jefatura y además en base a cuál delito, solo por hacer el amor, tirar, singar o foqui foquear, le pregunto al otro sin dejar de pensar en los náufigragos del amor. Bueno así será, el tiempo enseña y el golpe avisa.

Aquel día había amanecido nuevamente con el pensamiento engruesado, espeso y doble, imposible de hilvanar idea alguna, seguía sin saber a qué generación pertenecía. Le revoloteaba un verso, una poesía vagabunda en la mente, una revuel-tina de recuerdos lejos de un cuerpo desnudo,

que cualquiera no sobreviviría a aquel ambiente de naufragio imaginario dentro de otra realidad, donde todos sus lejanos congéneres sentían la “mayor felicidad posible”.

Recordó aquel momento cuando empezó a propiciar un acuerdo con el reo militar. No lo veía como enemigo, verbigracia como cuando se topó con ellos en los últimos cachimbazos que fogueo ante los asesinos matones encabezadores de las matanzas en Falcón, Lara y Yaracuy y en otros vericuetos de este paisito bonito y jodedor que tenemos como Republica.

—¿Usted promete que no dirá que un sin número de guerrilleros lo hicieron preso, y mucho menos la zona o el lugar?

—Eso era lo que iba a proponer, pero ustedes no me dejan hablar. Eso es positivo.

—¿Usted se compromete a que le enviemos un contacto emisario y no delatarlo, sino que establezcamos un vínculo estratégico, en función de un trabajo revolucionario en el seno del ejercito?

—Allí si hay que ser más cuidadoso y mosca, y más en mi caso que tengo familiares que participaron en los alzamientos de Carúpano y Puerto Cabello. No los delataré, cuenten con un amigo, pero no quiero dañar mi carrera.

—Te dejaremos ir, pero primero nos iremos nosotros. Voy a descargar la pistola, me llevare los proyectiles, no vaya a ser que saliendo nos caigas a tiros. En la vía se parará un vehículo que nos recogerá.

Diciéndole esto le señaló la orilla del estrecho puente de Las Trincheras.

—Dejaras correr 20 minutos, y en el cabezal del puente, te dejare los proyectiles y así no te castiguen. De allí en adelante ustedes ven si van a su casa o siguen el foqui foqui en zona liberada.

Sumido en el ostracismo de algunas ideas creídas por él atalayicas, sus ojos medio cadavéricos por el hambre de los últimos y nuevos tiempos, ensimismado en sus inconmensurables sueños, jamás se imaginó que el teniente del singueo o foqui foqui, sería a posteriori en tiempos inimaginables, el remolque, el apoyo, el traslado y enconche de las acciones y atracos más osados y brillantes que se lanzaría en su nueva vida.

Cuando piso el asfalto de la vieja carretera Caracas Valencia, y se montó en un Ford Maverick último modelo, sintió un montón de emociones, transfiguradas por el olor múltiple producido por los carros, y olfateaba el desvirgar de sus pulmones saliendo límpidos de un mundo lleno de pureza exótica y cristalina como su propio sueño.

En sus intestinos se originaba un revoloteo tan raro, que se creía técnicamente cagado en un mundo indefinido e impleno. Sentía alivio cuando lo trasladaban desarmado, dado que si estaba armado y encontraban una alcabala del gobierno y lo requisaban, tenía que entrarse a plomo, siendo lo más seguro hombre muerto. Si se entregaba sin plomearse era un cobarde ante sus camaruchas; en cambio, si no llevada armamento lo

único que podía fallarle era la cedula chimba que lo acreditaba como poseedor de alguna gracia y apelativo, totalmente ajeno a los que le puso su madre y, por los cuales lo buscaba el gobierno.

Sin rumbo y sin destino, leyó mentalmente y con los ojos cerrados, alguna frase escrita por un tal Séneca, de quien nada sabía, “No hay viento favorable para el que no sabe a dónde va”; y el que no sabe a dónde va cualquier camino le sirve.

Allí escucho cierta tertulia entre dos abrigados intelectuales, miembros de algún comité descentralizado donde uno le insistía al otro, sobre él porque las distancias entre San Petersburgo y Leningrado.

En el cojín trasero del carro, timoneado por el gago Marcial, mantenía un silencio de resuello corto, por cuanto ni siquiera imaginaba de cual rincón universal hablaban o si trataba de distancias ideadas por el hombre.

Era de poco interés el tema, cuando lo más terrenal se movía bajo sus talones, donde pisando terreno tan movedizo, la brújula de su vida, lucía cada vez más dislocada y el norte perdido.

El otro lucido planteo algo a la vis conversa, diciendo que las querellas entre los pueblos se dan conmigo y sin migo, pues son las virtudes mentales las que determinan los comportamientos de aquellos.

—“A buen peo tienes estos carajos”— se dijo pa’ sus adentros. En nada le interesaban aquellos debates lejanos y de tantas hondonadas. Su tertulia se afincaba con el mismo, hacia otros menudos y

sencillísimos tópicos: la vida y sus caminos.

Rumbo a la ciudad y no tenía ni interiores, absolutamente nada. Donde lo dejaran era un naufragio. Sentía miedo, mucho miedo.

La desnudez de la vida, el negror que brilla ante trastocados rumbos, aguas vírgenes naciendo apenas.

Caminaba y oía la vida de lo más adversativa, tanto que el cuadrilátero dibujado en su mente, ciertas veces lo imaginaba desértico y otras muy pocas, básicamente humedecido y fertilizado en copulativa conjunción de deseos triunfantes de un delirico andar y desandar.

El laberinto bíblico. Laberinto del pensamiento que sabe por dónde entra, pero lejos de salir se arremolina en los vericuetos inmensos e inexplorados en la mente del hombre. El desafío trasuntador del infortunio, del perdido, del extraviado, mirando mil caminos, sin poder tomar ninguno. Todos aquellos le conducen a ninguna parte, sólo al desvarío y el desafío queda colgado al medio, las veredas le dan vueltas y lo rodean, lo enmarañan en súbitos saltos, devolviéndolo a cada punto inicialmente transitado, para descubrir, que, por antonomasia, el hombre estuvo, está y estará siempre en un eterno y laberintico desvarío, buscando rumbo, buscando luz.

Es el minotauro que lleva dentro, el mito bíblico de Egeo, convertido en padre y Dios de Teseo, guiándose por una cabuya para matarse en el mar, bajo el dolor, porque cierto monstruo mataría a su padre.

Se le comprimía el pecho, todos los sentimientos se metían más hondo en su cuerpo, sin querer salir, y pegó un grito inmenso con leco y eco, que solamente él escuchó.

—¿Por qué se van tan ligero? — le preguntó una vieja voz del campo. Cuando volverá el futuro.

Son los espantos y seretones aliados con los duendes que habitan en los haitones de la sierra. Espíritus y almas deambulando en un solo ser, que solo hablo con el silencio y en silencio, la mejor arma de los desasistidos, porque no hay cosa más cierta y más desastrosa que un hombre hablante y en demasía.

Se acordó de la consigna o frase escrita en una pared: “La violencia es mi madre”, firma un histórico; también recordó lo escrito en el otro extremo de esta: “La violencia pare a la muerte”, firma un ecologista.

Quiso ubicarse en medio de ambas consignas, y la maleza junto a los borrones no le permitían disuadir el panorama, estaba lejos de lo llamado por alguien el punto vernal, el grado 00 del zodiaco.

Nunca llegó a saber si aquel era año sideral, bisiesto o gregoriano, por aquello del cura número VIII. Sólo sabía lo que sentía en su adentro, donde fuerzas centrifugas se le metían en un solo hervor en sus tripas, produciendo un vértigo revolucionariamente muy justificante de todo lo que ahora en adelante se proponía hacer.

Sentía el mojar de la lluvia en forma extraña,

cuando una noche se despertó en el túnel de la alcantarilla, que había designado o elegido como dormitorio, era un agua diferente a la que le mojaba en las montañas de Agua Fría y Agua Linda, entre Trujillo y Portuguesa, que también mojaba con otros ánimos, esta de ahora tenía otros olores y sabores.

Se metía en los huesos desde los poros hasta entristecer y endurecer el alma, creándole callosidades y durezas que no parecían de él.

Era una lluvia más seca en sus sentimientos, e indefinida en sus espesuras. Lluvia urbana, sin virginidad, sin lealtad, sin Dios, sin voz, era posma, sin poesía invernal. Lluvia seca y daba miedo, no era lluvia de amor primaveral ni prometedora de cosechas en semilla, como base y luz de vida.

Una lluvia del peor estercolero, que produjeron los diablos cuando en sus bravuras revuelven las aguas, para que nadie las beba, dado que todos los hombres y mujeres mantienen, una laxatina eterna y constante.

Parece un hecho cierto, que, al propio Dios, lo ahogan en contaminadas palabras, lanzadas hacia las venas de su alma, como son los ríos y quebradas que bañan el corazón de su ser.

Cerraba los ojos y no sabía descifrar los sueños de día, ni los sueños de noche.

Se le habían roto o unido los límites más hondos de los botúcales de su cerebro, hasta el punto que, la división entre días y noches no existía, por lo que empezaba a vivir en una especie de vértigo eterno.

Le era imposible establecer un recuento cronológico, por lo que en lo más hondo de su cerebro oía gritos apanelados en ciertos compartimientos, que los imaginaba grises y descoloridos, por el eco que le generaban los zanjones de su existencia.

Las coordenadas del mapa de aquel cerebro tan joven, parecían haberse roto por pequeñas trazas, chazas o pisadas, que lo hacían volver a lo mismo, y todos los días le amanecía entre ceja y ceja, convertir para sí mismo el oficio, de expropiador engalanado o abrillantado con ciertos signos y justificativos ideológicos.

Aquella espesura semi existencial, ratos noches, ratos días, lo llevó a otras dimensiones, de forma simultánea, por lo que concluyó lo desastroso para el estómago del hombre cuando aprende a andar sin desandar.

El dominio de sus dominios, se vuelve un discurso tan atolondrado, que sólo aviva fuegos innecesarios, atiza el fogón ardiente de algunas ideas tan indeterminadas, que ni rompe con ellas, ni las aclara en su rumbo.

Es el viento infernal del laberintico alcornocal que produce otros ruidos también infernales en su alma.

Así llegó a una conclusión desromantizada: “Que mujer puede fijarse en un hombre de alma tan abatida”; por eso inicio algunos escritos, que se le fueron perdiendo en cada sitio, escondite, concha o campamento, que de ahora en adelante azarosamente habitaba. Escritos envidiosos de

cierta literatura apellidada como revolucionaria, pero en su época no eran más que epónimos sacados de algún índice alfabético o indígena sin descripciones léxicas, ni marca dialectal, sino algo descontextualizado de una geografía mental casi perdida.

Empezaba a ser marchante de su propia sombra, aunque la suya era demasiada delgada y encurvada, gestada en tierras áridas, infértiles y asoladas, pero ocupaba un grueso lugar de apreciación de alguien que parecía vivir de su pasado, y del de otros formantes del repertorio de sus recuerdos. Así rememoraba episodios resaltantes de aquella guerrita, que iniciaron los guerrilleros en las sierras de sus amores y sus tormentos, la de su infancia, la sierra de sus adentros y sus ancestros; la sierra de mil caminos, y sin ninguno, la de los duendes, los haitones, los seretones, la de la luz y de la oscuridad. La otrora sierra del imperativo moral y del máximo nivel cuántico de su propia física, la del eterno amor altruista, de lejano pasado ancestral, de inclinaciones a veces trágicas como respuesta límbica, de una vieja amígdala cerebral o algún asalto emocional.

Allá en La Vega donde vive Gabino Cobis, fue la primera escaramuza, combate o trifulca.

Era un caserío de poca gente, ubicado entre Pueblo Nuevo y Cabure, tomando la parte casi llana o vegas del río Hueque, zona semi caliente comparada con El Ramonal y San Hilario, enclavado en una cruz del camino que le faltaba un camino,

donde quedó cierta porción de tierra amalgamada con sangre y carne humana, de gente que tal vez, no sabía de las diferencias, entre un combate y una batalla, en el cual existe un testigo ingenuo: El pueblo.

Allí comprobó lo falso en decir, que la muerte sigue los pasos del elegido. No, la muerte espera en cualquier paso del camino por la vida. La muerte llega con la sombra de la noche, o esta con la sombra de la muerte; una es sombra de la otra. Tienen faz lúgubre y asustadiza. Aunque asustan son poción y porción de cada cual. Activan el termostato nervioso, pero forman convicciones, odios, venganzas y crueles matazones.

Es la muerte que viaja, atolondra, hiere y espera sigilosa y bruta. — “La muerte hay que evitarla” — le dijo su mama alguna vez. Si compras un arma, a quien le compras el brío. Eso no es cualquier peripecia serrana.

Se fue percatando de su testarudez y cierta brutalidad; como le decía el maestro de segundo grado: “Usted si es tapao”, hasta que descubrió que su lucidez e inteligencia eran menguanteras. Cuando la luna iniciaba su pase por esa estación, sin verla, él sabía porque sus destellos de inteligencia y lucidez, se reflejaban sin pensarlo mucho. Así fue que comenzó a cabestrear y crear ideas menguanteras, porque todo lo que se siembra en esa luna, ni se pica, ni se pudre y perdura. Es más, saco la cuenta y dedujo que su papá se encariñó con su mamá, en la única menguante de algún

mes de agosto, y del aquel hermoso foqui foqueo salió él entre millones.

El propio Benito Cobis, le había contado los pormenores de la pelea entre guerrilleros y el gobierno. Dando brinquitos cuál macaurel cucado, hacia la narración desde aquel pequeño negocio regentado por un Payares, nombrado Heriberto; así era su gracia y apelativo. El susodicho negocio, lo atendía a destajo, por porcentaje, Rafael Cobis, quien era el objetivo buscado por la guerrilla. Tenía pena de fusilamiento por soplón, sapo, chismoso y andaveidile del gobierno. Ese día 10 de septiembre de 1963, en La Vega eran casi las 3 de la tarde. Dolores Moreno, a quien llamaban Tío Bigote, había llegado con un extraño arrebiate, que era su oficio y de lo cual se mantenía junto al cuadro de familia en La Caridad de Hueque.

Hacía cuatro días con sus noches que había salido de Las Tres María y Sabana de Morillo con sus setenta tres cochinas y cochinos en un gran arrebiate. Este ser era tan Maestro en el arte de dirigir cochinos por los caminos y vericuetos que por el día los adormitaba bajo algún árbol con el ronquido de aquel discordarte pelotón de animales que para colmo lo hacía con un liquilique y una corbata tan corta que apenas le llegaba al pecho y era tan delgada que parecía un moco de Pavo en descanso. Aprovechaba la plenitud de la vida para pasar con su arreo por todos los caseríos hasta llega a La Vega donde los carreros lo esperaban para negociar los animales y llevarlos a Coro.

En cierta oportunidad le pasó una navaja Pico e loro a algún comprador de marranos porque extrañamente le salieron más de veinte animales con huevitos y se malayó porque los había revisado muy bien y era imposible que adquirieran la plaga parasita en el camino. Ocurría que el vivo cargaba trozos de carne con los bichos y cuando le pasaba el cuchillo por el cogote a los puercos los llenaba de huevitos y luego le ofrecía pagárselo a medio precio. Se dio cuenta el hombre y le corrió la navaja de orilla a orilla por la tapa de la barriga. ¡Se salvó de vaina! Dijo cierto día, contando sus correrías de marrano a la luz de la luna. Ese día fue la única vez que los marranos se desbandaron desarrebiatandose bajo el ruido de los tiros que echaban aquella gente desde varios lados, pero desde los dos bandos.

Cuando un guerrillero alto, negro y bien jamao gritó en la puerta ¡Manos Arribas! Y los encañono con un FN 30.

¡Nunca las he tenido abajo! Contestó el jefe de una Comisión Policial a quien llamaban el Sargento Colina, desenfundando el revolver Smitel Wilson y tirando certeramente en medio de los dos ojos al guerrillero. Arcadio Pérez Martínez era su gracia y apelativo. Sus camaradas lo llamaban el Negro Arcario. Aquel grupo arremetió bajo la orden de su jefe, quien les dijo: “Que no quede estaca en paredes” y murieron los miembros de la comisión policial y mataron al soplón. Hubo bajas bastantes y bermuda Cobis, quien era

la cocinera se ocultó en el cimientito del fogón y la hija de Boca e meco, Elena Corniel era mesera no recordó más nada, sino a los días cuando informaron que Hugo Payares, el hijo del dueño se había suicidado de un artero balazo en Sien, dentro de su casa en La Caridad. Pá mas vaina no dejó dicho el motivo de su resolución. Lo dijo después el gobierno investigador. Como testigo inerte de aquella vaina, quedó un árbol llamado Cibucaro con varios tiros perforante en su imponente tallo. En Cibucaral de los gavilanes fue que se acordó de las malas horas de la vida cuando los pensamientos se vuelven espesos, grueso y con poco asidero en la mente del atolondrao. En la tolvanera de aquella mente sentida en trifulca, también rememoró cuando le daban ataques y convulsiones en pase de luna y coincidencialmente en el tránsito de esta de menguante a creciente. En luna llena se le aceleraban los sentidos de tal manera que se autotrifulcaba en disputas tan bizantinas, como, por ejemplo, la ubicación física y matemática del mundo, el recorrido de los años, los meses, las semanas, las horas, minutos y segundos; Y los dibuja poniendo a Dios timoneando aquel escenario, solamente con vista, mediante mensajes tan sutiles que solo se le notaba cierto movimiento en los ojos, tan imperceptibles que solo él los notaba por tener la virtud única de entenderse y comunicarse con aquel.

En algún día amaneció calcando los trescientos sesenta y cinco días del año y los ubicó en los cin-

co puntos cardinales y gritó diciendo que entre todos aquellos estaban los equinoccios y solsticios por los que sus días de mayor lucidez eran el 22 de marzo, 22 de diciembre, 22 de septiembre, 21 de junio eran en esos días en que podía ver el Túnel comunicacional entre el cielo y la tierra; Y trataban de viajar por dicho orificio inter micro e inter macro cosmo.

Esa madrugada había visto la Luna en una raja minúscula con los cachos hacia el sur y se despegó una llovizna muy sigilosa y pura, tan pura que se dijo ¡Este es el momento ahora no me para nadie! Y tomó un lápiz y un cuaderno e inició algo parecido a ciertas escribiduras. Fue una Luna diferente, por lo nostálgica y en despedida. Se esta llenando... Se desdijo en medio de miles de luces minúsculas que intermitentemente partían la oscuridad de la noche, cruzando todo el sendero nocturno en pasajera y volateril luz. Acicaladamente estas lustraban la noche volviéndola inlugubre y donde los seres nocturnos parecían guiarse por el sendero de los cocuyos iluminadores de ilusiones.

No sabía si la Luna se marchaba o se marchitaba. Ese tenue brillo y los incestos iluminadores parecían brillar más. “Se está yendo, está pasando” se repitió. Donde estará oculta cuando no se ve en su firmamento. Porqué las gallinas sienten su paso por debajo de la tierra y nosotros no. Al menos era el decir de sus viejos. Por eso es que estas aves caseras a media noche emiten unos quejidos

raros, espeluscando el cuerpo de quien los oye.

Esta Luna era diferente parecía de cuaresma como la del miércoles de ceniza que es cuando sueltan al diablo y los viernes de cuaresma engrosan los cuarenta días de sustos y temores cuando la conversión de todo lo malo, dibuja todo lo que valió a Chucho su paso en el desierto y el difícil peregrinar que lo llevó a la Cruz. En estos cuarenta días no se dicen malas palabras, pero el insolente olvida eso cuando se atraganta de Cocuy y malos recuerdos.

El campesino no hace trabajos con machete, dado que si lo hace los viernes le corta el alma a Cristo. Lo que si hacen es malograrse entre ellos a cuchillos en trifulcas del más allá. Es un momento providencial y se oye a la Sayona y a la Llorona partir el aire en la gran noche. La bienaventuranza era otra, era compleja, era indefinida y nada tenía que ver ni con el bien ni con el mal, tampoco era neutra. Sería por eso

que esta vez en este viaje y en este sitio los perros ladraron diferente a la luna, eran ladridos como de un adiós eterno que él mismo se percató que esta no se había ocultado por el mismo sitio donde siempre lo hacía detrás del Picacho de la sierra mayor, atrás del urupagual.

Esta vez lo hizo buscando la peña del centro y de forma o manera melancólica. Allí es donde la parte de la Luna pasa menos tiempo, dura menos, dado que el lugar está en medio de dos serranías y su recorrido luce más corto, por eso el viaje de

Tío Bigote con su arrebiato de cochinos tiene que ser en plena Luna llena porque no se agilean ni se mira bien la Trocha.

Esta vez no hubo Luna llena. El cielo estaba malarlozamente oscuro con nubes espesas y lentas. Pesadas en su andar. Coincidentalmente esa noche entró en contradicciones internas; sus dos yo, iniciaron una coñamentazon de tal coraje y arrechera que tuvo que intervenir su mismo cuerpo para evitar una ruptura definitiva, eso que en política es el pan de cada día y en el amor el divorcio con sus sucursales anteriores: Cachos, tirazones, deslealtades, infidelidades y despechos. Unos días antes había pasado Monseñor Rivero bautizando gente de todas las edades, incluyendo a la loca que ya iba a cumplir los cien años y había ayudado a poblar aquel mini planeta con trece hijo, setenta y ocho nietos y ciento cuarenta y cuatro tataranietos. El día de su bautizo bailó, gritó y bebió Cocuy. Vivió trece años más y nadie sabe de qué murió.

Cuando un guerrillero le puso el cañón de un FN30 a alguien, otro le gritó: ¡No podemos matar mujeres y niños inocentes! Fue cuando soltaron a Benito que su Mamá lo tenía amarrado al palo del martirio, de un pie para que no jodiera tanto o para que lo batieran por la cabeza a algún horcón como lo hicieron en otra pelea con una niñita. Cuando el peo del Paraíso salvó que aquella vendetta familiar y esta era una vaina que aún no tenía ni son ni ton, aunque ya se imaginaba

de una nueva cimarronera en contra de una tal democracia que no era democracia.

Siguió su pelea intestina sin poder resolver un acuerdo, pero si logró cierta distensión entre sus dos yo.

“Chico ponte a estudiar, tú eres muy inteligente”.

“Me siento antiguo y viejo”. Pero apenas cumplía veinte y tres años de edad. “Tienes que buscar el grupo de desasistido y metértele a los bancos”

Se le vino a la mente un nombre: Salvador Revelón, teniente muerto en la penúltima emboscada del ejército en Pueblo Nuevo de la Sierra. No supo que hacer con ese recuerdo. El otro, Perdomo, Luis, Millo, Edgar, Castro, que eran uno de sus seudónimos de guerra, lo mataron en la puerta de un Banco con nombre de Mar, en una zona petrolera, cuando empezaba a graduarse en esa peligrosa asignatura, fue

el costo del noviciado. Se acordó cuando en un campamento de su tormentosa guerrilla de Portuguesa, le había preguntado al Chino, que luego sería su Pana y hermano de muchas vainas. Es más, su Maestro.

¿Decime, como se asalta un Banco?

Aquel referencial de guerrillero urbano y mitológico, reto policial, lo tomo del brazo y lo sacó del grupo reunido en el fogón, lo sentó en un terreno bien limpiecito, le dibujó con cierta estaca un supuesto local que el jamás imaginaba, porque jamás había salido al pueblo; y fue trazando cierto plano, con palitos clavados en la tierra como

supuestos individuos y le dijo: 'Tienes que partir de tres ventajas para ti.

Primero. Personal operador adentro. Segundo. Vigilante afuera de la garita. Tercero. Bóveda abierta. Lo demás es planificación, preparación, audacia y bolas para hacer lo que se debe hacer.

Detalle importante, le dijo, no te dejes llevar por pasiones ni por apuros, la operación tiene que darse como el pan, en su momento.

Con Millo no se cubrió este plan. Olvidaron estas coordenadas, no leyeron estas primicias, se lanzaron a lo vaquero, al estilo oeste.

Estaba el vigilante engaritado y desde su trincheira le soltó un certero Colt 38 cuando cruzaba la puerta del Banco. No se llevaron ni medio. Pusieron la cagada del pato macho. Se lo llevaron moribundo y lo enterraron en un lejano solar. Millo, otro naufragio de otro naufragio. Dónde están sus navegantes. Tampoco supo que hacer con estos recuerdos, con aquel sentimiento tardío.

Unas noches se le hacían más largas que otras, caen y duros pesados sueños como recuerdos, lloviendo unos tras otros, trata de encasillarlos, pero se les biselan, se les escapan cual hojas caídas luego de la lluvia de febrero que llaman pelamonte. Son lluvias sin truenos y no hacen germinar semillas. Son frías y espasmódicas.

Entonces se dibujó la imagen de aquella campesina llamada Olivia, quien fue violada por treinta y dos soldados del ejército de libertadores de Venezuela, donde andaba el teniente Reverón.

No supo porque, pero pensó en el Reverón que le escuchó por primera vez en una canción pausada y triste a cierto cantor de la vida, de las rosas, de las aguas y de algunas revoluciones que se la vacilan algunos villanos.

Y llevaron aquella mujer al dispensario de salud en Cabure, chorreándole la carrandilla de múltiples y militarizado semen. Casi no sobrevivió al trance como le ocurrió a la otra violada, apellidada Perozo, quien quedó embarazada de padre desconocido; mejor dicho, su padre es un batallón del ejercito insigne de Bolívar.

Que pena para Simón Trinidad, la niña que salió de ellos, de aquel acto, hoy es Maestra.

Donde estará la negra que fue mi primer amor. Se dijo para su corazón bien tratado por un lado y bien aporrado por el otro.

En ese momento sintió cerca del chinchorro el andar de algunos espíritus, incluso escuchó y olía cuando se echaron de algunos perfumes y colonias que mantenían sobre el Cimiricuire fabricados en El Porvenir, con madera de cardón y cuero de vaca, sacrificado por Pablo y Morel. Optó por mentarle la madre y decirles improprios. Diciéndoles que esos perfumes los compraba para su uso y otros eran regalados por las novias que llegó a tener en tiempos de bonanza económica y espiritual.

Sentía cuando se retiraban de la descuidada habitación, convertidas en mariposas negras, murciélagos bulliciosos y pequeños insectos que se

estrellaban contra cualquier objeto. Lo extraño es que nunca llegó a entender por dónde entraban a su vida y a su cuarto de habitación. Sólo la soledad, principal personaje de su bucólica vida, le contestaba con voces y recuerdos que solo ambos conocían y entendían.

Por lo incognito y decentes parecían espíritus del más allá, de algunas tinieblas no esotéricas, dado que los del más acá no parecen saber de incógnitas ni dudas iconoclastas.

Así fue que memoró a Conrado Vargas fusilado en Paraguachoa. Lo mató el teniente Torcat.

Alfonso Hernández, fusilado en La Vigía, entre Palo Quemao y La Fila. Lo asesinó el teniente Veneno (Pedro Romero Faria).

Joaquín Pérez. Fusilado en la Vega del Curarí a las tres de la tarde por el teniente Piñita (Isidro Piña). Lo enterraron allí mismo después que lo pusieron a abrir el hueco que le serviría de fosa así mismo. Le dejaron una mano afuera y le pusieron una cruz amarrada con un bejuco marca cademillo. Este pagó por su nombre ya que buscaban a otro Pérez, de El Ramonal, que era militante de URD de la gente de Fabricio Ojeda y de Cayo García, colaborador de la guerrilla.

El teniente Benítez convirtió en espanto a más de un serrano mandándolo al más allá. Espantos que deambulan sin asidero fijo. Seres intranquilo y sin quietud, aunque estén muertos. Incluso, ahora sentía el espíritu de aquel burro que el teniente Piña, nada mas por lujo y puntada y bajo

amenaza de muerte, hizo levantar en peso a Nepomuceno Pérez y a Benito Cobis. ¡Pá que sepan que el burro sientel! Les dijo. Porque ambos venían del Conuco en el lomo del Saíno Patirrano.

—Cuantos muertos hubieron en La Vega. Preguntó Juan Rojas.

—No se preocupe por el caldo que la quebrada está crecida. Fue la respuesta de Gabino. Fue la respuesta del gobierno.

—Yo requeté sabía que iba a ver muertandad.

Repitió Juana Narváez.

—Ese Sargento tenía una cara e muerto que no la brinca un Venao, y así mismo en la Silleta del amorcíl lo mataron. Agregó el otro con sorna y picardía.

—Y porqué usted sabia toda esa crueldad.

—Porque esa noche los perros latían a Lucia y la siguieron por todo el camino buscando tierritas blancas y la Pavita no dejó de silbar y la Guacoa se les secó el gañote de tanto gritar su anuncio mortal.

—La luna se fue ayer, pero no llevaba muertos, más bien se le notaba aireada y con cierta mirada emputecida por su propia poesía. Recalcó Bermuda y cortó el asunto.

—Además, yo conozco al chuco por la sentada y al tuerto por la lagaña.

Seguía en su soliloquio sin perturbar ni cortar la confrontación constante y eterna que vivía con su otro yo.

—A Dios gracia tengo la vida eterna y el camino completo.

Pero cuál camino había optado por utilizar la noche como escenario para sus propias conferencias y coloquios.

Por ello se acostaba en el momento en que las gallinas comenzaban a subir la mata de Parapara o la de Caujaro. Incluso, había veces que lo hacía con el Sol de los venaos, lo que significaba que a la media noche se despertaba con la mente despejada y solo descavilaba algún bramar de vaca.

Una noche sentía alegría y satisfacciones desbordadas, las más de las veces lo anegaban tristezas, congojas y caliguebas. Y toda esa zambumbia de sentires se convertían en arrecheras resentidas en contra de todo y hasta de él mismo.

La mayoría de las noches se mentía creando mundos artificiales y viviendo una vida llena de placeres, bajezas de todo tipo, embriagado de triunfos y rodeados de mujeres que solo en su mente existían, pero cualquier ruido o canto de Ave nocturna lo volvían aterrizar en el suelo de sus dolencias. En cierto desvarío concluyó que todos esos espíritus guerreros andando y desandando como toda anima en pena, se habían convertidos en guía y protección suya hasta el punto de convivir en sana paz con ellos y con su enorme soledad.

Ciertas veces se sorprendía de si mismo, hablando a todo pulmón con aquellos y allí le entraba la duda con respecto a su estado mental. Creyó que estas leyendas me están volviendo loco, se decía. No chico, es tu segundo espíritu quien te habla.

Una noche parecía no tener dudas en pegarse un

tiro con una vieja Luger que permanencia polvorienta debajo de su chinchorro.

Pego un brinco alto y se dijo ¡Nojoda! Aléjate de mi bicho malo, no me llevaras nunca y miró hacia el cumbrero caballete de la casa y creyó ver al diablo salir espavorido, iban echándole coñazos todos los espíritus mencionados.

No le era nada extraña, más bien normal oír el silbido de los muertos y sentir claramente cuando le movían el chinchorro por las cabulleras. Le tocaban la ventana, le empujaban la puerta, prendían y apagaban la luz, registraban la cocina y volteaban las ollas poniéndolas boca arriba en busca de comida, pero todas las encontraban con la boca abajo, en señal de la crítica situación. Sigilosamente entraban y salían. Les escuchaba el resuello causado y le volvía el ambiente acera-do. Una madrugada escuchó una voz que le dijo: “No dejes de andar, aunque no camines. El que sufre es porque quiere “.

A este espíritu lo vio una noche sentado sobre unos libros que tenía apilonados en el rincón de la Sala y creyó que estaba leyendo filosofía oriental.

Le dijo ser seguidor de Epicteto y filosóficamente estoico. No parecía tener arraigo católico, era un espíritu indiferente, no hacía límite entre la vida y la muerte, por lo que nada le preocupaba el final de una u otra. Se notaba empezando aprender sin ningún tipo de manual.

En ese mismo instante empezó a caer una llovizna aneblinada, un páramo malo y salado, tan

era así que al amanecer todos los árboles de todas las especies amanecieron sin hojas completamente mondados, arrequintó un sol que en el transcurso de aquel siglo que terminaba no se había visto. Llegó a la conclusión que en el más allá también existen náufragos de sus propias necesidades. Estos son espíritus históricamente trascendentes.

Lo cierto es que el Páramo fue tan salado que las aves largaron el plumaje y no lo renovaron hasta que entró la primavera el próximo veintiuno de marzo. En la sierra pasaron candeleros y ardió la mitad del día y la mitad de la noche.

Empezó a flagelar sus pensamientos y principios en busca de la razón o causa para ser guerrillero, esto lo fue llevando a un camino en retroceso, a desandar del todo hasta llegar el momento en que la mamá lo parió, y si había valido la pena haber nacido y además varón.

—Tú serás pendejo. Lo hecho, hecho está. Lo perdido, perdido está. Lo que tienes es que tener brío pá lo que viene.

Se le estremecía el alma cuando entraron en controversia sus dos yo.

En abiertos improperios se dijo: Quien será él o los hijos de putas que inventaron esta pelea.

—carajo como vas a decir eso. No sabes que fue una desviación histórica del Partido. De sus connotados lúminas y esplendores ases del saber y de la luz.

—No sé quiénes son y no veo a nadie dando la cara por los guerrilleros.

—Esta lucha viene desde José Leonardo Chirinos y pasa por Bolívar.

No me hables de Bolívar, porque desde que conocí la manera de como Bolívar le entregó al Generalísimo a Monteverde, creo que hizo un mal acto o por lo menos fue un mal amigo.

Algún día debo encontrarme con Simón Trinidad, para reclamarle o pedirle que me aclare ese peo de Miranda. Le diré que a él ahora lo entregan todos los gobernantes, para lavar todas las mascaretas conque disfrazan sus propósitos innobles.

—Suspende esa conversa, te metes en vainas que solo un desmoralizado, un rajao, un vendío y un apátrida puede referir.

Ese es el peo cuando se mete uno en ciertos intríngulis, lo catalogan, lo etiquetan y chao te jodiste. Así ha sido siempre, ve lo que hizo el musiú con el catire Piar, raspao, no ves que tenía liderazgo y méritos de caudillo.

—Cállate la boca porque el fusilado puedes ser tú.

¡Ave María Purísima Señor, líbrame de estos malos pensamientos!

La lucha armada fue un error de los mas irresponsables y nadie asume la responsabilidad de la derrota. Fue un absurdo imitante de Cuba, pero en sueño. Hasta el Ché les dijo que como iban a pelear contra una democracia naciente.

—Como es su gracia? Punuceno.

—Y su apelativo? Pico lucío.

Anoche tuve un sueño consciente.

—Como es esa vaina?

Miré un poco de pájaros enguerrillaos o guerrilleros convertidos en pájaros y volaron planeadamente sin necesidad de brújula ni mapa.

Lo hicieron con regocijo y la gente los miraban si ningún tipo de novedad, pareciéndoles normal ver a hombres volar y pájaros arrastrarse.

Pero se veían bonito con un nuevo plumaje. En el vuelo cada uno cumplía un papel como desfilando ante Dios y hacían maromas y acrobacias para ganarse el visto bueno de aquel.

Algunos eran unos Chiriguares con un fusil a la bandolera lanzando ciertas cagaítas blanquecinas que sacrificaban a sus propios congéneres.

Otro era un Tigre camuflado en un plumaje encachado con algún fusil en guardia que parecía una escopetica de corcho. Lucía engreído y lleno de poder, parecía un galán.

Otro era un Lechuzo, nada lo perturbaba ni le interrumpía la eterna y desenfrenada oratoria. Era un arma extraña y era fusilante con su verbo apocalíptico, con su vaho repelía a toda intención de abordar la calma que le caracterizaba después de tantos ventarrones y tormentas.

Parecía no ser de este mundo; en verdad, no lo es ni lo son. Todos los pájaros son del más allá y el que dude no tiene pico, solo garras y garfios. Solo vista y luz.

—Qué quiere decir ese sueño, le pregunto el teniente Reverón. La locura me viene y se va.

—Cuanto tiempo llevas loco?

Desde que nació. Lo raro es que en el sueño no miré ni una palomita, puro bicho raro, incluso, una Cataneja cuidando desde lejos, a lo alto, alguna mortecina o carroña. No son aves prehistóricas, pero mundanas. Leo en el sueño que a usted se lo comerán los pájaros negros, con todo y lo simpaticón que es con los campesinos, con todo y que usted no es como el coronel Nilo Martínez, ni como Veneno ni como Torcat ni como los soldados violadores ni como el soldado que mató a Tulio Cordero con un tiro en el pecho detrás del mostrador de la bodeguita que tenía diagonal al almacén de los palestinos que todos llamamos turcos, por lo cobradores que son y lo caro que le fían los trapos a los campesinos.

Con todo y eso, más lo que usted dice, que es bolivariano, que jamás mataría ni torturaría a nadie. Además, teniente usted dice tener familia revolucionaria. Bueno, con todo y eso, más todo lo demás, usted está en pico e zamuro. Es que acaso usted no conoce al cojo por lo sentao y al tuerto por la lagaña. En el sueño pasó un Ángel distraído, al cual entiendo, pero no interpreto, dado que no le encuentro lugar en tan lúgubre soledad y sentimientos parejos. Ese Ángel me pareció tan infiel como yo.

El teniente Reverón se portaba diferente al resto, era más civil que militar y hasta les regaló ciertas golosinas, nunca probadas por el hombre más caminador de la tierra, tanto así que en sus recorridos igual le daba ir a ver a un enfermo en Yaracal que

al Vínculo de Paraguaná o a Punoceno en el Pedregal cerca de los límites con el Zulia. Al preguntarle como hacia para llegar a tan diferentes lugares contestaba desenfadadamente: “Paticalmente”.

Desde el día en que murió el teniente Reverón en la última emboscada de la guerrilla en Falcon, junto con todos sus acompañantes, Punoceno se perdió de la zona so pretexto de huirle a sus sueños y premoniciones. En los últimos tiempos no se veía al tío Bigote con los arrebiates de aquel innumerable de puercos, sino a aquel infeliz desandar por los diversos caminos, arriando y echando cortes imaginarios a cierto rebaño también imaginario.

La última vez que pasó por los pueblos dijo que sucedería un temblor de tierra y de este saldrían muchos pescados para calmar el hambre. No hubo ningún terremoto, ni tembló, pero si cayó mucha lluvia de un agua muy dulce y los caminos se llenaron de pequeñas guabinas, peces y sardinas que saltaban de manera artístico, luciendo en el aire sus blanquecinas barrigas y caían boqueándose tragándose la muerte por sus bocas arrezagadas.

La vieja Faustina juraba y perjuraba que en medio del aguacero los pececillos le caían en la cabeza porque la nube que los repartía, era similar a la que a principio de siglos había llovido a cantaros en Churuguara; y el Primo Bernandino, juraba haber comido de ellos antes de irse a las guerrillas que llegaron al estado Carabobo, desde la Sierra después del alzamiento de Puerto Cabello, denominado ahora El Porteñazo.

Aquella muerte le hizo entender que es falso que esta le sigue los pasos a sus víctimas, que anda atrás suyo, que le sigue los pasos. No. La muerte espera a uno con toda tranquilidad y uno es quien se encarga de encaminar sus trancos hacia ella que parsimoniosa y pacientemente mira como el hombre va cual maranto a

retorcijarse en sus brazos. Lo único que se puede hacer es no acelerar los pasos hacia ella y hacérselle el pendejo para retardar el recreo que te da en este planeta que accidentalmente poblamos.

Punoceno, en ciertos días nunca se supo de qué luna amanecía peleando con el mismo. Se insultaba y maltrataba, se reía, se quería, se cacheteaba. Por un lado, se acariciaba y por el otro le daba vivas al gobierno y a la revolución. Incluso, una parte del cuerpo se le volvió rígida y la otra era tan elástica y flexible que bailaba algunos merengues popularizados muchísimos años después por negro dominicano llamado Wilfrido Vargas; es más, veía alternamente de un ojo y de otro no. Hasta que por fin un día gritaba: “Yo no quiero ser gente, ese es el papel más coño e madre que Dios no puso a jugar, yo quiero ser una burra”.

Por allá en los matorrales de la Majaita en la punta alta del Machito, fue donde inició la toma de algún camino. Miró por sobre las majaguas y arrancó la imaginación hacia Cojedes donde le destaparon la cabeza a su primo Ezequiel Zamora en la Mata Carmelera, donde mataron a otro arrecho de la forma parecida.

¡Por allí no! Demos la vuelta, se acordó de la parte dada por El Chino. En un asalto a un Banco ocurre algo muy jodido. Es un trabajo largo, de meses, muy minucioso, sin dejar detalles por fuera y se resuelve en cinco minutos o menos.

Es más, Pepeíyo, quien es el Bobedero, casi siempre cuando se inicia la operación prende un cigarro y se lo apaga cuando está montándose en el carro con el poco e plata en el lomo.

—No hay que dejarse engolosinar por el dinero. Luego la retirada es clave. El trasbordo debe ser impecable.

—Nunca dejes el carro de la operación en el mismo lugar de este, salvo emergencia o imprevisto, bota el carro pa donde te convenga que la policía se distraiga.

—La gente debe saber solo lo necesario. Disciplina y cojones es la clave.

Alos pocos días le tocó ir a la primera “Operación” pá la revolución. Todo salió como se lo fue explicando su Maestro. Cronométricamente exacto, le temblaba el Carapacho cuando iba sentado sobre dos sacos llenos de billetes de todo tipo. Sabían que eran dos porque cuando salió Pepeíyo del banco, frente a la plaza Bolívar del Pueblo, donde funcionaba el Taburete y como se aglomeraban muchas personas, este agarró un puñado de billetes y se los lanzó y, el viento llanero los esparció, y aquellos borrachitos y muchachitos, se volvieron locos con aquella inesperada piñata. Hubo en el aire billetes de cinco, de diez,

de veinte y cincuenta bolos. Era mucho dinero. Un refresco constaba una locha, una sopa real y medio, un polvito un fuerte y a veces se conseguía fíao. Un carro lo vendían en Caracas los malandros por quinientos bolos.

Sí, aquello fue de película y suspenso, pero sintió las emociones múltiples cuando se retiraba con Quintín Moya, sentados sobre dos sacos de plata y se tocó la faldiguera y no tenía ni medio.

El Chamo Andrés le dijo: “Guillo con esa plata, esa no hay ni que tocarla, esa es de la revolución”. Mañana viene el Gocho a buscarla. El ladrar de la jauría se oía lejos.

Solo un parlante se acercaba buscando votos para un candidato adeco. Los vehículos iban disfrazados como de este partido y los mas finos asaltantes de bancos con franelas y símbolos del mismo partido.

Cuando todo quedó atrás se dijo: “Yo no sigo siendo pobre ni revolucionario pela bola tampoco”

Quintín Moya le diría después —aprendiste, ya sabes cómo es la lavativa, de aquí pa lante el Ñemeo es pá nosotros. Cada quien que escarbe pá echarse. Eso es muy sabroso, ellos nada más esperando que les llegue el baile y la chacara para irse a otros países a gozá una bola. El que venga atrás que arree. Nos vemos en la librería Vea en Barquisimeto. ¿Sabes llegar?

Punoceno andaba en la lunática idea de organizar un grupo, una banda o algo que pudiera darle caería o captura a un Venao encantao, el cual era

famoso no solo por su osamenta sino por la burla a que había sometido a todos los cazadores de la zona. Incluso, en ciertas oportunidades se daba el lujo de permitir que le contaran las veintiséis puntas de un cacho que lucía con la pretensión de dar a entender la huella o evidencia que lo hacían ser el padrote de toda su generación.

La gente decía que Punoceno se entendía con el animal y lo bautizaron Puneto. En ciertos casos no sabían si el Cornudo encantao tenía hipnotizado a Punoceno o este tenía engatusado al susodicho. Era tal las dulzuras de sus vidas que llegaron a creer en los berracasos del hombre y en las voces del venao.

Creían que hasta durmieron juntos y por las mañanas ambos se alertaban de diversos peligros que para ellos existían. Todos los males se los achacaban al de la caramera, porque desde su aparición, hubo plagas, peleas, espantos y aparecidos, gente inteligente vueltos locos, mujeres decentes que al encontrar cachos de cualquier animal se lo ponían en la entrada utilizada por su marido, bien fuera en la puerta de la Casa, en la talanquera del Conuco o en el mismo buscadero de agua. Todos los hombres sentían cierto regocijo de algún tipo de encornaduras.

En alguna tarde hubo un conato de rebelión, los hombres del Caserío rodearon a Punoceno y lo inmovilizaron bajo amenaza de volarle la cabeza sino le decían el secreto para cazar aquel sujeto convertido en una maba para todos. Este les hizo

bajar los machetes cuando les dijo: Y si me cortan la que me pio, quien resuelve el peo.

Él les hizo la catamenta de querer ayudar y les deslizó: Pero necesito cuatro hombres y una mujer.

El hombre fue a mayor, dijo que el único que podía tirarlo era él ni bajo traición.

—Lo que pasa es que lo más arrecho es traicionar a un amigo.

—Las demás cosas de la vida se pueden traicionar, es más, a veces al amor lo fortalecen las traiciones.

—La revolución se nutre de las traiciones sino pierde discurso quien la dirige y desvaría por sus encantos.

Les indicó una de sus majadas y les dijo que solo él tiraría con una bala rasa, preparada con antelación, dado que ningún disparo común le pegaría y menos lo mataría.

Explicó que el Caramorú estaba cruzao y lo cuidaba el diablo porque era de Ponuceno. Les dijo la manera como debían llegarles y el momento que lo matarían. Prepararon todos los implementos de guerra y se repartieron las partes del animal para el banquete respectivo.

Le quieren tender un cerco en forma tenaz al Cimarrón, bloqueándole todas las posibles salidas, lo corrían hacia un lado y hacia otro, los perros no le daban sosiego y en un claro de la calceta Ponuceno le largó el escopetazo con la bala rasa de las que traen los molinos corona en la masa, la cual había marcado con siete cruces, se fue de bruces el animal y siguió corriendo.

Lo apedreaban, le gritaban y en el ajeleo casi o hacen casi entregarse, lo mataran entregado con la cola abajo y tirado al suelo.

Cuando se le acercaron era una Cierva muy joven, se volvió otra vaina.

¡Punto! Gritó la mujer. Si era una Cierva buena y preñada, la descuartizaron y cada quien tomó la ración repartida por Ponuceno.

En su vientre daba saltos mortales una cría con miles de lunares o pintas, pero con ganas de nacer se fue muriendo poco a poco. No supieron que hacer con la criatura, pero cuando intentaban comer de su madre, aquella imagen saltona se les venía en la mente, inquietándoles de tal forma que casi morían de otra peste: el hambre.

Punuceno se fue con la última lluvia de febrero. Unos lo vieron en Corcovado cerca a San Diego, otros en Macanillas por los Patiecitos, siempre creían ver caminar su sombra por los Haitones de Guarataro donde les acostaba el oído y aseguraba oír la bravura del mar Caribe, sacudiéndose entre Aruba y Curazao en dirección a Coro, sino por encima de la Retama; con ello, aseguraba que era la vía más segura utilizada por los contrabandistas de escocés, cigarros y tabacos amarillados que de forma submarina y subterráneas surtían a los duendes de la Sierra, pero daba por descontado que esos túneles inexplorables que partían de lo más alto de la Sierra y van hacia lo más profundo de esta, son los pasadizos más sencillos que dejó el mar en su eterno abrazo de amor con aquella.

No todos oyen ese ruido y muy pocos entienden su mensaje. Jamás habían vuelto hablar ni de esa ni de otra superchería. Es más, la mayoría de los habitantes del pueblo no recordaban al caramerudo porque tenían los sentidos desgastados y la memoria nublada por el paso de los años y la llegada de algunos elementos civilizatorios.

En una noche sin fecha, planificaban ajusticiar a Ponuceno, lo tenían listo para ahorcarlo o mancornarlo, lo tenían trampositado en la hoya.

Era muerto con o sin chaqueta, pero algo insólito e inesperado ocurrió antes del anochecer, algo nunca visto; escucharon un ruido extraño y ensordecedor, oído más de la cuenta, venia del mar, por el camino que siempre utilizaban a los Power de los alemanes dueños de algo extraño montado en el Río Hueque y que lo llamaban el primer Ingenio Azucarero de América latina.

Por ese camino pasaban ambas Power llamadas “El Diablo y la Diabla”. Ese día apareció un aparato raro, extraño y ruidoso que se llevaba todo por delante, con una Palanca tan ancha como ella, que se daba hacia adelante y hacia atrás, aquella extraña maquina iba dejando aplanado el camino que hasta para bailes futuros empezó a servir.

¡Huuuyyy! Ese bicho se parece al Coco Aserrador. Salvo que aquel es renegrado y este es palúdicamente amarillo, comentó alguien del Caserío, a quienes los alemanes que llamaban focas siempre le sorprendían con una novedad tecnológica.

De la Máquina de Oruga marca Caterpillar, se

bajó su manejador y operador, frente al montón de aquellos indios que no salían de un asombro burrino y encandilante.

Esta máquina, dijo el operador con rústicos guantes de cuero en sus manos, la envía el presidente Rómulo Gallegos, para hacerles un abrevadero, un Pozo o una Represa o como le llamó a la gente de Murucusá.

Ustedes me dirán por dónde me voy para llegar allá.

Nadie dijo nada. No se oía ni el resuello de los sorprendidos negros que no tenían la más remota idea ni de lo que veían ni de lo que les decía aquel hombre, con una indumentaria compuesta por Casco, Braga, Guantes, Lentes y Botas jamás vistas, dando el aspecto de un Extraterrestre, rematado con un olor a Betumen jamás olido por serranos.

El tipo luego diría que la Sierra de Falcon, parecía ser el primer productor mundial de Pendejos. Quien le diría al presidente gallegos que Murucusá existía medio a medio de amabas serranías. Ochenta años después los Murucuseros aun buscan agua en el Pozo de Gallegos, el presidente.

Aquel Operario de Maquina llegó también al sentimiento de aquellos Vegareños que le mataron un pequeño puerco o marrano que la Madre de Punuceno había ido engordando con diversos arbustos como trastrás y pequeñas porciones de maíz tierno que traía de algún Conuco. Cuando lo mataron Ponuceno miró todo aquel acto sin

sentimiento, le cubrieron con agua hirviente, le quitaron el pelambre y le metieron una tuza por el culo para evitar la mierda y, con viejos trozos de machete corridos sobre su cuerpo desde la cabeza hasta el rabo.

Luego lo abrieron en necropsia rustica y desconsiderada, por lo que miró el corazón de aquel, dando saltos impulsivos y elásticos dentro de un enigma rojizo y abrazante de temores agónicos. En ese instante empezó a entender lo falso del amor y el corazón. No miró ningún gesto tierno. En el Corazón no hay amor ni sentimientos, solo impulsos y gestos extraños. No es allí donde tiene una guarida el amor. Es en la cabeza que siente y oye, y mira lo que le gusta, le atrae y le cautiva. Manda es la cabeza y el pobre corazón obedecerá, se dijo para sí mismo.

De igual forma que martirizaron al Puerco lo hicieron con el Venaito, amordecidamente dócil que tenían en su Ranchón desde que el viejo Gabino se lo había quitado a una Cierva hacia casi cinco años. Era lo único que tenían para congradar al Maquinero en pago de las limpias que hacían con la aparatosa abridora de pasos y de caminos convertidos a posteriori y al pasar de los años en carreteras metedoras del tormento que llevarían hasta estos caseríos, los diversos transportes militares donde viajaba la muerte.

Punito miró recelosamente cómo en la agonía del venado se repetía la escena puerquera, la muerte lenta del corazón, y por último, como aquel hom-

bre con modales de Astronauta se apeaba de la fortaleza de hierro para comerse aquella belleza natural convertido en succulento y criminal manjar. Lo que más le impresionó fue como, precisamente, era convertido en múltiples trozos cuadriculados junto con otras vísceras convertidas en Chanfainas aderezadas con humo y hambres tardías.

Sorpresivamente Punito desapareció con el misterio característico de su ser. Nadie daba razón, ni los arrieros ni ningún forastero daban pista de su paradero. Le buscaron por todos los pueblos serranos, incluso, buscaron brujas y adivinadores, pistas en viejos cachos que habían servido a varias generaciones como adivinadores y solo reportaban mensajes confusos y anubarrados.

En un viejo Caracol marino intentaron sacar el rumbo y camino que había tomado y extrañamente se le cayó de las manos al adivinador y quedó mirando hacia el cielo. Lanzaron dados y todos se amontonaron en un solo lugar sin marcar rumbo alguno. Recurrieron a la Cota, tratando de que, siendo una Lora vieja y hablante, pudiera revelar el misterioso camino tomado por Punito, en última estancia, el único adivinador era él mismo y estaba perdido, por lo que el pueblo había quedado fuera de sí y dentro de sí.

Por último, trajeron al Cura mujeriego que andaba de pueblo en pueblo en un rezo eterno, comiéndose las gallinas de los campesinos y cogiéndose las carajitas que veía con la Tinaja de agua en la

cabeza. Este hizo unos ademanes en forma de cruz cuando llegó a la Casa que esporádicamente habitaba Ponito, y al entrar, levantándose la parte baja de la negra Sotana, dijo: “Estos seres perdidos en el mal de Satanás el maligno, no subirán jamás al Cielo, ni transitaran el camino de Dios porque no tienen pies ni brazos para escalar el árbol sagrado de la vida; paz a sus resto y gloria eterna a nuestro Señor Jesús Cristo. Amen.”

Amen, amen, amen dijeron todos los indios y negros, ahora campesinos parceleros y que antes habían sido esclavos. Al salir el Cura y rozar la roída Sotana con el quicio de la Puerta del despa-lotado Rancho, levantó cierto polvillo del suelo y algunas pulgas saltaron buscando el color de aquel trapajo lúgubre y de mal aliento. Algunos sintieron pena otros rogaron para que cansadas de chupar sangre sin sangre de los anémicos cuerpos que en estas rancherías desvivían, le sacaran la sangre vitalicia de las bolas al Cura y le pararan un tanto la sementalería con las que rezaba a las mujeres nuevas del pueblo.

Y tampoco bastó la imagenería de un hermano del botiquinero de Cabure, apodado el tachuelo, quien hizo infinidades de cruces en el suelo fértil, pero resecados por los soles del mes de marzo, en una búsqueda inútil de algún rastro dejado por el desaparecido personajon del pueblo convertido en Punito. Se notaba inspirado y transformado dando epilépticos brincos a tres manos, indicando con flechas supuestos rumbos tomado por aquel.

Al cabo de cierto tiempo y de muchos malabarismos, dijo con sabiondo acento: “Veo al hombre en medio de algunos huesos a los suyos mismos, navegando al vaivén de olas que no son de agua, casi sin respirar, sin cagar, sin hablar, sin mover ningunas de sus piernas ni brazos, desnudo en bola y mirando hacia un mundo donde ningún ser terrenal ha desvivido.

Lo noto atemporal y lejos de tener voz emite un gemido parecido a los ruidos de los pescados. Siente animadversión y antipatía por la comida, todo su organismo está reseco y sus órganos orinaderos obstruido por escamas salitrosas o sacralizadas en un incontenible deseo en desaguar los últimos vestigios de un alma que ha perdido su cuerpo”. El adivinador soltó estas últimas frases de manera inaplanificada y solo parecía cumplir con un recetario para incautos y pendejos.

La madre de Punito decía que sentía que la soledad le murmuraba, le hacía ruido sobre los hombros y por las noches oía cuando el alma le suspiraba a través de su cuerpo, yendo y viniendo desde los más hondos farallones de su imaginación desnuda.

A ese se lo llevó la guerrilla donde anda el negro Hilario, el hijo de Juana Navarro, ese es quien comanda a esos que mataron al teniente Reverón en la curva antes de Pueblo Nuevo y tan gueno que era ese tenientico, les daba buena vida a los lugareños, no torturaba al conuquero ni le comerá a las cabras a uno ni violaba las mujeres como

si hacían el teniente Piña, el teniente Torcat o el Bernardo Rigores, tampoco hablaba mal de los guerrilleros.

Él decía ser revolucionario, amigo del Capitán Manuit camero y Nicolás Hurtado, quienes se fueron desertados del ejercito a la guerrilla, ellos curaban las enfermedades y nos daban galleticas. Una tarde dijo que el presidente Raúl Leoni lo mandó a combatir a los guerrilleros para que lo mataban, se desertaba del ejercito o tenía que convertirse en un demócrata. Después que lo mataron su alma anda penando, su alma navega en las penumbras de la no reivindicación histórica.

La noche anterior le hicieron una fiesta inolvidable al maquinista de apellido Ruiz y en medio de alborozos y alborotos se comprometió a desforestarles los alrededores de las casas y hacerles pequeñas callejuelas para que se comunicaran entre sí. También les dijo que su labor era ayudar a los campesinos por orden del gobierno y del presidente Gallegos.

La piel del cubierto suelo empezó astillarse hasta el punto que aquel pequeño monstruo metálico sacaba en sus orugas infinidad de animales en destrozos y crujía espantosamente el cuerpo de aquellos, esparciendo en el ambiente diversos olores de múltiples estiércoles. Allí salió ante sus ojos llorosos la vieja Icotea de Erotia,

la cual se había encuevado bajo un inmenso Tecal protector de una centenaria virginidad terrenal.

Aquel era siempre protegido por el Abuelo de

Punito, del fuego y otros intentos bajo el pretexto no solo de proteger a la tierra, sino que esa vivienda de diversas especies animales que allí habitaban, incluso, vieron salir en pequeños trozos los zaruros y cascabeles que iban quedando amontonados al final de cada recorrido que hacia la maquina con su pala recogedora, dejando al mismo tiempo despejado el espacio y endurecido los suelos. Así contemplaron de forma despejada como se veía de una casa y otra, formando una especie de triangulo las tres integrantes de aquella Aldea.

Solo quedaba imponente y rodeado de un peladar un inmenso árbol Yaraco, espinoso y sombrío.

Tallo exacto mirando al cielo queriendo explorar su infinito vientre. Inmensa sombra con el Sol eterno.

Ruidos diversos ayudados por el viento que en la noche espanta, cargando el misterio en sus conversadores ecos.

A su llegada solo el frio espera. Se queja, aclama y suplica.

Corren, piden clemencia y perdón. Tiemblan íngrimos, disminuido ante la vida.

Para ello no existe Capilla Ardiente. Solo una muerte fría y lánguida que estremece la vida en su peregrina espera.

Un inesperado panorama fue apareciendo ante los ojos de aquellos escasísimos habitantes de aquel escuálido y opacado poblado y quedó desnudo el costillal de sus casas, si así podía llamárseles. Sin-

tieron la más acentuada vergüenza al mirar destartalada y pequeña lo que antes al dormir amontonados la sentían tan grande. El varillaje sostenedor del pañote desgastado por la lluvia y por el sol, parecían desde lejos blanquecinos caminos perdidos en una soledad profunda.

Los destartalados techos de un oxidado metal, también perforado en parte por la angustia de querer vencer al cielo, empezaron a levantarse y caer por efectos de la brisa que antes no pasaban, ahora levantaban una polvareda rojiza embadurnando a los tendedores a campo abierto crujiendo los débiles horcones, titiritando las cumbreras y bailando latas y soleras, haciendo de aquellas casillas una espinela melodiosamente macabra.

Cuando la Maquina se detuvo y desaceleró su atormentante ruido aminorando su humareda hollinante y matadora de las colmenas melosas y picadoras, el viejo Gabino se acercó al operador, diciéndole que no dejara nada parado entre las casas, y con gesto de Cacique le ordenó que derribara el legendario y centenario, más bien imponente Yaraco.

El maquinista le gesticuló algo amaneradamente e indescifrable, se alejó a la orilla de aquel campo creado por la civilización, tomó agua de un envase a boca de jarro y vino hacia la maquina cual torero ufanado de sus modales y vestidos. Se encaramó en ella, la aceleró al máximo oscureciendo al Sol con una efímera sombra de un negro humo que, él mismo, le hizo toser su recién mojado guargüero.

Levantó la pala a cierta altura y se la clavó lentamente al enorme tronco haciéndole una herida cortante horizontalmente por donde empezó a supurar una espesa, cristalina y aparentemente eterna lagrima de su savia; pero era inamovible. Le daba vuelta o embestía con la maquina por un lado y por el otro, por lo que se estremecía en su copo y ramas de donde salían atemorizado diversos pájaros, cayendo sus huevos cual pequeños globos que estallaban centímetros antes de pegar al suelo y se esparcían en sus frustradas vidas las guacharacas, las cotas, y un pichón de Guacoa que fue obligado a ensayar su prematuro vuelo, convirtiéndose para los camperos en algo de mal agüero.

Meraldo dijo que desde que había nacido era en ese árbol en donde esas aves cantaban anunciando la lluvia, la muerte y criando sus polluelos. La lucha del árbol contra la maquina fue tenaz, se aterraba a sus raíces se erigía ante el cielo buscando a Dios para que metiera sus manos. En cada embestida se miraba temblar su sombra acrecentada por el ocaso del Sol rumbo al Cerro la Horqueta en la Sierra Madre. Lo último que caía eran sus propios charamiscos y nidos contruidos por aquellas aves con exacta arquitectura; de sus cogollos salían alaridos y tenebrosos gritos que no escuchaban por el ensordecedor ruido que la maquina silenciaba de forma apabullante, todo lo que existía en aquel ambiente extenuado.

Esos gritos pedían perdón, clemencia, perdiéndose en un eco infinito de incertidumbre y de-

solación. A rato el Yaraco parecía ganar la batalla por la vida. Empezó a lucir una herida en su redondel, en forma de aro por la vuelta cortante que le ocasionaba la máquina, era demasiado fuerte y creían que sacando sus raíces moriría en el más hondo dolor.

Aun lucía como ser patronímico para sus hijos sin gracias ni apelativos, hijos de un viaje por la vida sin regresar jamás. Bajo el inmenso árbol hicieron muchos juramentos, empeñaron palabras de luchas y compromisos. La palabra cuando no existe es el hombre quien la desbarata con la mentira. Hicieron el amor varias generaciones de animales, incluidos el hombre y la mujer dibujadas en las miradas de las aves observantes desde sus ramas del ajetreo abonante de su tronco y sus raíces.

El maquinista se dio por vencido casi al anochecer haciendo su recreo y descanso, lapso que aprovechó para decirle a Meraldo que él hacía ese trabajo obligado, y cuando aquel indagó por qué le contaba historias tristes, macabras y novelesca de alguna miseria del hombre, le dijo que él era trabajador en algún hospital y una noche lo dejaron cuidando a una mujer muerta que él en algún delirio hormonal la sintió hermosamente viva y durmió con ella, haciéndole un sexo que creyó amoroso a tal medida que confundió ambos sentimientos, por lo que creo una promiscuidad tan feroz y temporalmente fértil de vínculo ante la vida y la muerte sin entender las fronteras inviables de ambos estadios de lo universalmente des-

conocido. Fui juzgado por causa extraña y cargos ambiguos a trabajos forzados.

Cualquier trapo no es un pañuelo, le replicó Meraldo. Y cada palo con su Vela, remató. Meraldo quedó privado y sin respiración al reaccionar sobre el acontecimiento. Le pareció tan inverosímil aquel relato que se preguntó con cuantas armas humanas se podía sexualizar con una muerta. Si era virgen, como podía buscar un virgo muerto; de lo contrario, cuál sería su goce con tan macabra letanía. Pero fue mas lejos en sus pensares cuando en voz alta le dijo al maquinista que se podía imaginar la inteligencia y humor de un hijo o hija de un cadáver engendrado en la concavidad de un sexo muerto.

¡No! Ustedes los montunos no entienden las bondades de las tristezas infecunda. Lo que ocurre es que el sexo es apolítico.

Por mí, refutó Meraldo, en el entendido de que estaría frente a un loco de la otra vida.

Nosotros compañeros y montunos desayunamos, almorzamos y cenamos con nuestras propias hambres. En nuestro eterno traguantahueso que no deja tranquila a la pensadora, puesto que la mania de uno no para ni en la noche pensando Dione sacar comía ala triponera, pero la noche preña la cabeza y el hombre las pare temprano, gestando y fertilizando las ideas que no se ven, ni se tocan, son almas, sentir y sufrir. Así aguantamos la carga en la dura plancheta del bregar constante de la arcilla y tierra amalgamada en

nuestro pensamiento, y a veces le ponemos música con alguna guitarra llevando aguamiel a nuestros corazones.

Al fin y al cabo, es mejor arriar el Burro que llevar la carga. No todos vemos la luz del día, aunque sintamos la claridad. Los días no son diferentes por ser nuevos o por sus nombres. Son distinto por su luz, no todos vemos esa luz, aunque nos entreguen una antorcha de ardor y esperanza.

Ha veces me hincan las espinas del camino e inmediatamente pienso en los que no tienen pie, en los mochos. Lo motivante del triunfo es lo emocional que se ajuntan con la luz de la mente y hacen un bojote extraño de sueños invividos e indecidos para trasegar caminos en busca de conciencia, sin encontrar, sin volver jamás. Son misterios dolorosos. Dicen que el Ateo es quien más habla de Dios.

Cuando el Sol se escondió miró una escena y una historia distinta. Dormido en un despertar constante lo estremecían voces y contradictorios pensamientos, parecían sueños cuando se percataba despierto. Era una vida de luz en las noches desnudas. Cavilando y cavilando se le va la mente hacia lo infinito, armado almas y adjuntando vainas. Casi quedó privado y sin resuello. Prácticamente, dijo el maquinero: “Yo ando haciendo trabajo voluntario que es la forma más guevona que he conocido para el hombre estar super explotado con canticos y alegrías trasnochadas, pero es mejor estoque estar en la cárcel del Obispo, la Rotunda,

el Dorado, las Tres Torres o Guasina porque a la Isla del Burro mandan a los intelectuales.

El misterio del tiempo es como pasa, se disipa la memoria como empolillando a los recuerdos, a esto se los bebe el olvido, se trastoca el reloj de la vida, el sistema circadiano desordena los sentimientos, estos joden al hombre en su afán de vivir de ellos y vivió reviviendo vainas que parecían sin sentidos hasta el punto que llegó a sentirse narcoleptico en un mundo flotante y aireado más de la cuenta, sentía la mente cataléptica flotando en la nebulosa de buenos sueños y del mal vivir.

Los comejenes le carcomían la inteligencia y solo recordaban los beneficios del cocomordan encontrado en cierta Cuca que antes considerabas muerta. El cuerpo y la mente andaban en un permanente divagar lunático tragando el miedo prohibido por la conversa siseada por los espíritus y duendes que compartían el paso de una estación lunar a otra.

En ciertos pases de Luna calmaba a los ímpetus con guarapo de ciertas hierbas, con porciones de encantamiento, estas lo volvían más imaginativo y la enchavetadura y chifladura le facilitaban el tránsito de lo turulo a lo calmo que al mismo tiempo le arrastraba hacia el nivel de su imaginación donde se topaba con los duendes.

Tal vez el Seretón que le estaba llegando a Benita, la hija quinceañera de Diosada, la vieja amiga de la guerrilla y del gobierno, tenía relación con el

anima del teniente Reverón, por lo cercano que estaba al sitio donde lo mataron, cuando lo emboscaron antes de llegar a Pueblo Nuevo de la Sierra. En ninguna parte lo velaron, porque el teniente Bernardo Rigos, dio la orden para que lo montaran en un Helicóptero y se lo llevaran a Coro y de allí en un Hércules hasta Caracas; Lo mismo hicieron con los otros muertos que le acompañaban, pero cómo eran unos guebones sin grado alguno, soldados rasos, ni el nombre de cada uno de ellos se supo.

Para ellos la falta de velorio sería la causa por la que el anima del teniente penando, pidiendo siete Padre Nuestro y sus respectivos Ave Marías. Cuando llegó el anciano al cuarto donde dormía Benito e indagó mudamente con la vista el lugar, se percató que no era un Seretón que le llegaba a esta sino los recuerdos del anima con quien cuando era gente, había tenido varios revolcones de amor, en el mismo Catre hecho con varillas de Quipito, donde ahora se retorció mirando un antiguo Baúl donde guardaba los únicos regalos que el tenientico Reverón, le había traído de alguna ciudad: Un jabón Diadema o Reuter, un corte de Terciopelo Carrubio, Lavanda Y organdí, un Frasco de agua de olor, tipo Pompeya, unas cajas de polvo Sonrisa, una caja de Magnolia La Negrita, algunos tubos de colorete. Toda vaina acicalada de tal forma que parecían reliquias.

Y el más fuerte coñazo que recibió Benita, fue cuando Lucreciano, quien tenía fama de “Fa-

culto” e “Iluminado” le ordenó desprenderse de aquellos recuerdos, lanzándolos al Río Hueque, en medio de una enorme tronazón y estruendos y reventarrones, producidos por un gran creciente sin orden y sin ley de algún día del mayo más lluvioso de aquel siglo, del cual no sabía ni quería recordar en número.

El experto brujo nunca pudo explicar la relación entre aquellos artículos y el estado insomne en que vivía Benita, ni pudo contar los murmullos de su sombra que pasaban temblando de un extremo a otro del Rancho en que vivían. Lo que sí entendió fue que los recuerdos de Benita eran la luz de aquella sombra encendida por su propia alma en desvarío.

Me estoy poniendo vieja, le dijo a Lucreciano, un día que esta trataba de hechizarle el pensamiento y vivía algunas de sus fantasías enseretonadas de sexo lejano. Le dijo que sentía que su vida era un nubarrón movido por vientos encontrados dentro de un torbellino de borrascoso silencio de locos y ecos enloquecedores. “El amor es mudo, pero llena de gritos y ruidos al cuerpo y el alma. Tiende a perderse en sus propios zumbidos”. Parecía filosofar Benita ante el Seretonero.

El maquinero Ruiz siguió sus batallas con el inmenso Yaraco, el cual se estremecía generando un huracán a su alrededor. Los camperos expectantes a cierta distancia permanecían mundo ante cada embestida; Por lo demás, tan fuerte y bestial como las anteriores, en una de aquellas embes-

tidas de este a oeste, ocurrió algo que les dejó privados e impávidos, cuando un inmenso Orangután se lanzó desde el copo del Yaraco, dando vueltas acrobáticas en el aire y dejando en el vacío recorrido un inmenso alarido que parecían venir desde el fondo más hondo de los áitones, serranos o de algún infinito jamás imaginado.

¡Es Punito volando! Dijo Meraldo con cierta satisfacción, al resaltar la única facultad que no le conocían: ¡Volar! Efectivamente Punito se había lanzado al vacío desde el último cogollo del Yaraco, donde había permanecido desde su misteriosa desaparición. Lo esperó un suelo duro y liso que había sido acuchillado por la inmensa palanca de la maquina deforestadora y cayó en él de a platanazo y, con su desnudo pecho rebotó una tres o cuatro veces sobre su cuerpo frágil, soltando borbollones de sangre por la boca, nariz y oído. Aquella sangre se adjuntó con la tierra adquiriendo otro color amarronado y puchurreante hasta el punto que cuando todos brincaron hacia Punito, este parecía ahogarse en sus propias espumas y pucheros. Era una sangre extraña, pero no diferente en apariencia a la de la Venada Cierva o la del Puerco o la del Gallo que el maquinero se había comido.

La agonía de Punito había comenzado desde antes, en las alturas neblinosa del Yaraco, en los nubarrones de su desdicha y en la cercanía con la Luna, ante la cual sentía total identidad que una noche extraña para ambos, sintió el abrazo cer-

cano de aquella con las hojas del aquel robusto y arrecho Palomón.

Cuando veía el paisaje celeste y una Luna más grande que otras, entendió que unas eran más parecidas a él que otras y su grande y brillante luz lo atormentaban y lo apaciguaba cuando veía su opacal acercamiento al copo de su Yaraco residencial. El perigeo lunar lo transitaba por alucinantes sueños y dulzosos caminos de los que el mismo sabía.

Quedó brutalmente sacrificado en esqueletozo cuerpo ante el suelo virgen, dibujada en él su es-cuálida imagen gravó por siempre sus huesos destrozados, a tal punto que cuando Benita lo volteó y quedó mirando al cielo todo crujío y creyó en tener en sus manos un amasijo de viejos tronches. Tenía gruesas gotas de sudor en su piel reseca.

—Punito, por qué hiciste eso?

Te asilaste en ese palo. Te perdiste tan cerca, que con razón el caracol del brujo miró hacia el cielo. Ahora si entiendo de tus volaterías.

—Creí que me iban a engordar y a comerme como a la venada y al cochino. Ese maquinero. Corrió a Dios.

Todos lo encomendaron a las animas del purgatorio. Murió buscando aire entre su misma sangre que lo ahogaba sin aire y sin ella.

Se sintió hechor de una muerte viva en el tronío de los sinfines ruidos de algún silencio eternamente sombrío.

Alguna vez se le escuchó decir que el hombre y

la tierra se parecen tanto que vuelan juntos. Nadie lloró a Punito. Desde lejos solo el Sol miraba su luz. Benita solo murmuró: “A quien le vamos a llorar y por qué.

El pobre no tiene familia, no tiene doliente. Pá onde ponga el culo le pega el sol.

En adelante sintió rabia por él mismo. No quería dormir y le preguntaron la causa de semejante sacrificio y dijo una escueta razón.

—Tengo miedo de dormirme porque me puedo morir.

Hubo días en que se le juntaron todas las nostalgias y se ubicaba en alguna pequeña loma a sentir el paso frágil del aroma de las flores; así, entre la muerte y las flores se volvió poeta.

Al parecer algún alma le apoyaba el sentido para que siguiera en la idea de organizar desorganizadamente a una banda de hombres con los que estuvo en la guerra tal como Punito planteó para el peo del venao, pero la finalidad de esto era otro tipo de cacería.

Pero aquel día de onomástico de San Pascual Bailón, amaneció lleno de nostalgias extrañas y sentía el peso aplomado de dos enormes rocas, tan pesadas, tan iguales que lo mantenían en perfecto equilibrio. Tan así era aquel animo que optó nuevamente por entregarle cada mitad de su cuerpo y de su alma equitativamente a ambas. Así miró y sintió la alegría y la tristeza de florecer en su inhóspito terreno vivencial.

A primera hora le llegó una estafeta—correo del veterano Baltazar.

—Te tengo un plan.

Por otro lado, hizo en un escondite de su cerebro una pagina escrita sin escribir. Todo lo que es bonito tiene su tiempo y pasa.

La soledad se llena así mismo. En mi cultiva sus ocios.

El agua la rebase el río. Mi alma la cubre el frio.

Hay un grito lejano.

Es mi silencio aturdiendo tus oídos. Miro a lo lejos y te siento cerca.

La tristeza deja ruinas. La finitud al andar.

A lo lejos lo aturde el néctar que le nutre y le alimenta los recuerdos.

Sabía de quien venían ambos poemas, pero no quería saberlo en medio de lo mal gustado en sus propias intenciones.

Al día siguiente desbifurcó los caminos y se alineó con Quintín, Noel Ávila Jerez, Baltazar y el viejo Antonio, en su primera gran aventura gariwaldiana de su vida. Al mirar atrás leyó el insulto más bucólico escrito a mitad del tronco de un árbol bijao: “El amor es falso”. Decía en primera línea; en la segunda lina estaba la replica: “Falso será tu madre”.

Y más allá del anteayer se acordó de una pajúa lección del círculo de estudio: “Todo trapo no es pañuelo”. Mierda quiso decir algo, pero no le salió nada de su guargüero seco y acalambrado.

Una mañana se vio cabalgando las olas del Caribe en una Lancha de un Contrabandista amigo rumbo a Aruba. Le contaron una historia de las

más bellas y bellacas, respecto a las posibilidades y riquezas que allá estaban en posibilidad de capturar y repatriarla a sus arcas y su bisoño pronuario.

Su dicha embarcación tripulada por un viejo conocedor, no solo del mundo marino sino de las paradas de la Guardia y de los modernos bucaneros, iban sirviendo de asentaderos de algunos falles FAL, unas pistolas, algunas granadas y unos utensilios, tales como medias Panty para cubrir los rostros, una pega para sellar la parte de los dedos donde están los dactilares, algunos pasamontañas y una suficiente ración de proyectiles. Incluso, unos dos recipientes con gas paralizante de los que usan lo policías venezolanos para joder a los perros que salían a morderlos en los barrios caraqueños.

Se embarco en aquel cayuco sobre cargado y sobre cagado de miedo por lo de la mar, que era lo más temido por aquel hombre que una vez más sentía dividida su existencia, ahora entre el agua, la tierra y el cielo.

No tenía otra opción. Mas que morir ahogado o llegar a cierto mundo solo imaginado desde cuando desde la Sierra de Falcon por las noches veía luces en alta mar, pertenecientes a Bonaire, Curazao y Aruba. Jamás pensó en aquel frio campamento ubicado en el Cerro Galicia, que a través de los años surcaría las aguas separantes de aquellas islas con tierra firme, convertido en Pirata bucanero y garibaldeano.

Pero la travesía entre Coro y la Vela desde donde salió la Lancha que le trasladaba, el azul caribe y las islas se le parecía más al último infierno de su vida cuando miró muchas luces encandilando al mar, allí entendió que su pueblo pequeño venía, que el alumbrado subía y bajaba, adelantaba y retrocedía, creando en su mente una incertidumbre laberíntica.

Aquel revuelo le causaba incertidumbre, desasosiego y uno que otro retorcijón en sus tripas, pero por otro lado de su mente había un panorama bonito sabiendo que estaba cerca de la llegada, miró hacia arriba y casi aseguró que por allí regresaría en el estiércol de algún Tiburón. Cerró los ojos y mirose pasar por la garganta de aquel monstruo marino, partido entres rolos agonizantes de sus carnes saltonas.

Lo caviló largo rato imaginando todo tipo de locura, incluso, pensó en un Tiburón bondadoso que se lo comía entero pasándolo por sus intestinos y que lo cagaba cerca de la Ensenada de Píritu al otro día, en un acto insólito, digno de la mejor mierda.

Lo despertó un revoleteo inmenso de la pequeña Barca que fue al cielo y vino hasta el punto que aquel lucerío pasaba al frente quedándole debajo de la cresta de una ola desde la cual se dejó venir de hocico. Verticalmente hacia un hoyo donde el vértigo le subió las tripas hacia el pecho y quedó en el vacío más arrecho, cayendo en barrena.

Allí no supo si andaba por los aires, por la tierra o por el mar. Era una desgracia laberíntica, crea-

da por los antojos más sublimes que se le ocurren al hombre. Ir desde la costa de la Vela de Coro a tomar por asalto algunos objetivos de objetos preciosos en Aruba. ¡Que bolas! Se dijo, habiendo tanto cobre en Venezuela.

Maquinaba mentalmente todas las vainas que le había tocado pasar desde que se metió a la guerrilla un día en algún mes de diciembre en época de navidad. Jamás pensó en semejante éxtasis bucanera, nunca se imaginó que la aventura existe y cuesta caro.

Rememoró ese día en que Quintín Moya le dijo: “Nos están invitando a una operación en dólares y mucho oro en Aruba, ya hemos ido varias veces a chequear y es una papaya, tenemos todo preparado, lancha de ida y vuelta, allá operamos el mismo día de llegada y si postergamos por un día tenemos donde quedarnos. Vamos a llevar armas cortas, las largas quedan en las embarcaciones, que si se necesitan sea en alta mar ante la embestida de una súper rápida de la Guardia Nacional”. “El objetivo es tomar una manzana completa donde hay varias joyerías y dos bancos, apresaremos a cuatro “Tombos” y cuatro minutos estamos listos. Carros de retiradas hasta la Plaza donde están las lanchas y listo. Todo está cubierto. Es una operación pá resolver y pa retirarnos de estas vainas, si queremos”.

¡Diosmío! Porque no dije que no; pero que va, Cochino que come mierda ni que le quemén la trompa. Cuando se perdía una vaina así tan no-

vedosa y menos para cuando te echaran el cuento. Si no vas te toca leer periódicos, le remató.

Cuando la pequeña Lancha cayó de hocico en el fondo de la ola, luego de bajar por un tobogán de agua, escuchó la voz lejana del Timonel contrabandista.

—Son las olas de un barco petrolero que cruza el mar.

Y allí fue que vino lo trágico cuando con el eco de su voz vino otro inmenso burro de agua que los encaramó tan a las nubes, que las luces del barco quedaron debajo literalmente de aquel Cayuco.

—Agárrense duro, grito el viejo.

Así andaron y desandaron entre montañas de agua, se llenaba y se vaciaba de agua la crujiente embarcación, si a si podría llamarse aquellas tablas flotantes. Trató de rezar y no le salió nada.

Las armas permanecían con el grueso guaral con las que el viejo las había atado.

De repente salieron al mar llano y plano, cagaos, miaoos y vomitaos. Privados del terror marino; no le salía ni voz ni saliva de sus bocas. No miraban ninguna luz. La briza la apagaba los tronidos de un mar infernal.

Pero el viejo timonel por así llamarlo, porque aquella barquilla era conducida por una especie de garrote ubicado en la parte de atrás, el cual nunca soltó, aun en el momento del pre naufragio más crítico que había pasado.

De repente caracoleó la lancha haciendo una U en medio del mar.

—Qué pasa? Preguntó alguien.

Ese monstruo petrolero nos había puesto de cara pá Coro, de vuelta de nuevo y Aruba queda pá allá.

—Tenía años que esto no me pasaba. Es que a los barcos hay que agarrarles el horario, pero como ustedes dijeron que esa era la hora de salir.

—Gueno, ni la gualdia sale a esta hora. Estamos vivo de verga. ¡Dios mío!

Porque no dejaste que esta lancha se devolviera a Coro, mi patria más que mi patria.

Y se convirtió el fondo de la lancha en un estiercolero, en excusado, en una inmensa letrina llena de vómitos arrojados por el equipo de expropiadores antisociales revolucionarios, convertidos en bucaneros garibaldeano.

En ciertas veces la brisa impedía que los vómitos llegaran hacia el fondo y los esparcía hacia la cara y hacia el pecho de uno y otro miembro del grupo. Lo demás es de libre imaginación. Que cagada.

Luego de atravesar la línea de navegación la barza entró en sosiego y empezamos a botar mierda con algún tronche que llevaba el viejo en sus calaveras.

Recogíamos agua de mar y lavábamos nuestros rostros, brazos y medio limpiamos todo el vómito de los Panas, otrora camaradas y combatientes. Parecían encalamocados en un rectángulo oscuro y mojado por el sol húmedo del mar.

Por sus caras corría algo frío, formándoles ciertos agujeros en sus rostros, donde el aire parecía roca, piedra molida horadándoles todo tipo de deseo.

Pensó que ya eran muertos. Es mas el color del dio era herrumbroso y oxidado, tenía cutis mortecino, sentía que empezaba a padecer del mal de los poetas.

Rememoró cuando Baltazar le planteó el plan de ir a opera a la isla caribeña, por lo fácil y la necesidad de dolarizar los atracos, todo aquello adornado con hinchazones ideológicas y delirios garibaldeano.

Además, dijo que por allá la gente se moría cansados de vivir y cansados de estar, Así ná más.

—Vamos a echarle ganas y de ñapa nos cogemos algún culito internacional.

Recordó aquello y tragó saliva tan gruesa que el flaco Frank les dijo. Gabán vos como que estas cagao.

—Mareao y embavecido es que voy. El cagómetro oficial lo dejamos en la Retama entre Coro y la Vela, le dijo calmadamente y despacio.

Sin embargo, la locura que empezaba a crear la vivencia de tal aventura, causaba en el recóndito más hondo de sus vísceras y pensamientos la peor flagrante contradicción. Ahora más que nunca sentía su vida y su cuerpo dividido en dos. Una parte le temblaba de miedo y la otra se enervaba de arrechera.

Trató de mirar hacia el agua desde aquella barcaza y sintió lo mas parecido a un vértigo incognito. Aquella inmensa laguna, represa o gran charco llamado Mar Caribe, le trajo los recuerdos más arrechos que existían en su mente, de los cuales ninguno estaba relacionarlo al mar, ya que era la primera vez que se relacionaba con este.

Se acordó que cuando siendo muy tripón estuvo a punto de ahogarse en el Pozo de Gallegos. No le dieron los pulmones ni la fuerza ni el valor para atravesar a nado aquel minúsculo abrevadero, al estar medio a medio empezó a dar vueltas y cuando tragaba agua pesada y barrosa, el viejo Putalco lo sacó remolcado por el pelo. Cuando lo tiró a la orilla vomitaba piedritas embarradas por el salistre de sus hambres estomacales.

Igualmente rememoró la vez que atravesó el Río Tocuyo en una Balza construida con vástagos de cambur, troncos de Yagrumo secos amarrados con bejucos Cademillo. Los agarró un remolino de agua y les dio volteretas en aquellas revueltas y turbias aguas, Oliscas a toda población que furiosamente arrastran desde los andes larenses. Por suerte, Virgilio, un guerrillero jodido le lanzó un asimú submarino a aquel bojote de leña amarrado y logró reflotarlos.

Pero después le tocó cruzar el río Masparro y el Santo Domingo y se hizo rutina jugar con el agua y razias de muertes que estos dibujaban en cada crecida invernal. Eran otras aguas, diferentes a las que silenciosamente parecían suspirar bajo de la chalana expedicionaria que ahora le llevaba a la aventura más orino terapéutica o cagante que había vivido.

—Por qué no planificaste el asalto al Banco Central. Esta vaina es una muerte lenta, espinosa y saltona. Se le salió aquella frase desplanificada, pero demostrativa de su estado de ánimo, que era de

todo el grupo. La valentía parecida fingida.

En esta travesía si no nos pela el Chingo nos agarrar el sin nariz. Lo menos que puede ocurrir es que nos regresemos a las costas venezolanas en los intestinos de algún tiburón. Técnicamente estamos cambiado por mierda, Desde los primeros vómitos pegados en el pecho y en los cachetes, entendió esta amarga verdad, una verdad que solo algún borracho viviente de algún amargo e itinerante despecho repite sin ciencia cierta.

La vida a veces es una mierda. Semejante reminiscencia lo condujo a algún recuerdo cuando en cierto estado de demencia se abrazó a la Rockola y lloró frente a alguna Putica en el Siete Rojo donde había gastado todos los cobres que le había quitado a los ricos, secuestrados en la última guerrilla por Duaca, Aroa, Las

Guabinas, Moroturo y uno que otro asalto a Bodegas, de aquel bendito triangulo geo topo demográfico, donde no se escaparon ciertos culitos de campesinas pata en el suelo y despantaletadas. Su limerencia le cruzó la mente hacia alguien a quien debería amar, pero no existía más allá de su imaginación. Ideaba la mujer y se le fugaba de la mente. Sería por eso que solo permanecía con las novias mientras duraba el sexo y terminaba en un eterno despecho.

La limerencia de su alma le cruzaba zendo dolor de pecho. Se acordó de las aguas pedregosas del rio Hueque y lo adoró y valoró en la justa dimensión de sus brisas corrientosas entre piedras

tumultuosas de lloviznas llegadas de donde nadie podía adivinar.

Volaron recuerdos entre un mar de tragedias que le hizo arrear con él mismo. Que logró venciendo a todos los ríos de su patria enmontañada, en sus caminos y veredas inexistentes, en mapas imaginarios que lo condujeron a atravesar el Rio Tocuyo crecido y revuelto, al rio Portuguesa, al rio Masparro, al rio Boconoito, al rio Tucupido, al rio El Charal, al rio El Mitare, al rio Capadare, al rio Arito, Quebrada Amarilla, al rio Guanare, a rio de Oro, el rio de los Remedios para que si ahora todas sus aguas se adjuntaron en este gran mar para someterme y ponerme a sufrir. Allí entendió que la vida es una sola que la vida se le puede escabullir un rato, un tiempo, mucho tiempo, pero al final la cuenta es igual, es la misma.

Ese amanecer le hizo entender lo poquito que es el hombre ante sus propias apetencias y deseos incontenibles. Ese día entendió, ante un sol nunca por él visto, que el hombre no debe traspasar las fronteras de sus propios instintos retorcidos ímpetus de algunos sentimientos no perdidos.

Ese día empezando el mar y saliendo el Sol terminó entendiendo nada. Ese día, día eterno y naciente supo que de él nadie se ocupaba y que él podía valer lo que de ahora en adelante él solo podía hacer. Aquel día supo, entendió y sintió la falta de algún amanecer tronando. Ese mismo día, al mediodía y a la orilla del mar caribe se dijo: Si yo fuera Poeta y miro a Julio Cortázar con

una romántica y husmeadora cachimba. No mejor que lo de los mojones de su pueblo, chuparse todas las inspiraciones de todas sus generaciones y además chuparles toda la sabiduría a todas las bellezas regadas en esta bolita del mundo. Yo viví esto. Ese día también pensé. Me voy o me quedo. Cualquier cosa o decisión era eterna y definitivamente fatal.

—Jamás traicionaría a sus amigos o camaradas. Nunca supo de esos códigos escritos estatutarios, más bien fueron pactos de una muerte que ninguno de los

pactantes creía o querían ser mártires de una mierdera desconocida. Es más, desoñoda.

El mar, aquel inmenso mar, aquel intenso ruido silencioso y eterno. Aquella suprema incógnita con su profundo azul lleno de no se sabe que, arrastrando canciones de notas intensas y sonidos guturales llenos de burbujas de un eterno vaivén enternecido por una brisa de sabores táctiles, cobijante de ternuras prestadas y miedos tumultuoso.

Ese mar de hocico de forma plana y lisa, con aliento de monstruo dormido e inigualable colores y barcos juntos a bajíos bramantes de una bravura lerda, maranta y lúgubre en ese mar lleno de eternidades sombrías y esperanzas ciegas.

De su vientre salía un cantar de animal furibundo de regocijo, paz y armonía en sintonizada ecolocación sin prisa y sin angustia compasando a la muerte, desfilando al amor perfecto. Ecoloca-

ción del adiós, de ir y venir, procesión a la espera, angustia de sentir y no vivir.

La vida la anestesia todo aquello lleno y vacío, claro y penumbra, daltónicos e indefinidos visores, querer y desquerer, andar y desandar sin dejar la huella atrás.

Sombras pasajeras de un sol en la mera mitad del cielo. La mollera arde, hierve. Pensamientos retostados aún sin calcinarse. Cerebros y mentes tapadas.

Miró y vé cavilando sin cavilar. Los recuerdos no dan señales de vida, como no querer vivir.

El mejor capital o tesoro de la mente y del hombre son los atesorados recuerdos. Lo demás es pasajero. Ellos son eternos. De ellos se viven. Vencen la soledad sombría, abriendo caminos a las esperanzas, el amor perdido al vencido lo devuelve vestido de algo vencedor.

El aire para vivir y amar. La luz sobre las tinieblas. Lo bíblico en segundo plano. Uno se llamaría día y otras se llamarían noches.

Le acordó la persecución de aquel instante tenaz y brutal, creyó haber leído esa frase en el copo de algún azul copulando con el mar, amándose ambos en eterno y lentos movimientos aquietados por su misma elocación brillante y segura, firme como todo lo creado por algún Dios cargado de supremas verdades y dulces mentiras. Que sería de la verdad sin la mentira o a la visconversa. Un silencio a voces y ruidos melancólicos precedían a lo más parecida a una adivinanza, no saber a dónde va.

No entender aquello de la elocación que los animales marinos deben dominar a la perfección. Equilibrio universal donde el más desequilibrado e inventor de guebonadas es el hombre. Que echa a perder todo, incluso a las mujeres, excluyendo sus goces.

Ese día no quería pensar en ellas. Amaneció sin balas. Atrás del recuerdo viene la aventura el Crak del existir. Regresa a la resequedad y aridez de su niñez. Cuanta sed padecida para acabar en medio de tanta agua. La boca reseca de la saliva ausente y gastada sabe a lo amargo de adentro y lo salobre de afuera.

—Cuantos dientes tendrá un Tiburón. Se preguntó en silencio. Sintió que los testículos le subieron desde esa pequeña marusa o arrugado Mapire hasta el mero Cogote.

En el fondo de azul infinito, en el más infinito buscó con nostalgia el poema inexistente, el poema extraído y arrastrado por el viento de una hembra brisa. Ambos le dieron fuerzas e inspiración para buscar sus ojos y un solo destello al celestial ilumino su mirada perdida.

Amontonó los recuerdos convulsos para no morir sin ellos. Sería una traición no cobijarlos ante el manto de la muerte. Sintió que la cabeza le era poco pá adjuntarlos, pero el tiempo igual de corto para que llegaran a ganarle la carrera de la muerte.

Ante el cielo inmenso clamorosamente y en silencio le pidió un chance a la muerte.

—Necesito un tiempito más, no te fijas en mi ahora.

—Quiero vivir para amar a alguien.

—Si no me lleva por ahora te prometo meterme a mono cuco y jamás me fijare en ellas, porque cuando uno les dice: Déjate de vainas, mira que tú eres la mujer de mi compadre.

Le dicen a uno: ¡Nojoda! Chico, yo no soy de nadie, nadie me ha comprado.

¡Su palabra vaya adelante! Le socarronea uno y empieza el Peo.

Aquella embarcación tipo Chalana, si la llegasen a ver desde lejos parecía un pichón de ballenato muy joven navegando en alta mar. Así lo recuerda ahora desde la sosegada posición que le proporciona un viejo Chinchorro en su tercera edad. Y es en ese estadio de la vida que le agolpan las vivencias en la mente, convertidas en algo así como los cargos de conciencia, por andar jugueteando con la muerte en una aventura y rogando a Dios que no le quitara la vida, pidiéndole una ñapa o una pequeña plusvalía, una ñinguita de vida.

Pero se dijo que aquella tortuosa, lenta y enmascarada agonía, tenía que ser la paga por la vaina que había echado. Aquello de matar un policía todos los días en las calles de Caracas o en cualquier otro pueblo interiorano de la Provincia venezolana, cuando era miembro de las Unidades Tácticas de Combates (UTC).

El peo del descarrilamiento del Tren turístico de El Encanto, el fusilamiento de Iribarren Borges,

jefe del Seguro Social en Caracas, el fusilamiento de Enriquito Loyo en Cabure, el ajusticiamiento de José Domingo Coronado, la emboscada del Jobo en la curva de la Uña en el San Luis de la Sierra falconiana, donde murieron todos los militares y se llevaron todo el armamento, pero murieron una viejita, una muchacha y una niñita, cruzadas por las balas “revolucionarias”.

Rememoró de cuando una Concha en el Guarataro en Caracas, su Camarada le preguntaba “Y ahora donde vamos a matar al policía de hoy”. ¡Coño, mano! Pá esa vaina me despertaste, vamos a descansar, sigamos durmiendo, a ese guebon le damos bollo después, pajuo.

En aquel naufragio en alta mar donde no sabía de mares, de corrientes marinas, donde el canto existe como ruido y no se escucha nada, llegó a una fatal conclusión ante Dios y mirando al Cielo se dijo: “No joda, que bolas tengo yo, pidiendo otra muerte si esta es la que merezco, tortuosa, lenta, moribundante, penosa y a pellizcos. Tengo que pagar tanta vaina que he echado. Y eso que evadió ciertas cosas porque ni su propio recuerdo quería recordarlas. Así serian de macabras.

Su vida era un permanente recuerdo como todo naufragio en tierra. Optó por hacerse una autopsia todos los días. Era un viaje a su yo interior, a sus vísceras, a sus tripas, a sus sesos. No dejaba hueco de su vida que no recorriera en sentido regresivo. Su vida era un cavilar eterno sin llegar ni hallarle orilla a nada. En una oportunidad con-

quistó una novia y cometió el error de preguntarle al Cabito Julio Chirinos, como sería la mejor manera de hacerle el amor y este le dijo:

“Chico tú lo que tienes es que darle marusiao.

—Como es eso, le preguntó.

Bueno a la zurda, a la derecha, por abajo y por arriba, y de vez en cuando se lo ruciáis por el medio.

Y quedó en el aire como en todo. En el fondo era un ser virgo e incontaminado, aunque lleno de sabiduría iconoclasta.

En su constante peregrinar hacia adentro se adentró a su yo, su ego y recuerdo, entendió que la filosofía de la vida está determinada por el eco inmortal de la misma vida. Siempre se sintió atrapado entre la vida y la muerte, sino en su eterno trajinar

su imaginación trillaba a practicarla como estar preparado para cuando se enfrentara a tal o cual contingencia.

—Dios no nos hizo en serie sino en serio. Se reprobó en silencio.

Nunca se separó de su mente atiborrada por imágenes de una guerra ficticia donde los chafarotes atropellaban sus pensamientos mirándolos en un pasitrote eterno de aquella revolución perdida, la idea de ser un potentado esotérico para disponer de chicas masajistas que ayurvedicamente su mente no siguiera descompasada.

Los sentimientos no siguieron agarrotados y le equilibraran la kundalini o la energía. No tenía

enfermedad de cuerpo, pero sentía que algo esotérico lo imantaba, halándolo hacia cierto misterio. Miraba el cielo y miraba el mar, no tenía otra foto en la mente. Aquellas aguas caribeñas le hacían muecas para tragárselo. Se habrían bocas dragonianas entre olas y olas llenas de tenebrosos bajíos y bahios pulverizantes a sus propias aguas que le caían vueltas polvos húmedos sobre su rostro.

Fue en esa hermosa mañana que se hizo por enésima vez un juramento respetado cada vez que lo invitaban a cierta aventura atraqueril.

—Este será el último atraco que hago, lo juro por Dios y mi Madre.

Cuando sus vísceras oían esta silenciosa proclama se retorcían de un miedo tenebrosamente hueco. El miedo oculto en su expresión más humana y valiente. Al perseguir un imposible es posible conseguir la derrota o la frustración; es la metáfora del hombre viviente en la aventura. Es la verdad relativa que él no terminaba de mitigar. Sobre aquellas aguas resolvió la perfecta justificación a sus actos, al autodenominarse como un exiliado económico y sin futuro por las vías convencionales aun en su país que lo llamaban propio y exacto de los venezolanos.

Esta operación le parecía acorde con su retiro, dado que se llevaría en los cachos a cuadra y media de objetivos: Tres joyerías, dos bancos y tres casas de cambio de donde saldrían costuriados con dólares, joyas de diversas presentaciones,

pesos, florines, bolívares, libras esterlinas y otras menudencias que seguramente irían aparecer en el grueso botín que de seguro se llevarían de aquella isla caribeña.

—Vale la pena. Se dijo a manera de íntima conclusión.

En su mente solo vivían variante de su mente desastrosa. Todas las vueltas mentales parecían tener un destino horrible. Sentía que Mefistófeles y todos los

malignos padres de las mentiras que joden al hombre pecador, habían construido en su accidentada edificación humana.

Se acordó lo que alguien cuando carajito le dijo sobre la muerte: “Solo hay dos muertes, una roja y otra blanca, el lugar marcado de su último destino”.

Empezaba a divagar hasta el punto que una vez gritó muy duro y fuerte; ¡carajo! que me importa si el río Éufrates se seca. Me jodo si el río Mitare deja de correr.

Allí fue que entendió y todos sus compatriotas lo certificaron, su sabia locura.

Optó por leer la Biblia y no encontró a Dios sino a Satanás en su asalto final al mundo. Descansó cuando leyó el libro de Timoteo que dice: “Cuando el hombre es pendenciero, pagano, ladrón, puto y corrupto que se venderá por cualquier guebonada y no le temerá suicidarse colectivamente.

—La fuerza del mal es la mayor del mundo. Le

dijo una voz que parecía salir del fondo de aquel mar, cómplice de amor y otras cosas.

Seria por ello que se le retorció el cuerpo cuando se acordó de aquel jueves en la tarde que mató a cinco carajos con una pistola Brolins calibre 9 milímetros. Le hizo seis tiros porque el último fue de gracia en la sien, al último policía que moribundamente hizo un gesto de llevarse la mano hacia la cacha de un viejo revolver. No les dio tiempo ni de sacar sus armas. Los midió en tres minutos y los aniquiló en treinta segundo.

Se llevó las armas en una talega que escondió en las cruces y río arito, cerca de Biscocuy en los límites de los estados Portuguesa y Trujillo. Duró fugitivo varios meses y hasta lo hicieron por muerto hasta el punto que el Flaco Prada, le instruyo a Caracciolo León, jefe de alguna guerrillita de estudiantes de la ULA, pintar grafitis pidiendo que el tipo apareciera. En ese tiempo fue que conoció el pueblo llanero, de un falso profeta, un carajo de oscuridad, lleno de aparente luz.

Igualmente supo y entendió aquel día que él era feliz y nunca lo supo; es más, entendió no sintió, no lo entendió, pero lo disfrutó. En aquel recordatorio fue que se acordó la vez que escuchó, porque así lo dijeron en su caserío de tres casas donde nació, que en Macuca había parido una Burra de un hombre, que la cría era medio pelúa y medio peláa, medio oreja y sin oreja. Él se creó esa imagen de aquel espécimen y sintió temor, dado que en mas de una oportunidad le hizo el

amor a la susodicha.

Pero aquel dilema desprestigiador de la hombría colectiva la resolvieron los lengualargas al achacarles la paternidad del pollinito a Valentín el tamborero de las

masas. El más pendejo y lo más insólito es que aquello generó un escrito en las tres puertas de las tres únicas casas existente en su villorrio.

Yo me meo. Jamás supieron la autoría de semejante autocritica, pero en alta mar se creyó con licencia de apropiación de bienes ajenos, tal como los piratas asaltadores en todas las islas del caribe, cual Cristóbal Colon, porque fue él, según narrativas cedulares de entonces quien nos trajo esas manías, porque nuestros aborígenes, habitantes de toda esta franja caribeña, eran de los más honestos, hasta el punto de que el oro lo regalaban y se revolcaban en él; incluso, el petróleo que lo llamaban Mene, cuando brotaba de la tierra se lo untaban en las descomponeduras y picadas de bichos ponzoñosos como cacuros, culebras y especies del tipo de lo más desconocido, pero Cristóbal nos trajo sus barcos llenos de náufra-gos, contrabandistas, proxenetas, tramposos, jugadores de dao, volteaito, bacará, carga la burra, treinta y uno, tute, truco, además de engañadores y faltas de palabras.

Es más, Quintín Moya decía que el primer burdel que existió cerca de su pueblo en una playa caribeña lo instaló Rodrigo de Triana, cuando agarró la madre arrechera porque Colón le robó su

triunfo, su premio y su Pensión Vitalicia que la Reina había ofrecido a quien descubriera Tierra Firme. Y ese día cuando el divisaba desde la misma Vela del Barco mayor y dijo: ¡Tierra, Tierra! Bajó corriendo a la Cocina y le dijo a Colón: ¡Me gané las monedas de oro que ofreció la Reina y estoy rico! Vi Tierra, sentenció.

El gran coño e madre de Cristóbal se engaluchó escalera arriba y efectivamente contempló las costas de paria, miró hacia abajo donde iba Triana y le dijo: “Que pasa Rodriguito eso lo divisé yo y lo contemplé toda la noche, quien me quita lo bailao”. Este fue el primer acto chorenil en tierra firme. De tal manera, aquel robo histórico sería como el inicio de la tramposería lumpezca que caracteriza a todos los gobernantes y gobernado en toda nuestra historia republicana y pre-republicano.

—Estamos justificado históricamente como expropiantes de vainas ajenas. Argumento algún miembro de la expedición, agregando que siempre estaremos condenados a la búsqueda del dorado, de un premio, un tesoro, a alguna suerte o al cuanto hay pá eso.

Lo del Burdel es de lo más iconoclasta, porque desde aquellos malhechores pasando por el difunto Julio Jaramillo hasta estos invasores modernos, llegado de lo más hondo de la serranía venezolana a expropiar en las exóticas islas de Caribe, lo primero que preguntamos al llegar a nuevas y desconocidas tierras, fue que donde

quedaba la Zona de Tolerancia, el sector de las muchachas, la esquina de los oficios fáciles o las mujeres alegres y ¡carajo! Complacientes.

El putero mayor de la guerrilla mayor de la guerrilla de Venezuela fue Magoya, hasta el punto que todos los riales de los secuestros de Magallón, Fornataro, Miguel Moor y otros gallineros, se los rumbeaba en los burdeles de Barquisimeto, el 7 Rojo, el Candil y Boconó. Allí quedaba limpio, pero encabronado hasta lo más hondo. Es más, algunas damiselas se hicieron militantes, militantes de la rumba y el guaguancó. De paso, les organizó un Sindicato que luchaban contra la prostitución y el hurto.

Nunca se había detenido a pensar en la frase de ¡Tierra, Tierra! Como aquel amanecer en alta mar. Nunca deseaba tanto como ahora, que algún miembro de aquella banda revolucionaria hamponil, gritara o susurrara aquella frase. Nunca, nunca, pero jamás ni nunca deseó la tierra; ni cuando se la comía en terrones, sacados de la pared del Rancho donde vivían en aquel campo, donde jamás conocen la Mar. Como dicen los serranos, nunca debió pensar pasar tantas horas sin pisarla, sin cagarla y menos sin preciarla.

El suelo, dicen algunos cuando te ven care sin entender lo que vale o significa un trozo de aquella cuando no se tiene, cuando se está lejos de donde nacimos, cuando falta su imán y fuerza para levantarse, para vivir, para pisar duro y decir:

¡Nojoda! Aquí mando yo, esta tierra es mía. Aquí

sigo en la jodedera, en el amor y en el desamor. Tierra que me has de tragar no me dejes ahogar. Su imaginación andaba como andaba la Chalupa, que navegaba al vaivén de los pensares volantes de una vida dragonianas, demasiada exaltada por los galucheros vividos. Imposible exaltar tantas emociones, tantos exaltos, tantos recuerdos contenidos en una sola cabeza partida en muchos pensamientos y arrecostados en un chinchorro agujereado por trifulcas y peos de diversos indoles. La tierra de sembrar mi Conuco, la tierra de mis ancestros. Pá que quiero dólares, prendas, dinero mal habido, felicidades y goces pasajeros. Pá que quiero riquezas y efímeros disfrutes, solo por el ego del desenfreno, solo quiero tierra.

Cuando asomará flotando en este inmenso pozo de agua infame, llamado Mar Caribe, la prometida isla cual inmensa Chilampa, flotando y brotando de sus sipas heridas y diversas. Cuando veremos y tocaremos un árbol inmenso como el Curumo del cerro cabureño, sestear bajo su manto. ¡Carajo! Abrazar su tronco, recibir su fuerza y gritar: ¡Que más quiero ahora si soy rico! Aunque no tenga ni un chelín.

Ese día que no se sabe de cual semana, fue que le pasó un hombre por el camino real y le preguntó, porqué después de viejo pensaba tanto. Increpándole sobre recuerdos tan pendejos de los que vivía. Le afirmó que al derrotado como a él, solo le restaba desvivir sin joder. Además, sus recuerdos eran como la polilla: Plagantes.

Le aconsejó que hiciera como el hombre de la meseta, creyéndose un rumiante como las vacas repasadoras de hierbas, dado que era la única forma de rumiar el

tiempo, puesto que cuando siendo carajito todo lo comido lo vomitaba hasta su boca y no lo arrojaba, sino que allí lo disfrutaba remasticandolo hasta recuperar cierto gusto perdido. Era rumo y lo sigue siendo.

Tenía todos los huesos desajustados de tanto temblar su cuerpo, algo incontrolable, temblaba por el temor ancestral a la mar como todo serrano y hombre de montaña. Luego el temblor por saber todos los riesgos de toda operación armada y hamponil, aunque la disfrazaran con el verbal “expropiación revolucionaria con fines nada personal” y el temblor de un frio caliente por el mar bravío. Por ello aquel amanecer en alta mar fue de lo más incognito, fue la luz auroral lo más terrible que pudo haber visto en su enorme y larga vida, aunque no tenía ni treinta años.

Fue un amanecer a la deriva que también lo hacía temblar sobre una sábana de agua empelotada y falsamente engañadora, dado que parecía dura e insondable, pero se tragaba todo, parecía azul y no era, parecía dulce y era un caldo de sales terribles, parecía sorda y muda, pero rugía fantasmalmente y era el espanto más enseretonado que llegó a ver.

En algunos momentos, sino en todos, anduvo envanecido, encalamocado, desorientado y total-

mente destimпанizado. No sabía más que por la salida del Sol a un costado de la Chalupa que le servía de navegante quedaría al Este, si el curso de Topografía que le había dictado el gordo Honorio Navarro había sido exacto en los puntos cardinales que iban partiendo con el Pico de aquella el rumbo norte.

Al este de aquel amanecer en casi volvía la noche, porque se levantó de lo más hondo y lejano una turba ennegrecida que se vino encima de los cinco ocupantes de la Chalupa y en cuestiones de minuto se desparramó un aguacero celestial, que le pegaba duro en las espaldas y hacia ciertas tacitas en la mar, levantando algunos salpicaciones menudas con tronidos retumbantes que les empapó maestralmente con sus aguas frías y enfermizas.

Parecía la misma lluvia que le caía a la tierra de su Sierra, donde se había hecho picador de leña, arriador de burro, amamantador de becerros y ordeñador de vacas. Pero era una lluvia sin tierra, buscadora de esta para preñarla y fertilizarla, pero solo encontró aquel inmenso pozo de agua, para juntarse ambas aguas y ahogarlos en lo dulce arriba y lo salobre abajo, buscando semilla para conquear la comida que añoraba en aquel diablar convertido en lodazal.

Descubrió que era la misma lluvia que conoció desde niño, pero lo suyo era otro andar. Los huesos le sonaban más en traqueteo coyuntural. Sería su esqueleto aflojado y desajustado por lo dejado atrás y por lo que le restaba andar. La lluvia que

inspira y sosiega desde siempre; el agua calman-
te del manantial, la misma mojante y disolvente
de tajos e ilusiones, la prometedora del más allá;
pero esta lluvia del
mar, parecía no despertar, no querer más que tie-
rra como él mismo deseándole en su Sierra para
sembrar y amar.

En ese preciso tiempo se sintió huérfano del des-
tino y del futuro. Solo este mar en su incógnita
bola azul pudiese ocultar tanto sufrir, tanto do-
lor que asusta la lluvia, la misma que llenan los
charcos donde beben los sedientos habitantes
de las inhóspitas tierras donde nació y se crió la
esperada con ansias por el campero arruinado
por el verano seco. La norteadera, dicen cuando
caen las primeras del año anunciada por el retozo
y enrruinaje de los diversos animales que entre
gozo y retozo se hacen el amor, mientras el Cho-
corocoy, el bachaco mayor caletea diversas hojas
y se mete al campamento, revolcando y destro-
zando lo que se le atraviesa.

Ahora si va a llover porque los bachacos andan
en maná. Siembren en seco para que la cosecha
nazca pareja y se le dé pareja; además, San Isidro
no se pela. Recordaba las predicciones del tiem-
po en boca de la vieja Olaya. Pero esta lluvia en
alta mar, esta agua con agua para que serviría si
aquello estaba lleno y pleno, algo espacial y sin
caminos, veredas, agua con agua y con sed.

Parecía la lluvia salvadora cuando Ali Gómez
García (el Vargas) después de aquel encuentro y

emboscada con el gobierno se quedaron sin agua y casi moribundo invocó las animas del Ché Guevara y Simón Bolívar: ¡Animas benditas! Ustedes que fueron guerreros no dejen a estos que fueron sus hijos en esta lucha por la misma libertad que ustedes murieron.

Y en pleno sol, en pleno verano, se puso una nube grisácea y cayó una garuíta de escasos minutos que solo dio tiempo a Dolores Perdomo (Bigo) sacara de su Morral el plástico carpa o campuche como le dicen los Faracos, tomándolo cada uno por las puntas, haciendo una especie de charco y ocurrió el milagro: Represamos un poco de más de dos cantimploras de agua salvadora, quitadora de la sed y borradora de la huella y la chaza o el rastro, impidiendo así que el ejército nos localizara.

¡Son vainas! Le decía uno al otro cuando trataban el tema en teorizaciones ridículas, de imitadores bisoños del marxismo leninismo, pero cuando estábamos apretados ya punto de que nos jodieran decían: “Aquí tenemos que sudarla y solo Dios nos salva”. A esos personajes los veía haciéndose la señal de la cruz y encomendándose al Dios bendito cuando se iniciaba una operación o cuando nos sorprendía una Alcabala o un punto de control policial militar, en alguna curva de carretera con los carros embutidos de armas, con papeles falsos, cedulas y otras constancias de trabajo, cartas de buena conducta, carta policial, referencias comerciales y algún carnet de alguna vaina, montada por el falsificador mayor,

apodado Lauria, un Maracucho apadrinado por el Cabito, a quien le encantaba caer preso en un carro chimbo que nunca la policía sabía a quién se lo habían robado, porque los seriales del motor y carrocería se lo habían vuelto sebilló a punta de Troquel y Martillo: por lo que terminaban convirtiendo a aquel flamante Fairlane 500 en Patrulla, donde recorrían las calles de Barquisimeto, Duaca o el Tocuyo.

Era hasta familiar oír decir al Flaco Frank y a otros guerrilleros cuando veían a la policía flamantear aquella nave. “Allí van los coños de madre en el carro del Cabo”. Y entonces a este lo sacaba Fausto cuando era abogado de los pobres dispensadores de atraco. Para seguir la revolución, Fausto los sacaba de la cárcel, del Retén policial o del secuestro como a David Nieves o al Chamo Andrés.

El atraqueril operativo en la Isla había sido preparado minuciosamente con la participación de once venezolanos y tres tupamaros. Antes habían operado en Colombia y varias partes de Venezuela, incluso en Paraguaná donde el mocho Pichirilo era informante y retaguardia. Además del profesor Jaime Rodríguez, quien era piratisimo y de malas conductas éticas, puesto que se volvía belicoso, agresivo y bocón cuando se metía cuatro ronzasos por el pecho. Cuando eso ocurría, todos se corrían de la casa, dejándolo solo y allí es que se desvergajaba coñazeando paredes, tirando tarraos, tronches y lanzando consignas contra Dios

y renegando de todo lo oficialmente establecido. En la planificación pre operacional, algunos miembros del equipo, así denominaban a la banda atracante, como forma libidinosa de justificarse históricamente. Habían viajado en avión, otros en otras lanchas de mejor calado y lujo llamados Botes. Y habían salido desde varios puntos del país, dado que, para la retirada seria de otra forma por la rapidez de la misma, por lo que disponían de Superrápidas adquiridas con anterioridad, pero para la ida les tocó esta tortura en esta llaga llamada Lancha, y lo tomó como la ración del pendejo, siempre bailando con la más fea, tuerta y coja. Según el Camarita, pendejo es pendejo hasta en la revolución. ¡Puje, pero no llore! Se dijo, el que busque su mal, vaya al infierno a quejarse.

Lo más triste y gris para él era cuando desde el viejo Chinchorro contaba estas historias a los muchachos que se burlaban suyo, llamándole mentiroso y cobero. Le hacían arrecharse y en saltos avejentados enrostrabale una larga lista de mujeres que había tenido y los treinta y tres virgos sacados a hembras virginalmente entregadas a su sementalidad vernácula venezolana y ahora caribeña. Por ello sería que perdió los estribos de la paciencia y del carácter y les peló por un viejo Fusil 7.62 de calibre, culata plegable de calamina una parte, mas livianos que los de la emboscada de El Jobo y La Uña en la vieja carretera San Luis – Cabure.

Gritándoles les dijo: “Esta vaina es el mismo Fusil capturado en el encuentro y emboscada de

Caño Rico – Las Guabinas en la Lara, por la guerrillita donde anduve.

Pero después fue que nos metimos en peos fenomenales, mejor dicho, Mocho (Así le decía al Fusil Automático Liviano FALN). Casi pelea solo, dado que cubría la retirada del equipo en las operaciones y también era quien habría fuego, como cuando paró el primer carro blindado bajándole el parabrisa a ráfaga limpia y no nos llevamos el botín una vez más porque el gato se cagó.

Aquellos imberbes, casi privados le decían sin respiración corta: “Usted ya no tiene fuerza para esas cosas, eso es pasado, ahora los revolucionarios somos nosotros y tenemos un líder galáctico y supremo.

¡Sera líder y galáctico de tu Madre! Ripostaba, mirando el ocaso de sus recuerdos y no se cansaba de decir, aunque nadie lo escuchara: ¡Mientras esté vivo la causa no muere! Vaina de toó pen-dejo. Escribió otro día, hambriento de muchas hambres. Nunca escribió sus recuerdo y memorias, porque no sabía cómo hacerlo. Según decía, considerándose algún libro abierto. Hablaba de batallas, por pequeñas escaramuzas, pero fueron arrechas en su tiempo y lo llamaban bandolero, lo que terminó gustándole porque en la guerrita donde participó, le zumbaron palo a todo mogote. Causas de fuerza mayor lo fueron llevando al repliegue sentimental ya que lo existencial estaba desprovisto hasta del olvido. Había días que se sentía como fiera herida.

No desconfiaba de nadie, pero todos eran sospechosos. Nunca conto los días de guerra, puesto que jamás supo si había terminado o si en realidad la habían llevado a cabo. En sus trifulcas mentales no tenía quien reclamarle, creyéndose autor consciente y no mercenario de cierta revuelta, por lo que deambulaba por las noches y dormía de día rememorando aquella travesía de pirata naufrago a la deriva, sentado justamente sobre un paquete contentivo de un FAL mocho con cuatro cacerina o cargadores de repuesto, que sería una vez más el garante de la contención y para cubrir la retirada operacional.

Era lo más parecido a la costumbre meter el FAL culata plegable en el estuche de un guitarrón parrandero, pararse en un flanco del objetivo operacional con su guitarra al hombro cual bohemio serenateando. Si había emergencia presentándose el enemigo sapo, soplones, policías y sucursales, pelaba por el Fuco y rociaba magistralmente al bojote.

Estaba considerado como un maestro en el manejo del FAL, sacaba un tiro en ráfaga o automático, rafagiaba ambidiestramente con una sola mano y desgranaba vidrios completos a más de una Patrulla vehicular, para garantizar la retirada de sus compañeros sin un rasguño, le tenían confianza y era toero en la acción. Podía servir de asalto o de contención y confiaba en su pulso y sus compinches camaradas; más aún, en él.

Aquella lluvia caída desde un cielo descampado le hizo entender que esta, la tierra y el aire an-

dan juntos. Sintió lo cerca del hombre con el cielo, lo fácil que es tocarlo, sentirlo y vivirlo; solo, que hay momentos difíciles de percibirlo, porque aquella era una lluvia, pesada, dura e hirviente cuando caía en el lomo o la espalda, en la cabeza casi la perforaba y hacía un ruido extrañamente fuerte cuando caía en la pequeña embarcación y en los tronches viejos que tenía el viejo Lorenzo, para sacar el agua que se iba empozando en la mera mitad de aquella “nave” la parecía estar detenida en un lugar fangoso y a ciegas.

Fue allí donde entendió que la muerte no tenía sitio fijo para esperar al hombre. Creyó y así lo dijo en voz alta que aquello sería lo penúltimo en su vida llena de sed en medio del agua y oscura a pleno día. Sentía el alma seca y no le pertenecía y parecía innecesaria en aquel vacío triste como el hueco en que lo hundieron las olas creadas por el buque petrolero en otra alta mar.

La incertidumbre creada por las lluvias y lo oscuro de aquellas nubes negras rosándole las cabezas y confundiéndose con la planicie de la mar, creaba la unión macabra del cielo con todo lo demás y lo hacía tenebroso e infernal. Allí conoció al diablo, lo tocó, lo miró cagado de la risa sentado en el piso de la cayuca en que navegaban.

El silencio era tal y tan espeso que solo se rompía cuando habría los ojos poniéndose las manos como vísceras sin aguantar un minuto ni un minuto porque el goteraje de la lluvia golpeaba duro; y el frío ardoroso, empezaba a tullirles el cuerpo.

Ayer combatimos como buenos guerrilleros, hoy moriremos como pendejos, dijo un Flaco Frank ahogando su voz en el viento y en el agua y allí se desato un fuero sobre la muerte y la forma de seguir recibéndola en aquella soledad tan honda. La muerte es la misma donde se pare. Hay que sentirla y vivirla para cuando a uno le toque; es más, nace con uno, anda con uno y sigue a su lado más allá de la misma, es lo más parecido a la propia vida y hay quienes en el más grande clímax de amor y sexo, gritan: ¡Me mueroooo dios mío señor! Somos náufragos de Dios, la santa hermandad se la llevó algún ser desconocido.

Los desajustes que sentía en todos sus huesos de todo su cuerpo le hacían sentir cierta frustración de vivir. Aquello debería ser lo más exacto de la muerte a quien optó por no temerle y la abrazó carnalmente, la hizo suya y no la dejó salir de sus brazos, empezando a vivirla en todas sus expresiones, por lo que la sudó, la acarició, imaginándole tan en sus poros y en su sangre, que al cabo de un rato de tránsito raro por ciertas estaxis de amor, de olvido, de odio y de sentir su calor y besos fue que le miró caminando sobre el mar duro y tieso cual libélula.

Pero lo más grato de ello fue sentirse en el regazo de la Pelona, Así llamaban a la muerte en su villorrio, hasta el punto de ver aterrizar en su pecho un enorme Garzón rosado, parecido al que llaman Flamingo rojo en las costas de Falcon. Abriendo un enorme pico con hedores a diversos tipos de

peces, sipa, gusarapos y otras mierdas. Le miró su enorme Mapire o Marusa, donde fácilmente cabría acostado y allí viajaría en otra travesía, seguramente por los aires, aunque facultativamente aquel animal patón podría hacerlo caminando a flor del agua. Le miro honda y profunda su garganta de alientos extraños cuando se fue engrinchando, estirando alas y encorvando sus enormes patas, quedándole su enorme pico de lo más estirado sobre su cara sin aliento, ocurriendo el milagro celestial lleno de la más absoluta ternura material, cuando aquella enorme ave en medio de movimientos rituales, empezó a darle leche en su moribunda boca, en su desalentada boca.

Era una leche con sabor a pescados diversos, una leche que no alcanzó a ver, pero era leche salvadora y tierna, la leche de la muerte dándole vida. Se acordó moribundamente de otras leches malaltosas llevadas de la Alianza Para El Progreso., a la escuelita donde le decían ser enviadas por un presidente gringo. La del Garzón Flamingo sería pastosa y escamosa con sabor a sambumbia preparada con arroz y espagueti repicado y poca sardina de las enlatadas por el difunto Alejandro Hernández y Cia. En latas tubulares, rotuladas y denominadas Mar y Chaima. Conduccio infaltable en los campamentos de la otra tormentosa guerrillita de sus tormentos, de sus otros sueños, de sus otras aventuras y de sus otras muertes.

Esta muerte flaminga y aquella leche de pescado eran tan transcendentalmente vinculante por lo

que sintió su amancebamiento endulzorado y descubrió en la muerte lo más esencial de la vida misma. Supo que la razón por la cual hy grandes carajos que joden más, después de muertos, es porque nunca vivieron y fueron perjurios e inconversos repecadores en su mar de falsedades discursivas. A partir de allí vivió entre la muerte y la vida y no a la visconversa. Juró no separarse jamás de ella. Nunca más sentiría animadversión por la pendejona, se abrazaría más sus fuerzas donde viva antes que gritar consignas por falsos y moribundo líderes que no son más que enviados por la mala vida como portadores de muertes malas.

Cuando despertó y llegó a la otra vida logró ver y sentir los últimos goterones de la lluvia caída de un infinito que no era tan infinito, detrás de la pared lluviosa saltaban diversos peces arriándola cual rebaño para verla alejar por un camino que esta misma dibujaba con unas chorreras de agua desprendida de un manantial oscuro caminando en el aire entre cielo y mar creando la unión extraña entre aire, agua, cielo y hombres.

Estaba en la posición de Pingüino empollando huevo, casi tullido verticalmente, le temblaba un titiriteo todo el cuerpo, sonándole todas las coyunturas secas, y miró a sus compañeros sacudiéndose el cuerpo y estrujándose algunas ropas. No importa que el sol se meta porque el viento seca la ropa. Querían transmitir ánimo, pero perecían al no encontrarlo.

¡Viva la muerte!

¡Por ahí es el golpe!
¡Gallo gueno, aunque esté tuerto!
¡Mejor es arriar al Burro que llevar la carga!
¡Tó llanero es embustero y si es General no se le nota!
¡Poco a poco pá que rinda el golpe!
¡Mejor amanecer durmiendo que bien comío!
En ciertos pases de luna le daba por pasearse cerca al Camino Real que conducía desde las Guarabas al Báquiro y Murucusa a preguntarle al todo el que pasaba su opinión sobre la muerte.
¡Ave María Purísima! Usted si es loco, nombrando a esa bicha, cara e muerte tiene usted. Decían otros. La muerte es una mujer negra, vieja y esdentada. La muerte se lleva a uno.
¡Carajo! No nombre más ese animal aquí. Es que no tiene oficio ni de que hablá . Métase la lengua en el culo. Le aruño, decía. Solamente Punito ante de la llegada de la maquina enviada por el presidente Gallegos a construir el Pozo en Murucusá, le dijo en momento de delirio lunático: “La muerte se parece a nosotros y a veces es ruidosa y errática”.
Entendió que la muerte es multifacética y a veces salvadora del hombre. Ha sido maltratada, estigmatizada y criminalizada.
Qué pasaría en la vida sino contáramos con la muerte como salida y ruta hacia el enigma e incógnita de lo que cobardemente llaman el más allá. Se ufanaba al asegurar que cuando le tocara morir él mismo habría inventado la receta de la eterna vida como formulade no morir jamás. In-

cluso, teorizaba respecto a una tal encarnación o al menos deberían ser clonados para una vida infinita y muy, pero muy larga. Caviló sobre la muerte salvadora de hombres, que a nombre de la verdad siembran la mentira y destruyen pueblos y naciones, pero como se mueren antes de caer sus caretas de impostores, le construyen estatuas que duran tiempo para ser demolidas, al entender que no eran dioses ni mesías, sino uno roliverios de locos maniáticos y transfor.

Hay quienes desandan y espantan horas antes de morir y en plena agonía, en los estertores del existir les llegan a ciertas personas y los jalonean por las cabuyeras del chinchorro, le secretean los oídos o le dan algunas señales o claves, indicándole el rumbo hacia donde han enterrado sus tesoros, bien sea dinero contante y sonante, prendas de oro y pudiera ser algún testamento como el que prometió un personaje multimillonario serrano, quien desde su lecho de soledad y rico, le ofreció a un Cura y a las monjas de Cabure, dejarle todos sus bienes a cambio del cuido total en sus últimos días. Y así lo hicieron contando que en sus baúles sellados y cerrado estaría el testamento que leerían inmediatamente después de su muerte... Y así lo hicieron. Los católicos se esmeraban en bañarlos por caridad, en vestirlo por caridad, en lavarles las taparas y el culo por caridad.

Aquellos cuidados le alargaron la vida y sus cuidantes deseosos de su muerte, “pá que descanse en paz” rezándole todas las noches, haciéndole ro-

gativas, pidiendo a Dios por su eterno descanso, quemando incienso y otras vainas traídas del Vaticano y bendecidas por el Papa.

Cuando se murió, con exactitud no habían percatado porque no había experimentado ningún cambio. Igual era vivo que muerto, ni siquiera los ojos cerró, por lo que una de las monjas en contubernio con el Monaguillo se lo pegaron con goma de Cují remascada. Al sepulturero mayor y al vendedor de urnas funerarias, les contrato el mismo Cura sus servicios por “caridad” y por fin lo enterraron al lado de la Tumba de un gobernador muerto en otra revuelta, a principios del siglo, colocándole una lápida más que elocuente; con un escrito también elocuente: “Las Piedras paren y las gallinas mean”.

Terminando el sosegado responso de Cura se lanzó la batola al hombro y junto con las monjas fueron a buscar el testamento dejado por el muerto rico, el cual fue leído a Capilla llena, dada la invitación hecha por el Cura a feligreses, ateos, borrachos, vagos y una que otra putica del pueblo.

El Cura le entregó el valioso testamento al Monaguillo, para que desde el Pulpito le diera lectura y a todo gañote dijo: “El alma se la entregó a Dios, el cuerpo a la sepultura, el guebo para las monjas y las dos bolas pal Cura”.

Hubo un silencio de sepulturas y catacumbas. Al tiempo iniciaron algunas redacciones de algunas señoronas haciéndose la señal de cruz. El Cura no tenía aliento y quedó sentado en su poltrona

arzobispal, solo levantó la mirada para ver acercársele a Toño el borracho, diurno, nocturno y eterno Padre váyase del pueblo por caridad:

Ante la muerte todos buscan la salvación y hacen actos de contrición metiéndose una Biblia bajo el brazo y “estoy arrepentido, me le entrego al señor, pregonó la palabra mirando ante Dios el señor”.

Muy bien y los daños que han hecho como dictadores de su entorno como quedan, pidiendo clemencia ante Cristo Redentor ¡No me llesves ahora que me faltan muchas cosas por hacer en este mundo!

—Nada te vale, estas frito y si tienes a la pelucona enfrente acordándote del bojote de daño que hiciste cuando eras invencibles, porque de aquí no nos llevamos más nada que la vida y un puñado de tierra si hay quien la riegue sobre tu inerte cadáver

Recurrió al recurso ideario que tenía en un recoveco de su cabeza, pensando que “los protagonistas no mueren” y el estaba muy creído de serlo dado el hecho real y exacto de habérsele escapado a la muerte de sus propios pisoteos en más de una vez, recibiendo disparos rajadores de su cuerpo, le cayeron granadas de morteros casi en la hamaca, le disparó un soldado a tres metros y el fusil no prendió, le cayó un enorme palo de árbol bijao y no lo mató, aunque lo dejó algo torcido. Lo había picao tres culebras serpiente mapanares y se curó con hieles y miao de varios animales.

Rodó por una inmensa catarata de inmensas piedras y quedó colgado del mismo chorro de agua porque tiró un ternazcon y dentro de aquel col-

gaba una inmensa raíz y hubo que rescatarlo con cuerdas de colgadero añadidos con las hamacas y bejucos de cademillo o canutillo. Le pasó una Danta tapir sobre su cuerpo inerte durmiendo cerca del bebedero de aquella. Salió ileso de un pajonal prendido en la sabana de Maluquito cerca a Ciénaga Linda y Quererepe en tiempo de un largo verano y permaneció más de cuatro horas zambullido en una Laguna rodeada de candela y fuego por los cuatro vientos.

Lo habían revolcado varios caballos y mulas, había tenido diecinueve camorras y en la penúltima le lanzaron cuarenta y dos puñalada con una Pico e Loro y solamente lo tasajearon desde el primero hasta el último botón exactamente a la altura de la tetilla izquierda; a puros lances y puntas enseñadas por el primo Bernardino quien era jugador de palos y conocía todas las pasadas y salidas frente a un puñal o un garrotazo.

La primera lección impartida fue “no pierdas tiempos mirándole el arma al enemigo, mírele a los ojos que por ahí le indica por donde va a tirar, allí es que resuelve rápido lo que va hacer; si se agacha, si brinca pá arriba, si echa pá atrás o se le encima al adversario cuerpo a cuerpo. Esto último fue lo que hizo en aquel trance cuando llevaba lista una cuchilla boyascao en la mano izquierda y se la zampó hasta la mera cache. No supo por donde pudo haberle entrado aquella bestia humana lanzando un chillido grueso y como de tísico, quedando abrazado con él y largó unos borbollones

de sangre envueltas en las últimas gorgojas de aire que había jalado pá sus pulmones.

En otra oportunidad recibió nueve tiros en la barriga y cayó al suelo moribundo, pero se sintió vivo y sin sangre por fuera. Los tiros quedaron abotonados en los seis cargadores de Fal portador en una forniture de tiros. Lo arrastró el río Tocuyo crecidamente casis diez kilómetros y lo dieron por muerto. En la inundación del Charal duró siete días encaramado en un árbol llamado Sangreado sin beber y sin comer. Por último, una Puta del Siete Rojo le dio un veneno llamado Diablo Rojo con Mata Rata en Batido de Melón y ni se enteró que por celos y encabronamientos una mujer sea capaz de eso y más.

Seria por todo aquello que se creía protagonista, recordaba cuando estaba carajito y se aglomeraban alrededor de una Radio portátil a escuchar una novela de “Los tres Villalobos” Miguel, Rodolfo y Macho. O la de “Martin valiente, el ahijado de la muerte”. Todos los días de cada capítulo, quedaba en suspenso, ante una emboscada, una trampa, una virtual muerte parecía inevitable; y allí, era cuando la Madrina Flora se levantaba de su taburete, se sacudía las nalgas y decía: ¡A ese no le pasa nada, porque ese es el protagonista! No le entraba ni una bala, pues.

A veces entraba en trances de cómo había sido su vida de trance en trance, pero estos últimos eran los único que él nunca creyó viviría aun en el ocaso de vida cuando los temblores del cuer-

po y la falta de pulso le hicieron entender lo frágil de la vida, lo efímero del poder y lo pasajero del amor. “El amor eterno” escuchó decir. Nada mas falso, es lo que dura menos porque es lo que más se despilfarra y se maltrata. Nacemos solos y morimos solos, escribió en otra tabla dispareja de los centenares que colgaban del varillaje del rancho donde desvivía sus recuerdos, donde lo único que creía en su pasado era él.

Mi glorioso pasado, mi enorme trayectoria, mis páginas de glorias, le oían los burlescos adolescentes, quienes les hacían maldades y burlas. Le soltaban el burrito negro en el que llevaba lo del conuco y lo llevaba a él con el perro Bolale atravesado adelante en el apero, por lo que al levantarse en las madrugadas el burro no estaba, pero él tomaba aquello con la paciencia que dan las rabias seniles, creyendo que el burrito mismo se quitaba la cabezada con su pata y se iba poco a poco a rebuznar en el otro caserío donde estaba una burra entempiá, por lo que se alegraba abejentadamente cuando lo escuchaba rozar. Alla está. Como yo en los tiempos de mozo no me paraba naiden. Ahorita a mí ni las olquetas me sostienen.

Un día, primer lunes de agosto cuando dicen que pasa una mala hora porque es el mes del diablo, mes de la muerte y el verano. Calor inclemente y sol calcinante se percató de su gran soledad; ese día no llegó el rebaño de muchachos, por lo que se quedó completa la olla de sambumbia guerrillera preparada diariamente. Los sutes no han

venido y los jopeaba, los llamaba y por último, en la tarde lloró en su soledad llena de ausencia traviesa. Soltó un llanto seco cuando miró la comida ensardinada ponerse seca y dura. Así fue que descubrió lo dañino de algunas verdades del pasado que valen más ocultas.

El hombre no debe decir toda la verdad, no es obligado, porque se autodelataba, siendo casi una entrega, cuando pasas a ser perseguido de sus propias palabras y por esta no se mide al hombre sino por su silencio. No le quedó duda del trabajo político ideológico de la vieja Olaya cuando reunió a la muchachera y les contó ciertas pasadas guerreras de aquel hombre.

“Es el asesino más cruel parido por una mujer, mató tantos soldados en la curva tal, mató a otros más en la curva de más adelante, mató a los policías de La Negrita y la Chapa, mató a los guardias de Las Lajitas, mató al teniente Reverón en Pueblo Nuevo, fusiló a José Domingo Coronado sin saber porque y de ñapa se cogió a casi todas las mujeres de esta zona; y hasta yo tuve que prestárselo y más de una vez me lo mandó a decir; solamente, uno de los muchachos fue tímidamente al día siguiente y le dijo: “Cuando me enseñas todas esas puntos de la vida y uno se los lleva a la tumba”. Al mucho rato le dijo: “ya la mente no me da más y el cuerpo no me ayuda. A mí no me mortifica la muerte sino el tiempo que voy a durar muerto”. Siempre se preguntaba la causa de aquellas personas que aun estando vivos andan

muertos sin esperanzas y a pasos ventiaitos.

El muchacho se aquerenció paulatinamente con él y a diario compartían tertulias hasta ciertas horas de la noche, creándose entre ambos ciertos vínculos paternos, incluso recibía lecciones teóricas basadas en un montón de libros que las ratas y ratones habían convertido a algunos de estos en recortes para sus nidos.

—Cuando piensas morir si tienes como 90 años. Indagó el tripón, sediento de luz para sus enigmas.

—Cuando no tenga oficio y no me quede nada que hacer.

La existente es la vida, la muerte no vive, parece una imaginación creativa del hombre.

Aun siendo viejo no se crece. Para crecer es necesario transcender, para transcender hay que tolerar perdonando a los demás.

Nacemos varón ¡Carajo! Pero tenemos que hacernos hombres, porque valen más los dotes que lo intelectual.

Parecía que cercano a los noventa años de vida y cincuenta y seis de aquella revuelta, de la cual sentíase el naufrago mayor fue que asumió haber caminado por rumbos y caminos equivocados. Concluyó que la misma y real cimarronera llevada a cabo para ofrecerle libertad a quienes eran libres desde atrás, no fue más que un desatino de una generación casi perdida.

Iniciaba unas meditaciones acusándose de tener una gran vivencia, pero su alma fuera del cuerpo

y cándida de la más perjudiciosa frustración, hasta el punto que un día trató de enseñarle al muchacho el manejo del Fal mocho y no pudo sostenerlo con sus propias manos, que ya no parecían pertenecerle ni formar parte de aquel cuerpo, gelatinoso, desgarrado y desgobernado.

Se percató de cierta sabiduría perdida en su propia generación, sintiéndose un prominente pen-dejo, ancestralmente heredero de unas lágrimas que junto a sus recuerdos bajaban salitrosas por un rostro desierto y agrietado en las soledades más profundas.

Deseaba de la muerte el más ferviente deseo, catalogándola como la más fecunda aventura de la vida. Ante era lo más temido en el aire, en el mar y en la tierra. Esperaba algo todos los días y todas las noches, algo que no había quedado en venir, pero el esperaba viendo a lo más lejos en un silencio parecido al más importante guardián de aquella imagen tristona más de las veces. Alguna vez se sintió despreciado por él mismo y admirado genéricamente por los demás.

Algún otro día pasó Valentina y lo saludó diciéndole: “Que Dios le dé larga vida y salud”. Sin levantar sospecha que andaba en los preparatorios de mortuoria de aquel hombre y no sospechó nada porque la muerte se la pasaba a diario en el ambiente y el conocía sus pasos, sus olores, sus costumbres, sus andares y alabanzas. Era lo más parecido a él, porque en más de una oportunidad, por no decir siempre, durmió abrazado con

ella. Habrá entendido que a esta no la ha engañado nadie, era demasiada sabia y adivina, lo hacía sugestionado por las animas sin purgatorio alas que les conocía sus voces espirituosas, y aprendió el Mayombe porque sus acentos era lo que le ayudaba a descifrar mensajes y vómitos de los haitones del más allá. De por vida decía que sentía un calor de prasma sintiendo a la muerte como fuente de milagro. Tantas quemazones acumuladas en su alma lo hacían buscar roces corporales para encontrar sosiego y quietud del cuerpo.

“Cuando se va a confesar pá que sane sus pecados y su alma vaya a la gloria”. Se atrevió a decir con timidez el muchacho, como único depositario de sus confidencias legendarias.

Y la falta de roces corporales intransferible en su tiempo lo desvivían en una especie de arruinamiento temporal, pero sentíase renacer simbólicamente, por lo que creía ser un facurto espiritual, dándole por sanear a los enfermos dados. Según él, era hijo del segundo hijo del otro segundo hijo.

En cierta ocasión le llevaron una Púber con fuertes y acalambantes dolores menstruales, tan intensos que le hacían retorcijones en su mismo cuerpo, y le hizo un diagnóstico tajantemente tan claro que él mismo quedó estupefactamente sorprendido.

“Las guerras como rutas revolucionarias hoy son una ridiculez y los Mecías son unos Uros”.

A la niña la impresionaron más de la cuenta, así le dijo sentada en el Puente del Río Mitare, al regreso sin dolores atávicos de otro tipo. Unas malbetas colgantes de su cuello, conseguido y expropiado en la última travesía de las montañas de Quibayo donde algún brujo, mojan espiritista o seretones le había colgado en el cogote a una imagen de San Benito, escoltando la Cohorte de María Lionza, tocando y repicando los chimbangeles llevados desde Burare y Birongo, donde se había llevado a cabo la última tragazón de gorro e tuza y miche andino.

En un rincón del Rancho de su vida, donde parecía haber aquerenciado sus recuerdos y soledades colgaba una tabla rustica con algún Cristo igual de rustico.

“Aquí estoy bien, la vida es corta, inmensa la imaginación”.

Decía no creer en Dios sino en Dioses porque no era ateo. Era pagano y mundano.

La historia y pasajes que ahora contaba las repetía como si no las hubiese contado nunca y confundía las por él vividas con las que les había sucedido a otros náufragos y las contaba como suyas; es más, en ciertos momentos delataba

historias de Bolívar, Páez y Sucre, leídos en textos escritos por ilustres historiadores como si él las hubiese vivido.

Las copas que agarraba con las manos se les caían al suelo, puesto que la artritis ya le hacía estrago y todo su cuerpo era lo más parecido a un retobo

o escorregio de la mal vida. A veces le venían rayos de lucidez tal Catatumbo mental y decía que al libertador lo tenían cierta gente en un lugar incomodo, dado que en su nombre y su libertad habían prostituido a sus naciones, saqueándolas, ideologizándolas, torciendo sus pensamientos o ideas hacia lo más innobles y detestables miserias humanas. Creyendo acercar a Bolívar lo alejan más poniendo en su boca vainas que nunca dijo. El muchacho casi compartidor de sus historias, de rancherías, de amoríos, de aventuras, vivía en su dilema por no saber cuál de estas era verdad y cuál de estas era mentira; es más, miraba su cuerpo esmirriado y su imagen en sí misma, transmitía una mentira nunca imaginada en sí mismo. A él le parecía a diario que era imposible estar vivo, aun sin parecer pertenecer a cierta vida, no le importaba contar los días y los años porque todo aquello era ñapa, sobre giro de la vida.

Siempre le decía a su propia alma que de un momento a otro llegaría sus compañeros a llevarle algo de algo del infinito botín de aquellas acciones heroicas donde habían navegado en dinero, joyas y emociones diversas.

“Hasta pá morir hay que tener suelte”. Sorprendió al silencio de su existir un día medio oscuro para él por la cortedad de su vista que a veces le tornaba la vida en cierta oscurana con destellos de claridad y decía que la luz no le hacía tanta falta porque lo que debía recurrir a diario en su rancho lo conocía al tacto con los pies y no mo-

le estaba ni a la memoria, solo con los brazos y los pies le bastaba.

En cierto momento conversaba con una multitud imaginaria, discurseaba como aquel mediodía de cuaresma que se acordó que últimamente a diario le llegaba la razón de la muerte de alguno de sus antiguos compañeros.

“Hace un mes se murió Roso en el peor abandono y nadie vio por él, a pesar de los suplicios ante el gobierno pá que lo ayudara porque fue un jefe guerrillero d ellos buenos”. Así le mandó a decir “Cara e Guante” al “Pelón” y este rodó la noticia. También a él le rodaron lagrimas escasas, pero gruesas y de un color viejo como los recuerdos que ellas sacaban de lo hondo de su existir de aquella vida larga y tormentosa de la que no se arrepentía, pero a diario se decía que ya no le hacía falta, no la quería, no la vivía, pero tercamente se empeñaba en seguir viviendo.

“De todas formas la muerte es la misma como sea, es una mierda, pero hay un tiempo que debe ser más saborosa”.

Ese relato puso al muchacho a temblar y le gritó: ¡Si usted sigue hablando de la muerte me voy y no guelbo porque yo quiero vivir mucho! Ta gueno, pero yo no. Para mí la salvación es la muelte.

Otro día le llegó la noticia de la muerte de su admirado y querido Baltazar. Murió en el acto como los valiente y volvió a llorar tendido en los recuerdos de sus hazañas sin mirar lejos por aquellos del vencimiento de sus ojos, pero los recuerdos

volaron desde la Curva del Jobo en la Sierra Falconiana donde hubo una matazón de militares, pasaron por Paris hasta un estrecho Aeropuerto en Naiguatá donde había aterrizado un Avión con un gran dinero traído de la isla de Margarita con vuelos rasantes en diversas operaciones de todo tipo, incluso no pudo imaginar cómo había sido su muerte en el Aeropuerto de Caujarito por Maracaibo, llevándose una Avioneta y sin imaginar cual será el plan con esa nave voladora.

En el otro tiempo le llegó la noticia de la muerte de Magoya, le pareció imposible que aquel se hubiera muerto de causa natural o de viejo, menos de lo que le habían dicho, de azúcar.

¡Coño! Tantas balas que le pasaron cerca, tantas culebras que no lograron picarle, tantos farallones, tantos tozos de árboles caídos encima, cuantos machetazos, tanto gobierno detrás de uno y venir a morir en agonía propia no es justo, porque no darían la posibilidad al hombre de elegir su muerte sin suicidio. Es una poesía, una canción, un suspiro, un afán, una tragedia, un alivio, un clarón, una oscurana, nuestra suerte es la muerte.

Creía que nadie escuchaba, sin percatarse que por invención del muchacho todos se aglomaron alrededor del Rancho, puesto que sus años causaban burla en ellos y después imaginaban ejércitos, asaltos y marchas en atención de lo contado por aquel.

“Yo soy guerrillero y yo soldado”. Se decían, galopando sus caballos de palos, tal cual le decían en

la escuela de otros guerrilleros que cuando Páez, el General en los llanos venezolanos. Ahora se escuchaba a los muchachos en su juego literario cuando uno de ellos le preguntó: “Viejo porqué Bolívar el libertador, para liberar a Colombia no se fue por los llanos de Apure y el Arauca antes de cruzar ese Paramo y Cordillera tan arrecha”.

Permaneció mudo un rato por la profundidad de aquella inquietud tan infantil. No se la verdad, que son vainas de arrecho y muy arrechas.

Las noticias de las muertes ultimas le llegaban vía radio bembá, dado que mediante alocución moderna Cara e Guante y el Chino Daza informaba al escaso pelotón restante y cuando él se enteraba en aquel retiro serrano en que vivía habían pasado velorios, últimas noches y todo tipo de funeral, una excusa para no asistir al entierro de sus amigos como siempre se los había prometido; las causas eran diversas, una por sacarle el cuerpo a la tristeza, otra porque le causaba resuello el saber que luego de aquello vendría él; y por último, sentir la derrota en cuerpo presente.

Pero lo más trágico era terminal con aquella imagen del hombre invencible cuatriboliao, alegre, jovial, dinámico, buenmozo, gembreador, parrandero y cantador, convertido en un cadáver cualquiera, sería como un castigo en virtud del cardumen de vainas hechas y se le venían a la memoria los dolores y las angustias que esos ahora cadáveres le causaron a los familiares de los muertos que tu mataste. Se consolaba diciendo: “Era una

guerra y en esta el que no sirve pá matar sirve pá que lo maten”. Pero el decir de otro es vivir.

No quería otra cosa sino borrar o perder la memoria, pero entre más viejo se ponía la mente le era más lucida hasta el punto que miraba al muchacho sin perder el hilo de lo acontecido sesenta años antes sin olvidar ni un nombre de los protagonistas o participante en las acciones menos significativas de aquella revuelta lejana. Hasta aquella cuaresma que él repetía, que por ser comunista y socialista no creía en cosas del más allá, fue que rompió con aquella doctrina diciendo que los comunistas y fascista sin sentimientos eran los mismos que no querían ni a su madre ni a sus hijos y que los comunistas eran peor el hambre del año doce del siglo veinte. Le repetía a su único compañero: “Yo no entiendo como viví engañado toda la vida hasta hoy después de noventa años que veo más claras las cosas y entiendo los asesinos que son los comunistas. En un aspecto soy bolivariano porque Bolívar con la vaina que le echo al Generalísimo Francisco de Miranda la cagó, un acto de traición, un acto de cobarde y delator, pero ese y que es un pequeño lunar en su historia, porque dicen que la Primera República se perdió en Puerto Cabello y de eso acusan a Miranda, pero ocurre que el jefe de la Plaza era Bolívar siendo Coronel, lo entregaron a Monte Verde, el carnicero de la Corona y este le dio a Bolívar el pasaporte o Salvoconducto para que huyera Curazao, fue un acto atroz.

Pero Bolívar le echó un camión de bolas a los 47 años que vivió, peleó en 472 batallas, recibió 72 derrotas, participó en 79 grandes batallas, en 25 batallas estuvo a punto de morir, anduvo por más de 123 mil kilómetros, más, mucho más de los navegado por Colon y Vasco de Gama, liberó y fundó naciones. Fue jefe de 5 naciones, cabalgó 5.500 kilómetros, es como media vuelta a la tierra, diez veces más que Aníbal, 3 veces más que Napoleón y el doble de Alejandro Magno. Escribió 92 proclamas con sus ideas libertarias, elaboró 2.632 cartas. Lo más arrecho de Simón Antonio de la Santísima Trinidad, es que dictó simultáneamente en diferentes idiomas a distintos secretarios y, como si fuera poco su ejército nunca conquistó solo liberó.

El americano más grande y prominente era humano y cometió errores, no quería ser jefaturado por nadie. Era mantuano, rico en aquel entonces y abandonó comodidades para hacernos libres. ¡Carajo! Es posible que allí esté nuestra falla de origen; esto último, lo dijo tan duro que el muchacho se despertó brincando del viejo chinchorro donde se había dormido a mita de la conversa. ¡Viejo! Este chinchorro huele a taquito de Tullio. ¡Caracha negro! Si ese chinchorro hablara te daría pavor montarte en él.

“Lo más difícil y arrecho para el hombre es llegar a viejo solo y limpio, de que va a vivir, de los recuerdos, de la habladera de bolserías que es muy raro el que las cree”. Esto lo fue diciendo en su

lenta travesía desde el fogón hasta la última piececita que tenía el Rancho, la cual no distaba ni tres metros que para él era una distancia difícil para atravesar a gata y a rastra dada que las coyunturas y todo su cuerpo entero ya no le pertenecía. Era un cuerpo sin gobierno, gelatinoso y cubierto de cierta escamosidad reseca por el agua y por el sol. —Cuantos días tiene sin bañarse. Le preguntó el muchacho con cierta timidez y temor de alterar al viejo personaje, no se le fuera a privar de una arrechera o morir de un solo brinco.

—Es que no tengo idea porque me cuesta mucho bajar al río Hueque y bañarme; además, es que no me provoca, los huesos me duelen mucho cuando me ataca el frío, además dicen que el Che Guevara duró años sin bañarse en la Sierra Maestra.

—Ese lo que era cochino, desaseado, yo no tomo eso como ejemplo. Soltó el muchacho aquella frase que para el viejo era como una ofensa herética, dado que su admiración por el Ché no tenía límites ni comparación alguna.

Anduvo trasteando en busca de una peinilla descachada para zamparle unos planazos al muchacho, pero reaccionó deponiendo su actitud por muchas razones: Aquel era su único amigo, la mente no le dio para recordar donde estaba la peinilla, además había decidido que el infante sería su heredero exacto y pleno en quien delegaría sus secretos y ciertas cosas hasta ahora ocultas y sin pensar las consecuencias le soltó a este: “No voy a morir ni defendiendo ni admirando a nadie,

tal vez tengas razón, la era de los mitos pasó y la que fueron antes revoluciones ahora son roboluciones y los que fueron ante perseguidos ahora son perseguidores y matadores.

Sacó de un viejo bolso cordobán colombiano que se lo trajo el flaco Prada en un viaje que lo llevó hasta la China buscando apoyo de Mao Tse Tung, de Lin Piao y de la Banda de los Cuatro cuando no eran banda ni forajidos de ellos mismos.

Unos corotico raros, según dijo, eran las grandes fragancias y remedios usados en la guerra y su época, una guerra inexistente, pero hablaba de aquella como si fuera combatido con Napoleón o Alejandro el Grande.

Los lanzó sobre el mismo suelo y apenas se leía el nombre de un bálsamo, Álcida, Heno de Pravia, Colonia Brut, Tabú, Pomada de Campana, Iodex, Brillantina, Old Spice, Agua Brava, Mertiolate, Brylcreem, Menticol, Timolina, Agua Florida y por último un frasquito sin etiqueta, pero que por la forma debería ser Pino Silvestre.

Con regocijo le dijo: “Es pá que sepas que yo usaba los mejores perfumes y colonias y a las mujeres les regalaba el Carmín con la Magnolia. Todos estos ungüentos me los compró en la tienda la Diadema, el Enano Víctor González (Pajarito) en Barquisimeto cuando yo estaba clandestino y te los doy a ti pá que aprendas a usar vainas gúenas y de hombre.

El muchacho fue destapando una por una y todos estaban como el viejo: secos, inservibles, sin

olor ni aroma, se habían evaporados como se esfuma todo lo pasajero en la vida, incluso esta.

Lo cierto fue que el Seretón preñó a Benita y se armó el gran lio, dado que su madre tenía el virgo apartado con la idea de venderlo bien vendido a los que compraban estos productos tan escasos al correr de los años. Ante tanto regaños y empujones a la preñaíta, esta había optado por una estratagema riesgosa, pero cubriente o encubridora del verdadero y exacto responsable del daño virginal. Cuando le interrogaron, con seriedad y carácter dijo que a ella la habían luchado un grupo como de cinco guerrilleros en el buscadero de agua, encabezados por el negro Hilario, Choropo y al resto no le sabía su nombre ni los conocía, por lo que ella no entendía de cual había salido en cinta o si por el contrario cada uno le había hecho un pedazo que le gervia en sus tripas.

Al viejo Gabino le fue imposible admitir aquella versión porque conocía los códigos conductuales de los cimarrones y sabía que el negro Choropo a quien vio levantarse, nada tenía que ver con esas artilugias o artimañas; de todas formas, hizo la catamenta de creer aquella historia para salvaguardar a su compadre el Seretón de las magias y otras que él le había enseñado, lo tenía en la mira. La facultad de aquellos secretos pensaba enterrarlos donde solo él podía entender. Los últimos representantes de aquella cimarronera parecían no solo olvidados, sino que ellos propiamente navegaban en la inmemoria del desvivir.

El maquinero operador de la caterpillar y hacedor de sexo a cadáveres, practicante obligado de algún trabajo voluntario y desbrechador de rutas y caminos en la serranía, lo vieron en una marcha a la visconversa en un ajeleo infecundo buscando la sombra de algún árbol y solo miró asoleado el tronco podrido del inmenso Yaraco en medio de un desierto asoleado, infértil e infecundo.

Iba sin la maquina a piemente cuando se detuvo ante los camperos indagantes, sobre aquellos solo mostró un escrito en telegrama donde le decía que el presidente Gallegos había sido derrotado por sus mejores amigos y se le ordenaba dejar la maquina en la borde del pozo en Murucusa y quedaba despedido. La tristeza que mostraba era honda y doble, por la derrota del Maestro ilustre y por su desamparo como desempleado.

Con ciertas lagrimas le dijo a Medardo que había terminado el Estanque para que pudieran beber agua los Murucuseros. El pozo que mando hacer el Maestro presidente Gallegos. El hombre más civilista y humanista hasta ahora conocido, el de Doña Barbara, Canaima, Pobre Negro, Sobre la Misma Tierra. Este noviembre de 1948 será fatal para la República, porque los rebullones del miedo, los buitres del despotismo y los zamuros zopilotes del saqueo le perforaran las tripas a la nación.

Beberán sangre de rebullones porque siempre han sido los militares en quienes no se puede confiar, no son civilistas, no son leales por ambi-

ciosos, son despostas acostumbrados a obedecer al de arriba y pisotear al de abajo. El militar no cree en la gente, en el civil y se consideran los enviados a salvar y es el contrario. Es corrupto por formación, por eso mi presidente Gallegos lo tumban sus cercanos amigos y colaboradores. Meraldo yo siento un gran dolor porque era el inicio de la democracia. Pérez Jiménez, Lovera Páez y Chalbaud enterraron las esperanzas mías. —Y quienes son esos porque parecen musíú, es por el apelativo, ese presidente que busted mienta era de los de aquí o dionde, yo no lo había oído mental. Indago Meraldo. Y volvió otra vez la dictadura, la cruel, asesina, la llamada Seguridad Nacional. La cantidad de asesinados, desaparecidos, secuestrados en las cárceles más lóbregas como las del Obispo, Las Tres Torres, La Rotunda, El Fortín, los Retenes y las torturas aplicadas en ellas y sus relacionados como el terror y la muerte. Sin libertad de nuevo, sin ley y sin estado de derecho, solo los reyes uniformados y sus secuaces reina y venden a la nación, pero a sus años retornó la democracia, las muchedumbres restablecieron lo que más aman las naciones, la libertad.

Tendrían que recorrer casi cuarenta años para que apareciera otro militar encantador e impostor que se trasladó hasta la Mansión de Pérez Jiménez a rendirle pleitesía y llamarlo ¡Mi General! Al rebullón mayor, al del miedo, el que por años había que echarle la sangre de muchos hijos de

Bolívar, en los tronches de los Jardines de Miraflores o en las bacinillas olvidadas en la Orchilla por diferentes amantes de turno.

Estos rebullones de nuevo estirpe convertidos en buitres, zamuros, zopilotes y en diferentes rapiñas y guacoas cantando bonito, le rasgaron las tripas, las vísceras a varias generaciones llegando a ellos ofreciendo libertad a quienes ya la tenían, ofreciendo casas a quienes la tenían, ofreciendo tierras a quienes la labraban, ofreciendo luces para encandilar a quienes disfrutaban de electricidad, presentándose como los enviados cual mesías al aplicar la escatología de la salvación.

Por tiempos y era, por etapas y ciclos periódicamente los rebullones han sometido al país de los civiles y siempre entregando nuestras riquezas a cierto rebullón mayor, al rey zamuro, bien sea del Caribe, de Europa o Norteamérica. Estos rebullones no son como los amaestrado por Doña Barbara en su Finca “El Miedo” son como mansas palomas, tan mansos, tan simpáticos, tan llanos en su trato, tan querendones, tan idealistas, tan soñadores que los pendejos dejan lo seguro por lo posible y los ponen como Mono latío de Perro.

Al termino de setenta u ochenta años la obra del maestro Gallegos sigue dándole agua a los Murucuseros y los rebullones han muerto en su propia desolación en que sumieron a los paisanos. Lo más importante es que aun los niños dicen “Voy

a beber agua en el pozo de gallegos”.

El rey Zamuro pudiera ser el animal más bello y flamante de la fauna avícola criolla, de colores varios, blanco, negro, gris y un encorbatado rojo que parece hijo del diablo. Este sujeto tiene unas funciones sanitarias que solo él cumple mediante privilegios que le otorga la inmensa banda de zamuros que, al localizar un cadáver de vaca, de burro, perro o gente le avisan, no se sabe mediante que mecanismo de información y este se representa haciendo movimientos rituales y encantadores, bailes alrededor de la presa, la cual es revisada por este que constata su intocabilidad por parte de aquellos.

Luego procede a comerle los ojos al cadáver, le pica un poco la lengua y dando la vuelta en revoloteos rítmicos le pica la caglera al animal reventándole los farandales del culo con exquisito y cirujano proceder, antes de esto los zamuros permanecen expectantes en redondel diabólico, cuando el Rey se levanta en vuelo bajo y rasante ellos descuartizan aquel cuerpo tironeando tripas, vísceras, carnes, piel, huesos y todos en armonía rítmica demuestran que “Zamuro come bailando” y destrozan el poder de la carne en un manjar constante de alabanzas y nutricios esquilmes.

Solo queda la carroña, el retobo, un cascaron vacío como muestra del saqueo hecho a su presa, el reguero, los escombros y sus cagadas regadas en los alrededores de donde ensucian árboles y

frutos vírgenes con sus mierdas contaminante. Algunos pajaritos y aves menores llegan con timidez a ver que consiguen del festín, pero lo más rico, nutritivo y sustancioso fue jartado por los negros pájaros Zamuros, especialistas en el hurto y saqueo. Ellos los propios capirotes y buitres solo les quedan contemplar al escorrogio, el reto-bo y el mierdero de la ex vida, ellos solo contemplan sus propias mierdas.

El Maquinista frente a Meraldo lagrimeó secamente su padecer en sus ojos secos, sin entender que aquel no entendía su lenguaje, aunque si sus palabras de ser afligido, de ser sufrido. No era ni la sombra del hombre fornido, imponente que llegó destruyendo con aquel aparato lleno de humo contaminante de un espacio virgen cuando fue querido y admirado por los nativos, ahora aislado y despreciado por los mismos nativos, por los animales que se comió, por el Yaraco que derribó y por Punito a quien, en un soplo, la vida desde aquel árbol se le voló.

En el cruce de los cuatro caminos conducente a casa de Estefanía, a casa de Erotia, a casa de Valentina y a casa de Demetria fue que lo sorprendió un grupo de mujeres armadas con palos de diferentes tipos, con piedras recién paridas en el mes de febrero, gritando a gañote completo, improprios de todo tipo sobre aquel hombre.

¡Viejo desalmado, hijo de puta, pecador, violador de cadáveres, cogedor de muertas, comején de palo, mierda de tu mierda! Y miles de obscenida-

des fuera de tiempo y con propósitos de linchar al hombre que en algún hospital lejano le había hecho a un cadáver de mujer cierto exabrupto, parecido a lo que él llamaba “Hacerle el amor” a alguien que, aunque parecía muerta inspiraba vida y estaba viva.

Tan viva estaba su cuerpo que hubo algún momento que se le pareció a un Tequeño crudo, su cuerpo era laxo y sutil, sus ojos permanecieron abiertos en gesto romancero de los quereres perdidos sin perderse, idos sin haber partidos e incluso porque jamás terminaron.

Se arrodilló en el mero centro de la Cruz de camino en un escenario sin fin, a esperar la muerte traída en brazos, manos e indignación de aquellas hijas y nietas de esclavos africanos esparcidos por diversos lugares de la Sierra desde que se fugaron ante la derrota de la primera gran revuelta encabezada por el Zambo mayor José Leonardo Chirino en Macanillas.

Solo veían sus ojos una pelota grande muy negra, muy despavorida en avalancha hacia su cuerpo inerte y crudo, con la muerte en alto y sin dentadura, solo sus encías golpeadas por el magullar de yuca cháutes, le brillaba a aquel rebaño de mujeres enardecidas. De su boca cayó una mascada de tabaco de varios días, porque solo se la sacaba por las noches cuando dormía algún tantico y la repasaba aun cuando ya no tenía sabor a tabaco, pero era la mejor forma de mascar su saliva y alimentarse de sus propios intestinos,

pendiendo de una hilacha de saliva gelatinosa y oscurecida; aquella bola rumiada, cayó lentamente al suelo sin romper el hilo conductor entre la vida y la muerte.

No tuvo tiempo para limpiar su boca de aquella baba dulce y mugre, sustentadora de su ex alma. A lo largo del camino solo miró y recordó a plenitud los ojos brillosos del cadáver de su amor desconocido y rememoró aquel momento para él, fecundo cuando sintió que el cuerpo de su amada sudaba bajo su pecho y para razonar justificadamente su amor muerto cuando intentó penetrar su vientre, era virgo y virgen y sintió que se enamoró mucho más. Se le recopió en su mente una vulva lo mas parecido a una Lefaria sin reventar su fruto y la besó desosegadamente comprobando que el amor ni después de muerto muere. No perdió perdón ni en su mente ni a su cuerpo y sentía aun el vapor, el almizcle, el sopor y el resuello de aquel amor cadáver vivido. Un amor sin nombre y sin ley porque jamás supo lo que establece el Código Civil; en tal caso, siendo un amor muerto sin morir cuando lo es escatológico por antonomasia si está permitido.

De rodilla buscando a Dios en lo infinito se acordó que no podía llorar porque el llanto se había secado y escuchó el tronío del rio Hueque en su crecida desde el vientre serrano lleno de agua en mojarlar festivo y vendavaloso. Recreó en segundos la imagen tan dulce e insípida de aquel amor hospitalario y, miraba ciertos días desandar a la

mujer vestida de gabardina o tafetanes de seda, caminando hacia la mata de limón que estaba en la borda del paso y se ponía a contar los limones con las manos tan largas y menudas que parecían cuerdas de telaraña.

—Como te llamas. Le preguntó una noche desde la ventana de la cocina.

Faltan nueve limones, le contestó entre dientes. Efectivamente eran nueve limones los que él había arrancado ese día anterior. Eso lo transfiguró pensando que su vida ya no le pertenecía, sino que la tercio el alma hacia otra orbita donde no se distinguía cual era la verdad y cual no, quien estaba vivo y quien estaba muerto. Otras veces lo veían llegar de madrugada y los perros ni latían porque en su propio sueño creía que debían ladrarles a los vivos y no a los muertos.

Tomaba el Taburetico, se sentaba en este abajo del vacío de alguna vaca, le acariciaba los pezones, le olía el cuerpo se inspiraba hacia el cielo jociqueteando la jeta y daba su aprobación para que la ordeñara como alguien muy conocido y bien querido, la veía con un traje impecable, adornada con rosas azules porque en vida odiaba al rojo y según decía era el color del diablo.

En medio de mucha mierda de vacas, becerros, toros, gallos, perros, pájaros y otros especímenes no se manchaba absolutamente con ningún sucio y cuando se levantaba con el Tobo espumoso de leche parecía levitar sin tocar el estercolero que, cual tapete en el piso era señal de la ex vida.

Optó por no hablarle más, pero cada día y cada noche el sentía que su imagen era más y más viva por lo que tampoco se interesó en saber su nombre, porque entendió que a cada rato le amaba más, aunque viviera eternamente de su recuerdo. Cuando vació la leche del tobo en un envase diferente, leyó en su espalda el poema mas corto existente en su mundo: “El amor y el olvido nacen juntos”. Miro al suelo a sus pies y encontró muchas hormigas caleteando por mordiscos lo que había sido la mascada del tabaco y sintió cada tenascon de aquella, mordiendo su propia alma. Aquellos improperios duros e insultantes de las mujeres en rebelión, no les entristecieron ni se dio por ofendido, solo creyó decir algo entre sus dientes. ¡Por fin están tomando conciencia! Mejor ser profanador de amor y no de tumbas. Se levanto en un salto elástico y atlético abriendo sus brazos en cruz, diciendo: “Si por eso quieren lincharme he pagado mi sanción, pero así no mataran el amor, ningún muerto muere dos veces”. Allí fue que un jopeo ensordecedor rompió el eco por sobre el zumbío de las aguas acrecentadas del rio Hueque. Cuando apareció Meraldo dijo: “Es lo que falta que las mujeres del pueblo se vuelvan locas; acaso van a matar a un muerto, se me recogen, carajo”. Y de la tierra salieron rayos y chispas de candela cuando este rastrilló un machete Collins calibre veintidós escalonado por ambos lados...y volvió una paz como de muertos. Al mismo tiempo parecía cansado de la herme-

néutica de la muerte. Se cruzo en la Cruz de camino, se persignó y haciendo cierta señal, dijo: “Dios en mi camino”. Cuando dio el primer paso comprobó que estaba vivo porque hacia cincuenta y tres años, cuatro meses con tres días que había nacido y así se lo recordó cuando Meraldo, le dijo: “Puedes tomar el camino que quieras”. Y él tomó el conducente, a ninguna parte.

Toda su vida era un gran vacío y no se intrigó por retomar ideas ni ciertos rumbos perdidos. Solo una lidia en su cabeza ardía y esa tarde volvió a encontrar la muerte de aquel amor muerto y en desvarío, viéndole como cuando le sacó un virgo duro, salitroso y cansado, entendió que nunca jamás ni aquí en la tierra ni por allá en el cielo sería el mismo, porque ella le dijo: ¡Quedé preñada! No puede ser, es un invento sutil y bonito, pero no, no jamás. Por lo que ella se le acercó al oído y le dijo: “Pendejo, si le creen al Viejo Testamento, porque no crees en mí”.

Allí comprendió que estaba loco de la cabeza y muy cuerdo y lucido por el otro. A tal punto sería la loquera con la cordura que precisamente era lo equilibrado de su

mundo, donde hay momentos en que los locos dominan en los cuerdos y este al otro.

Había circunstancias en las tertulias que la violencia cortaba el aire, dado que ambos lados de su cabeza parecían tener suscrito cierto acuerdo para no agredirse y sus platicas constante terminaban por asumirse ambos con cordura y entendimiento.

En sus noches de insomnio cuando el lado tostao de su cabeza se dormía, él penetraba en sus cata-tumbas cerebrales y occipitales, descubriendo en ese extremo un solo juraco donde appena pernotaba una pequeña ñema de alguna larva de cuando se le incubaron gusanos de Tábano mocho o de algún sancudo de los millones que lo habían picado en La Sabana del Mosquito, cuando acampaba en las orillas de la laguna de Quererepa y en la Ciénega Linda, donde el viejo Tano Oliva jartaba a los guerrilleros con mucha carne seca de venado.

Había momentos más de la cuenca en que el lado loco sometía al cuerdo imponiendo ciertas reglas y consignas como sucedió en la disputa sostenida cerca de Paraguachoa donde el río Hueque y la quebrada arman una guerra entre sus turbulencias de todas las aguas serranas, asemejando el frenteo del Diablo y Dios, del bien y del mal, terminando por arrasar con todo a su paso, fue allí que terminó creyendo, que la vaginitis y laberintitis eran lo mismo, porque las causas de ambos males se producían en ciertos orificio, por lo que se convenció que el amor se podía hacer por cualquier “joyo” incluso el del oído.

Ambos habitantes de aquella cabeza divididas en dos mundos concertaron el acuerdo de convivencia más genial conocido hasta hoy y fue que se turnarían y rotarían la vida para cada uno en turnos de cuarenta y ocho horas y cincuenta y cuatro segundos por guardia e igualmente e igualmente

el mismo tiempo de lapso para el descanso de uno y otro. Cada cual direccionaría el gasto de su tiempo al libre albedrío.

Cuando le tocaba la Poste o Guardia al “Tostao” le daba por caminar setenta y seis pasos y medio hacia adelante, igual cantidad de trancos hacia detrás sin pelar ningún a ningún lado y calzando el pie en la misma huella o chaza, lo hacia marcialmente y de forma tan rígida que daba la impresión de ser un militar vencedor de todas las guerras imaginarias e inventadas en la ex vida. Lo hacía en línea recta y en una también aplana-da donde también los burros se revolcaban; cada vez que llegaba sudoroso a la meta, levantaba los brazos y saludaba marcialmente a un público que solo en su túnel mental existía, aplaudía, daba media vuelta, yéndose de retroceso o la viscon-versa hacia la otra meta.

Otras veces le daba por desafiar las aguas turbulentas del rio por entre las inmensas piedras agua debajo de las cataratas. Saltaba y saltaba entre una y otra cual libélula desafiante, ciertas veces parecía que caería al torrente barroso de aguas milenarias y hacía torceduras de acróbatas y volvía a estabilizar en un solo pie su vida. Ese día era para todo tipo de ejercicios, incluso de orden abierto y orden cerrado donde hacia énfasis en impartir órdenes y gritos militares aprendidos con el instructor Antonio Zamora, en las diversas escuelas de formación. Iniciaba dichas actividades desde la madrugada; en algún lapso, la viejita Tas-

mila lo interceptaba ofreciéndole algún pedazo de arepa remojada en suero y él sin detenerse le decía, “todavía usted tiene la mala costumbre de comer, acaso no sabe que los locos nos alimentamos de lo atávico y los recuerdos” y la dejaba con la mano estirada.

Cuando casi se oscurecía y después de haber dejado charcos de sudor le llegaba el cuerdo y le tocaba el sentido cantándole ¡Levante recluta que ya amaneció, porque no te viniste cuando me vine yo, tururu, tururu! Imitando el sonido de la Diana. Cuando aquel relevaba a este en la guardia, el cuerpo lo sentía aliviado por haber perdido todos los kilos logrados en el invernadero anterior, la ropa no le llegaba, las coyunturas traumadas, los músculos acalambrados y un hambre de perro e pobre. No lograba explicarse tal desbarajuste físico, pero entendió que definitivamente su cuerpo no tenía dueño y su alma vagaba en el mundo. Entre loco y cuerdo el hombre se volvía múltiple como las hojas arañantes de esperanzas deseos de su pasado y, en cierto momento decía que estaba viviendo el futuro, conversaba con las hormigas y adoraba a todos los animales del reino, los perros más rabiosos no le agredían, los pájaros y todas las aves les canturriaban desde su cabeza, donde depositaban sus cagadas con diversos colores y olores.

Convivía en fructífera vejez con la crianza de algunos especímenes de serpiente o culebras venenosas como Macaurel, Terciopelo, Cascabel o

Chaguaritos, lo cuales llegaban disciplinadamente a las cinco y treinta y cinco de la mañana para dormir todo el día en medio de círculos diabólicos o malignos, le pasaba su mano por todos u cuerpo globalizado y solo hacían algunos movimientos mediante el cambio de colores de su piel, colores ignotos y mareados.

No siempre coincidía el cambio de guardia de ambos sujetos, cuerdo y loco; en el mismo cuerpo, con la salida a las seis y cuarenta y cinco de la tarde, en formación alargada del culebrero o serpentario en fila india dispersados hacia la orilla o ribera, donde no solo navegaban con sus cuellos alicaídos, sino que cazaban sus presas preferidas de ranas, sapos, renacuajo y otros especímenes abundantes bajo las piedras del río Hueque. Y comían tanto que llegó un momento lento y enlutado en el que el río quedó quieto, callado y triste porque hasta porque hasta los grillos fueron traídos por el rebaño de culebras venenosas que dormían su vida de día mientras se levantaba de noche.

Tenía 163 serpientes adiestradas y disciplinada de tal comportamiento que ninguna se equivocaba de lugar para dormir y el orden para salir y entrar del Rancho era tan estricto que no era posible distinguir el tamaño de cada una ni cual era la cabeza o cual era la cola del rabo porque se alineaba de tal forma y con tal velocidad que más de un curioso cayó a sus pies desvanecido por el efecto causado por el culebrón más inmenso, ja-

más visto ni en toda la Sierra ni en toda la bolita del mundo.

Solo un percance inoportuno transfiguró en cierto momento las relaciones armoniosas hombre – culebra y fue cuando en el cambio de guardia cuando el cuerdo se quedó dormido y el loco siguió de largo sobre la hora. Este no conocía con exactitud donde poner a tientas el pie o la pisada que eran los pequeños trancos que aquel daba sin molestar nunca a las víboras, por lo que le afincó levemente el pie a un Cascabel mediano y este le tiro un tenascon al talón que ya iba en el aire y solo le introdujo los dos colmillos inyectantes del veneno, pero los incisivos no pudieron entrar en aquel pie que era todo un cayo duro e impenetrable, de alguien que toda la vida había andado descalza. Solo le hizo dos canaletes bien enmarcados, dos hendiduras amarillentas, dos caminos, dos destinos sin penetrar en sus carnes también entiesada por la vida y por la ex vida.

Allí se tramó en un combate desigual con aquel rebaño de reptiles venenosos y amaestrados por algún espíritu no terrenal. Con una toca de machete que le acompañó en toda la otra guerra, le entró a machete en forma inmisericorde destrozando cuerpos dormidos, volviéndolo en rolos y trozos pequeños los gruesos hilos culebreros y brotaban de ellos rebaños de pequeños culebritos por nacer y reventaban los huevos de otros, dando salida a minúsculos serpientes que cual lombrices inundaron no solo el rancho sino a todo

sus alrededores porque no le alcanzaban las fuerzas para matar tanta vaina y empezaron a llegar los zopilotes y diversos pájaros o aves rapiñas y se llevaban en sus garra toletes de serpientes amantecados por la gordura y hacían viaje sobre viaje cargando a su nido; el ultimo cascabel que mató, debió ahorcarlo con su propio puño izquierdo porque el machete se volvió romo y terminó partiéndose sobre el lomo de un macaurel cuatro narices, y lo mantuvo aprisionado en la garganta hasta que el ultimo respiro arrojó mucho veneno amarillento que se chorrío hasta el antebrazo en forma fría y espeluznante.

¡Al fin! miró el escenario midiendo daños y efectos de la trifulca. “Por fin que gane un combate, una pelea a pesar de mis noventa años” y se tiró al chinchorro donde ya era cuerdo.

En adelante los días se tornaron estrechos y con poca luz por lo anubarrado del tiempo de febrero cuando los pescadores dicen que es el Vendaval y la sombra del Jurel porque es cuando este sale Mar arriba saltando en cardúmenes buscando el Sol y allí aprovechan para capturarlo en sus redes. El rio antes silencioso empezó a ser muy bullicioso, no solo por su corriente Sierra abajo hasta llegar a la Costa del Caribe, sino por los gritos y cantos diversos de ranas, sapos, lagartijas, grillos; y hasta el maullido de ratas y ratones, era espelúznate, no tenían a que temerle porque el hombre empezó a comerse las ranas más grandes, las ratas mas grandes y todo lo que se acrecentaba en

aquel reino, pero eso lo volvió asqueroso y más rechazador por los pocos congéneres del vecindario. Cuando recuperó la razón casi no conocía su cuerpo ni las funciones de ciertos órganos corporales, su cuerpo había sido sometido a un régimen tan forzado que él desconocía, tan estricto, tan agudo, tan fuera de tiempo y espacio que se mantenía en una duda de limbo si era o no era, si podía o no podía y lo mas grave, terminó por creer que en la realidad de la vida no existía, por lo que le daba igual sentirse bien o mal, querido o desquerido, pero deslumbrado de sus recuerdo viviendo de su futuro.

Ese día recibió un mensaje cuando dormía y un espíritu se le acercó al oído y escucho la voz de un viejo amor: “Si algún día no estoy recuérdame bonito, T.Q.M.” Hacían setenta y un año que no sabía nada de aquel ser tan especial que lo amó para la eternidad desde que alguna vez en varios encuentros se le entregó virgenmente en un día sin luna, sin sol y de mucha luz que en sus ojos miro, lloró de tristeza, sintió duro un retuerzo intestinal sin saber dónde le quedaría el corazón casi detenido en los enormes y lindos recuerdos de un cuerpo frágil y virginal, aleteador de su andar. No tuvo fuerzas para amarrar los recuerdos, mirando, sintiendo la partida de lo que nunca pudo tener.

Todos los caminos mentales conducentes a la nada rumbeaban siempre el ocaso del sol inmortal de luces oscuras de su alma metido en el mismo cuerpo indócil e incontrolable aturdido por un recorri-

do vivencial de años en la soledad profunda, en la soledad dada por la derrota, la soledad por tanto amor vivido, la soledad dada por un trayecto que tenía dibujado en un mapa mental solamente conocido por él y sin encontrar la manera de contarlo y dibujarlo por aquello del temor a ser juzgado por el bien y por el mal, el temor de no ser conocido aun después de muerto. ¡Primero muerto que cansado! Se dijo una vez más.

Había salido de la última guerrilla, la guerrilla de todos los siglos, la de nunca volver, igual como había llegado de ella hacia ocho años, sin nada, sin grado, sin reconocimiento y viviendo de la vida, comiendo de sus recuerdos y esperando a quien no había prometido venir.

Lento en el desandar buscando sus malos pasos, tropezando con miles de imágenes de amigos y adversarios, su mente caminaba una vida que, algunos de su antigua generación habían vivido. Se contaba así mismo, al otro tipo, al de sus adentros cuando en exilio gustoso había compartido y había operado con un venezolano tan criollo como el bautizado por las policías europeas como el hombre de las mil caras. Lo conoció en la Patricio Lubumba, un centro de formación político militar soviético y de allí salió convertido en técnico explosivista, piloto aéreo, estaba cerca al lugar donde el MOSAD policía israelí, voló en pedazos el cuerpo y el carro de un camarada argelino llamado Gudiac, lugar teniente de Ben Bella a quien tumbaron mediante golpe de es-

tado. Al tiempo se supo que un cazador de los israelí había sido el cerebro del sigiloso y sostificado atentado.

Todo ello lo relacionaba con las tantas francesistas, rubitas, europeíta y una que otra latino turistera que había romanciado en lo más íntimo de las heladas templadas de tan lejanas tierras. En aquellos tiempos y en aquellas latitudes añoraba y deseaba sus rastros, peñascolones y farallones serranos criollos, pero aquí era el hombre más buscado para matarlo si estaba vivo y enterrarlo si aparecía muerto.

Nadie sabía suyo, inimaginable su paradero y todos los atracos a bancos, asaltos a joyerías, la muerte de algún soplón, sapo o policía, así fuera en Villa de Cura, en Río Claro o en San Juan de las Gardonas, las policías venezolanas se lo asignaban achacándose a su prontuario. Era como el Piquijuy dijo un cronista de la muerte llamado José Campos Suarez. ¡El crimen no paga! Decía al final de cada alocución.

En aquellas etapas y por dichos territorios se relacionó con todos los insurgentes y terroristas del mundo y principalmente de latinoamericanos como los tupamaros, nicas, salvas, hondureños, guatemalteco, faracos, elenos, libios, turcos, palestinos, cubanos, dominicanos, puertorriqueños, bolivianos, argentinos y algunos venezolanos del FLN duglista que seguían pregonando el carácter continental de su revolución. Él ya no creía en nada de esas vainas, pero el instinto cho-

reril siempre lo convencía arrastrándolo a sus designios. Sería por eso que invocaba y convocaba al sute de sus confidencias seniles a buscar los chécheres que el flaco Frank había encaletado en algún aiton de las cabeceras del río Hueque, cerca de la reventazón después que había perpetrado el mayor atraco expropiador a cierto banco donde no podían con la rialason y tuvieron que desnudar a los vigilantes y usar los pantalones como mapire carga dinero. Lo que no sabía el viejo guerrero, ahora en invernadero senil que sus antiguos compañeros habían sacado de la culeca en diferentes monedas de varios tipos y denominaciones y se lo rumbearon en los mismos burdeles de los amores comprados, pero eternos.

Después de la matazón de serpientes indujo al niño a ser como él y este le ripostó que su edad estaba para otras historias y no para borrascas tan agrias y amargas como las suyas, y se quedaba más que impresionado cuando lo contemplaba contemplar el deslizamiento de las aguas del río sobre las piedras de muchas puyas, pero lucidas en su andar; cantando intercaladamente y en sus ritmos respectivos estrofas del alma llanera y versos de Mauricio Babilonia, aquel personaje garciamarquiano con sus mariposas amarillas que fueron liberadas por Los Corraleros del Majagual.

Relataba sin esquivo los personajes del colombiano de Aracataca o de Macondo, desde el doctor que comía hierba como los burros en las hojarascas hasta el último Buendía sobreviviente en Ma-

condo que engendro con su propia hermana un hijo con rabo e cochino y un cardan descomunal. Decía conocer tanto al Gabo que sin verlo sabia porque le gustaron las mariposas amarillas y que Francisco el hombre no era sino su remembranza, pero sin acordeón. Que el Mago Melquiades no era gitano sino un contrabandista nacido en riberas del rio Hueque en la Sierra falconiana y habíase ido huyendo a Sinamaica, donde se especializó en ciertas artes con los destacamentos que dejó organizados el guayacán.

Otras veces le narraba al “Edecán” que le estaba ocurriendo lo mismo que al coronel, esperando diariamente una carta. Él esperaba que los sobrevivientes de faenas anteriores les llevaran los dineros que habían capturado, incluso el botín de Aruba y el casi naufragio siempre con la frase del ocaso, “el chino y los muchachos tienen que venir”. Otra tarde se embravecía, perdía el control y gritaba: “Joda al coronel y a mí nos ocurre lo de todo pendejo que se muere esperando a naide”.

El tiempo cual incasable viajero había causado un avejentamiento en su existir que su otra lucidez parecía mermada hasta el punto el confundir nombres de todos sus amores vividos y a las llaneras le daba el nombre de las orientales a las serranas las confundía con las andinas, alas cubanas con las palestinas, jurando y perjurando que esa tarde había estado en su rancho Benacutierra la medio paso, la putica del 7 rojo, el burdel don-

de se había enconchado y encabronado después de llegar con sus alforjas repletas de dinero mal habido y con su autoridad y autoritarismo le preguntó al regentador ¿Cuántas mujeres hay aquí?. El tipo muy asombrado le contestó: “Hay veintitrés, un mariscal que hace limpieza y uno que otro cabrón. Por qué será.

—Bueno ciérrame el burdel y déjame las mujeres, corro con los gastos y los costos, pagándote con antelación.

Y así lo hizo casi por mes, haciendo orgias con todas desnudas en un salón, fumando cigarros, bebiendo caña, pero entendió que no podía abastecer a aquel lote y mandó a buscar a la Cochina Rebolledo y a Canilla e Burro dos guerrilleros de su destacamento que habían invernado en la zona de Copey y las Guabinas. Él terminó empapao con la Paso Fino y pensó casarse con ella y mas de una vez se empistoló con la fuca o la guacharaca para darle chicharrón a otro cabrón que retorno por ella con la excusa de haberla tenido primero. Lo sacaron del burdel limpio y sin un cobre, pero desramado y fue el viejo Chilo quien lo sentó en un Ponchera de Peltre llena de huevos y se los chupó todos por el culo, succionando aquello con un silbido delgado y azulado porque no tenia ni los farandales ni la gorrاندanas, era un cuerpo demasiado desgavillado y sin gobierno. Lo recuperó una sopa preparada con pichones de palomas cagonas, aliñadas con montes selváticos que solo Chilo conocía.

En sus delirios seniles era tema constante la Paso Fino en medio de aquel zoológico femenino y lloraba un tanto seco y agudo al nombrar a la putumaya, haciendo mención de la canción de las canciones que bailaba con estas y el número que tenía asignada en la Rockola; ejemplo, La pollera Colorá era el 172 – B, Los sabanales el 4—C. Y sabía a plenitud las canciones de Los Corraleros del Majagual y Lisandro Mesa, unos colombianos que ponían a bailar a los venezolanos hasta el Gloria al Bravo Pueblo, el himno nacional, sin que se dieran cuenta de tal acto de traición a la patria.

Cuando hacia la siesta mantenía el cuerpo dividido, una parte dormida y otra despierta, un ojo abierto y el otro cerrado, bajo la mata o el palo de la Parapara se arremolinaban los recuerdos que los chorocos y otras hormigas y bachacos se llevaban en perfecta formación a sus cuevas a sus áitones; las contaba en fila india todas los días, así como de noche contaba las estrellas que decía “mis estrellas” y se daba cuenta cuando faltaba un bachaco o una estrella y su ausencia, de uno u otro le aumentaba o acrecentaba su nostalgia, su soledad y sus recuerdos.

Al tronco de aquel árbol y a la orilla del río les contaba leyendas e historias a los muchachos, pero solo uno de aquellos se le quedó por siempre. Decía que solo le quedaba un amigo porque siempre llevaba la cuenta en una parte de la mente y sabía que todos sus amigos humanos habían muerto o se habían olvidado suyo, terminando

ser lo mismo. Solo el río era su fiel amigo, conversaba en términos extraños con aquel, todas las mañanas, sentado en una barranca introducía sus pies hasta después de las rodillas y decía que sus aguas frías le hablaban, traían noticias, lo curaban, lo fortalecían y le enseñaban amores que el desconocía en cantos finos y a colores de los pájaros y todos los otros animales que en él vivían. El ruido de sus aguas noche y día eran tan melodiosas que en sus canciones solo le ponían la música con el viejo Cuatro del que solo le quedaba el pescuezo, tres cuerdas y la tablita de arriba porque en sus diversas caídas lo había descalembado. Decía ver las imágenes de sus antepasados en un estanque cristalino lleno de muchas piedras en el fondo, desde allí un viejo amor, tal vez, el primero en su vida le salió desde lo más hondo y le dijo: “Y ahora qué haces viejo Zorro”. Allí se percató que el río era el más claro amigo y su confidente. Estoy escribiendo el libro que lo van a leer más que la oración de San Pedro y San Pablo y el Ángel de la Guarda, el de la dulce compañía. En ese delirio lo sorprendió el muchacho que ahora llamaba “El Edecán”. Le disimulo el conversatorio diciéndole que él tenía que hablar en su otro “yo” porque lo había dejado solo y había optado por conocer el lenguaje del río, de los pájaros, de las piedras, del viento, de la luna y de las estrellas para tener amigos fieles y constantes de verdad, amigos imperecederos y fuertes como la roca inmensa que mana la vida y nos regala su vida.

Y voy cambiando la vida, la mía y no la de los demás, soy víctima del amor, no he debido ser guerrero sino poeta, bohemio y escritor de sueños. Es la fuente de la vida, la vida misma, mis ríos, mis pájaros, mis piedras y todas mis soledades juntas. “El amor no tiene lejos”. Escribió en el barro que, de la vida, en arcilla el río hacia todos los días. Las cartas que nos depara la vida son desconocidas, pero hay que saber cómo y cuándo jugarlas. Tenía noventa y tres años y de aquello de libidinoso, solo le quedaba la fama y el recuerdo. En este río zambullo mis recuerdos para que se ahoguen, ojalá terminen nadando.

Hubo tiempo en que hacía esfuerzos por llorar y no le salía el llanto, sus ojos se había secado por siempre y si lograba liberar alguna lagrima no lo percibía su rostro agrietado e imperceptible; lo que había sido una espesa barba, se había convertido en ralos hilos de pelusa de varios colores, pero hebras debilitadas por la golpeadura de la vida.

El Rancho vara en tierra solo queda uno de sus iconos donde se acumulaba su capital; algunos libros sin poder leerlos, todos malheridos por el tiempo, ver pequeñas olletas donde, cuando conseguía fuego para prender fogón, ponía a hervir algunos topocho, yucas, ñames a pura agua sin sal porque ni para eso tenía en su existir, algunas imágenes de santos famosos como San Agustín, San Caralampio, Santa Apolonia y un destartalado sagrado Corazón de Jesús. Sobre estos casi en el techo, un escrito sobre un viejo cartón: “Pero

estoy vivo” con puntos suspensivos antes y con mala letra.

Había sido desde que se fue a la guerrilla el Ateo mas inconvenido del grupo, solo porque oyó decir al jefe indio que, Dios no exista y el que crea es un contra revolucionario, pero cuando iba para una acción urbana o rural, se le encomendaba a escondidas y portaba en su cartera una esfinge del Ángel de la Guarda, no me desampares ni de noche ni de día, dulce compañía.

Ahora se había convertido en fanático de Dios y sus correligionarios. Todo era, Dios Padre, Señor perdóname, Señor no me abandones porque lo último que me queda eres tú señor de los cielos, estoy arrepentido, no de haber matado a nadie porque no me consta, sino de haber engañado a tantas mujeres diosito, perdóname por haber sido aventurero desde Aruba hasta Palestina, Argelia, Francia, Londres y por haber creído en tantos locos y locuras, te lo pido señor por haber creído en psicópatas y ludópatas como el Cabito, como Fabián y tanto engañadores de oficio y vivianes del esfuerzo y bolas de los demás.

Así lo encontraba su “Edecán” en sus diarios delirios. ¡Calle la boca! no mencione a Dios por que usted ateo. “Cuidadiíto que vaya a comentar que a esta edad me he entregado a Dios, nunca me le he entregado a nadie y a estas alturas de la vida, primero muerto que entregao”.

Antes que los terrones tiesos de la soledad jodan ni cuando ya más viejo los recuerdos se me desa-

barroten en el abismo del querer lejano... No es igual vivir que existir.

Estas noches y días que no se quien mes la dio se las he dedicado a ustedes sin mirar a ningún lado porque muchos han vivido sin existencia alguna. Sin andar ni dejar huellas; vayan siempre, aunque lejos a sus madres, denle el abrazo fecundo y el beso sembrador de esperanza, porque hay un pedazo frío de mi cuerpo viejo donde duermen sus calores.

En estos días o noches ya me son igual, siento que el tiempo me cerca y me achica. Oigo noticias que mueren mis amigos, no en la guerra sino dominados por ese veloz exterminador que es el tiempo: Asustados unos, arrepentidos otros los mas en la huida eterna del hombre: el desamor.

En este desandar son ustedes mi croquis — mapa de la vida y de los encuentros, allá donde mis andares me hicieron fértil, ahora con ímpetus de arrepentimientos de ciertas vaina y entro en laberinticos pensares.

En mis soledades he pensado en suicidarme y me digo: Opción absurda ¡no joda! Jamás y punto. He pensado en tantas injusticias y me faltan las bolas de antes.

Entonces pienso en esperar que mi corazón no muera nunca por tanto amor que tengo arremolinado en él y que me dieron para guardarlo sin merecimiento en ciertos casos. Pues no moriré nunca por pendejeras. Saben qué me transfigura la vida, pensar que a mis noventa y tres años me sirvan los enfinteres del cerebro o de los farandales de

los intestinos. Quiero pedirle que este guerrero no se un balaustre de su propia mierda porque no es justo que un hombre arrecho y cuatriboleado se convierta en una piltrafa de sus sueños irredentos, subversivos porque eso sería mi más fuerte derrota, mi terrible derrota. Me iría sin enterarme que quien me derrotó sería yo mismo.

Dejó vainas pendientes con cada uno de sus cuadros sobre todo un galardón que deben colgarle de sus cuellos para que exhiban con orgullo ante el mundo nuestro retrato del amor y del saber, siendo hijos nobles, querendones y del buen vivir. Voy entrando en una locura celestial de contar todas las noches las estrellas de mi corral y me ofusco si alguna me falta, los extraños y no me provocan las noches de otros lugares. Ya no vivo en lugares distinto donde no escuche el cantar de mis guacoas anunciadoras de la muerte o de la lluvia. Hay días en que me levanto con ganas de pedirle perdón a mis hijos y siento que son parte de mis dulces y enormes pecados. Quiero pedirle clemencia a todas las mujeres que he tenido y Dios me dice que le falta tiempo para resolver ese cardumen de amor y espíritu honesto.

Hoy que se mueren mis amigos siento que se me agota el tiempo, estoy como entre tercera y home, con ganad de anotar, pero las canillas no me dan. Solo les pido, les suplico que cuando me vaya, no se para donde, no se desunan ni se desvivan por nada material de lo puedan dar al arte fecundo en claridad y luz.

Trataba de aprovechar sus destellos de lucidez, pero sentía que el sol opacaba todo su candil esplendoroso de recuerdos idos y amores perturbados. En su chinchorro curtido con oliscosos sudores, lleno de agónicos entendimientos sin cuerpo, parecía todo menos eso, su piel se había tornado lucia, si ningún pelambre y se le dibujaba todos sus huesos en líneas deformadas, de tal manera que la hilamenta del dormitorio se le incrustaba de tal forma en su piel que le dibujaba un mapa tan laberintoso como había sido su vida.

En las idas y venidas a gata o gateando hacia el río, su piel se cubría de barro húmedos y polvorientos sedientos. Le narraba al muchacho o a lo mas de las veces a sí mismo a solas, toda la trayectoria de la guerra que no fue guerra, pero en el drama y el tormento de estar vivo con la esperanza del regreso de sus amigos convictos en sus acciones y del sin número de amores vividos en ese gran delirio donde ahora empezaba a dudar si en verdad habían sido suyas o solo era un sueño senil y donde el delirio se acercaba más y más a la orilla del río. Seguían siendo amores irredentos en las turbulentas aguas de su aridez y sequías eternas.

Decía que en su chinchorro cabían todas las mujeres que había tenido porque allí se agolpaban en las noches sin dejarlo dormir, pidiéndoles perdón las reunía a todas y no cabían en el rancho, ninguna había envejecido y se mantenían en una juventud eterna. Con agilidades tan estilizadas que le hacían sentir pena de su cuerpo devastado y carcomido por la voraz vivencia de los años.

Sorprendentemente ninguna le reclamó nada y asumían una pose tan de vírgenes traída de algún más allá cerquita y el sabía a plenitud que bailaban la danza de su velorio, dado que la muerte dormía con él tomada de ambas cabuyeras del chinchorro. Solo una de ella le saludó gesticulosamente y cuando se le acercó al oído le dijo: “viejo coño e tu madre, por fin te encuentro” y le agarró su miembro dormido. Era lo único gueno que Dios te había dado, pero como el es quien quita y pone, se te murió primero, más allá se encuentran.

Había noches y días, para él, el tiempo había dejado de ser claro oscuro y era una sola tendereta de sucesos juntos e indivisibles, todo se le había detenido para devolver, regresar a su ex vida. Se imaginaba cuando era día porque todas las viejas encabezadas por Valentina pasaban a buscar agua al río y decían una a una

¡Como amaneciste comandante!

Nunca he sido ni seré comandante, solo se que desde que he nacido hasta hoy he sido un troco e pendejo y bolsa.

Se hacia el loco porque aquel lote de mujeres, casi todas le habían querido en sus buenos tiempos.

Cuando se le acostaban los espantos y sentía la mala hora gritaba pidiendo que no dejaran al diablo llevárselo porque estaba allí sentado convertido en gato negro haciéndole ojitos subliminales y seductores, tan claros y amarillos que decía ver el mundo global en esos pequeños glóbulos ocu-

lares. Lo hipnotizaba de tal manera que desde hacía cierto tiempo practicaba con la muerte como su más efectivo guardián y le preguntaba por todos los muertos en las últimas guerras como el General León Colina o el General Laclé; instantáneamente, la muerte o el gato le sentaba las animas de aquellos difuntos alrededor del chinchorro y veía correr la sangre del General Laclé manándole del vientre de donde le había entrado una bala raza en las inmediaciones de La Vela de Coro cuando la invasión del General Rafael Simón Urbina desde Aruba o Curazao con ganas de derrocar a Juan Vicente Gómez y al General León Colina.

Lo veía retorcerse de cólicos por enfermedades contagiosas llegadas en barcos holandeses que traía alguna que otra putica para negociarla con los interesados en tabaco amanillado o Brandy servidos con ojo de Buey y huevos de gallina criolla y toque de nuez moscada.

¡Yo no quiero esos muertos! Decía en gritos retumbantes

¡Quiero los del más acá, de mi vida o ex vida!

Pero nunca pudo concertar una reunión con los muertos de su frente guerrillero; solo la composición del teniente Reverón, que él mismo había acribillado en la emboscada de Pueblo Nuevo, se le presentaba a cada rato.

¡Me mataste! Escuchó claramente su voz y allí empezó una invasión de ranas como nunca se había visto, algo tenebroso cuando saltaban al

mismo tiempo por la cumbrera y la solera del ba-raentierra su cuerpo fue cubierto, tapizado por diminutos cuerpos de ranas y el sentía que la muerte es gelatinosa y fría, se le tornaba el cuerpo pesado e inamovible, ya no era suyo.

¡Bienvenida muerte, tanto esperar y llegar cuando más la necesito!

Las ranas empezaron a llegar por el mes de abril, junto con la primavera seca. Con esta serian cinco primaveras sin lluvia y la sequía era de seis años y los últimos niños que habían nacido en ese lapso de tiempo no conocían la lluvia. Los manantiales se habían secados y las vacas morían paradas meciéndose al compás del viento, los pajaritos bebían el sumo de los cardones, los árboles solo aparentaban sus hilos blanquecinos envueltos en la humareda de los incendios de la vegetación prolongada en la sequedad matadora. Con la llegada o de la invasión de ranas todo cambió. El brujo Gabino decretó razones bíblicas al fenómeno y dijo que era porque últimamente estaban pecando contra Dios, dado que los compadres se cogían entre sí, las matazones de gentes eran irracionales y los incendios eran desmedidos, nadie rezaba ni oraba. Por desconocimiento de ello, nadie sabía ni persignarse la señal de la cruz, eran casi animales sin rabo y con el culo en la cabeza.

El único que sabía de oraciones era el hombre, oraciones enseñadas por el primo Besnaldino en la guerrilla recién pasada. Le había enseñado la

oración del tabaco, la oración de conseguir mujeres, la oración de volverse culebra, la oración para curar gusaneras y las parótidas, la oración de volverse invisible ante el enemigo y la oración de la lluvia. Esta última sería determinante hasta con las ranas, pero no quiso rezarlas, solo les gritó ¡Corran ranas!

Desde el principio, al inicio de la llegada de las ranas todo cambió, nadie podía dormir porque al tratar de hacerlo, algo frío y gelatinoso se le paraba en la punta de la nariz. Nadie podía orinar ni cagar porque cuando las mujeres se agachaban para hacerlo un raneco se imantaba en la puerta hermosa de su cuca y le daban escalofríos que trancaban sus esfínteres.

Cuando saltaban de un lugar a otro hacían sombra y el sol escaseaba y en esos vuelos orinaban y cagaban desde el aire.

—Así sería la lluvia de ante. Preguntó algún niño.

—Así era cuando llovía, lamentó Gabino.

Las mujeres llegaron en protestas a sus ranchos, pidiendo que se rezara alas rana porque el pueblo se acabaría en la frialdad de sus orines, además él podía ser culpable por haber matado todas la serpientes o culebras en el último combate desigual con sus propias crías. Esas culebras venenosas eran mías, replicó tajantemente.

Allí se recordó cuando a machetazo limpio liquidó tantas víboras de diferente nombres, colores y denominaciones que aun el veneno amarillento y pegajoso permanecía reseco en el palotaje del ba-

raentierra y se acordó limpiamente cuando corrió su hilo imperceptible de aquel líquido asqueroso por el camino mayor hasta el buscadero de agua en la única cacimba que le quedaba con agua al río. El único bebedero.

Así por sus instrucciones no rezaron oración alguna, pero les explicó convincentemente que por algún motivo y milagro Dios les había enviado aquella invasión de ranas y ranecos, no era para enloquecerlos, dado que el tiempo y la vida había obrado así, por ello les ordenó ubicar un gran fondo melacero del viejo ingenio azucarero, construido por los alemanes Fokas para hacer azúcar moscabada, lo instalaron en el mero centro de lo que antes era el caudal del río ahora seco, donde pasaba la corriente antes de la sequía que padecía y la llenaron de agua cargada colectivamente en tinajas, castrolas, barriles, cueros y latas galleteras, desde el manantial de casimbas sobrevivientes del candelero, aquello fue obra de un rato hasta rebosarla y empezaron a lanzar ranas y ranuecos en aquella pequeña presa de agua fría, estas se extasiaban estirando su cuerpo con sus largas patas flotando en aquel mar de la felicidad engañosa, así hasta juntar ciento treinta y seis kilos de batracios. Las primeras que lanzó fueron las que cubrían su cuerpo, el cual quedó gelatinoso, baboso e inmanejable y por primera vez sintió el efecto de la vieja juventud.

Le prendieron una fogata abajo y por los lados al recipiente full de ranas estacionadas quieta-

mente en el frío de sus aguas límpidas y salvadoras, cuando fue calentando en hervor infecundo no tuvieron tiempo de percatarse de la fría y calentosa muerte, ni se imantaron ni cambiaron sus miradas de ojos grandes, solo el palpito de su gualgüero se fue calmando lentamente como todo en la vida, sin apuros, sin tener tiempo de levantarse a preguntar como fue el milagro tan celestial de cambiar el frío por el calor y ambos por la muerte purificante.

Cuando cambiaron de color ordenó: echar los ocumos y ariguaje hasta que se ablanden, y así fue.

El hervor de aquel asopado en ebullición eterna daba la impresión de algo infinito saliendo de lo más hondo de la tierra, en ese florecer del caldo pasaban en vueltas y volteretas fugaces partes diversas de las antiguas ranas convertidas en esquilas cárnicas casi desechas por el calor y la fuerza del hervor que tornando aquel caldo en algo multicolor y espeso. El mismo olor era el del cilantro de pozo, traído de la montaña del aguacatal donde aún vivía la madre del comandante Choropo, amo de sus muertos.

Cuando dieron el toque final al condumio o sambumbia, ordenó una fila india que se tornó larga porque la noticia se corrió en torno a la sopa sin especificar el contenido, por lo que llegaron gente de caseríos cercanos y los bebedores de Cocuy cargados por un tal Cheche Mora de Murucusá y Jesús Montero de El Paso y El Encanto no hicieron reparo del contenido sino de la cantidad de

sopa y carnes vertidas en zendo Caldero. Debíó construir un inmenso Carebe o Remillón con un Camuro el que Meraldo guardaba treinta kilos de semillas de maíz todos los años para sembrar si el tiempo era bueno.

Repartieron el caldo espeso y picosos, por el ocumo y el ariguaje nunca se terminó porque cuando se mermaban lo bautizaban con más agua y sal en grano que revolvían con el mismo casabe, pero con el mango del palo del gebe al revés. Solo sabían unos pocos del contenido de la sopa o estofado y la mayoría pedía repele como en la guerrilla donde el hambre no faltaba y él se había creyendo que se comía más que en su casa que era casi nunca donde el pan era escaso y poco conocido.

Al Poeta Montero no le extrañó ni el olor ni el sabor a rana, dado que cuando el ejército del gobierno lo torturó para que dijera donde estaban los guerrilleros, le dieron a comer sapo crudo.

Esta sopa huele a rana decían algunos; y completó el espectáculo, un indio peruano o ecuatoriano portador de un maletín portafolio, vendedor de metol chino, agua de vavandí, polvos libidinosos alargadores de la erección y el disfrute orgásmico. Este dijo que, en su lugar de origen, la selva peruana, eran tan pobre que se comían hasta los gusanos buceso que se crían en los troncos secos y nuestros Yanomanis los engordan para su manutención junto con las arañas monas que ellos llaman tarántulas.

El indio pasaba los días jueves y la sopa había sido montada el domingo por la tarde, empezó a romper el hervor el martes y le echaron las “provisiones” ese día antes.

Vendía muchas imágenes sagradas engañapendejo y se la daba de brujo caminando de pueblo en pueblo, diciendo que en su país se estaban muriendo de hambre y aquí en Venezuela había de todo tipo de riqueza y comida, por lo que ellos, colombianos, ecuatorianos y peruanos están mudando sus familias hacia este país donde nadie se lo impedía, dado que los venezolanos somos como Bolívar “Chéveres y guena gente” ... Y culianteros...

Sólo en aquel lugar empezaron a retoñar los arbustos y florecieron algunas plantas, por la humedad dejada por las ranas en su estampida, al ver su linaje o rebaño hervir en aquel solar cruel y desmedido, irracional y hambriento.

—Cómo amaneció, comandaaaaannntee.

Aquí esperando a quien no ha quedado en venir sin esperar la muerte, ella espera por mí cuando se necesita, la muerte es lo máspreciado y deseado.

¡Ave María Purísima! Usted es un asesinado, ojalá este yo cerca cuando se esté muriendo pá excomulgarlo, le soltó la vieja Tasnilia con tanta tranquilidad que ni la tinaja llevada en su cabeza llena de agua desde el bebedero se le movió asentada en su ruadillo de cepo camburero.

Qué sería de nosotros si no existiera la muerte. Después de la vida lo más bello es la muerte cuan-

do la necesitamos, es como el amor en todos los tiempos. La muerte no es un deber incumplido, es el paso a la eternidad, porque que fastidioso sería una vida eterna, el amor tampoco es eterno, a veces lo ves nacer y lo ves morir.

¡Viva el amor, el amor, carajo! Siento tanta ternura y furia, pero me faltan las fuerzas, así es la vaina cuando no falta una vaina falta la otra.

La vieja Tasmilia se le acercó un poco a su cara y le dijo a media voz: “Trate con el indio que pasa los jueves, ese vende remedio para ustedes los hombres cuando cargan un muerto encima, desde agua de vavandí hasta mentol chino, el primo Demetrio dice que son güenos”. Un muerto encima. Coño y son varios los muertos y no revivirán, pero tienen tiempo ladrando en el alma sin haber matado a ninguno...o a varios.

Efectivamente espero al indio peruano en su pequeña Posada y le hizo una tratada por ciertos ungüentos. Se trancó en el pago, no tenía una locha partida por la mitad y eso le devolvió la vida a los tiempos en que manoseó dinero por pipas, sacada por pacas de las bóvedas bancarias y en micros segundos se acordó de todos los atracos efectuados. Se dedicó a buscar en todos los rincones del rancho entre las páginas de los viejos libros e increíblemente asumió que estaba en la pobreza extrema de la miseria soñada como ajena. Fíeme esta semana, le pagaré cuando llegue un dinero, mucho dinero que me guardan mis viejos camaradas, compinches, panas burdas

o compitas como quiera llamarlos de la otra ex vida cuando fuimos expropiantes. Sólo recibió la promesa que en la otra vuelta se lo fiaría, pero la vuelta no ocurrió nunca.

En una página de un ruñío libro de un tal Mau-setón encontró una vieja carta de su primer amor donde le daba matica de café de una manera revolucionariamente cruda. ¡Amor! Le escribía, “me voy de ti sin dejar de quererte, no me busques porque no me encontraras, no me preguntes lo que no podré responderte, solo quiero que seas feliz, aunque no sea conmigo”.

Hacían cuarenta y nueve años que le había enviado aquel amargo poema y la película de la vida se había roto. No quiso regresar sus pensamientos a los recuerdos de las esperanzas que en la soledad de la esperanza retoñaban en su eterno laberinto de algún sentir esfumado. Ese momento sentía que seguía siendo noble, aun en los estertores de la vida y en el estercolero de la miseria y la soledad.

Aquella carta enorme y extensa le hizo abrir un rincón de su cerebro donde mantenía la imagen de todos sus amores, de todas las bellas y hermosas mujeres que había tenido que no quería ver nunca más. No por odio, no por rencor, no por resentimientos, no por malos recuerdos, sino porque había decidido conservar en ese archivo cerebral aquellas imágenes niñas junto con sus treinta y seis virgos engavetados en ese panal exclusivo para los recuerdos que ninguna soledad, ni vejez, ni guerras ni truenos borraron de

su existir, cundido de la altivez de aquella lividez enardecida. Para más florentinas avejentadas, él asegurabase que todas aún le amaban... y lo deseaban.

Parecía estar claro de sus limitaciones impuestas por la demoledora máquina del tiempo y cada día amanecía con una cuota mayor de olvidos reales unos y ficticios fingidos otros, dado que repetía incesantemente algunos secretos de la guerrilla que se los llevaría a la tumba, a menos que lo hicieran arrecharse.

En sus delirios seniles o locuras avejentadas, le dio por recoger viejas tablas a la orilla del río e ir escribiendo frases en cada una de ellas, utilizando para ello una Lezna o Punzón para escribir a bajo relieve su ánimo del día.

¡Creo sueños! ¡Interpreto pesadillas! ¡Leo la mano! ¡Curo despecho! ¡Soy un náufrago del amor y de la vida! ¡Perdí todas batallas sin hacerlas!

En su reto sin precedente cercano en aquel ámbito espacial estrecho subió al peñasco desnudo y más alto de aquella Sierra cumbrosa. Todos apostaron que a su edad y con los huesos sonoros y quebradizos no regresaría con vida. Escarpo aquella escarpada peña para vivir el sueño de un Poeta en agonías ocultas, en esotéricas escaramuzas de amores perdidos en el bosque del idilio y del extravió. Cuando logró lo cimero, sacudido por ventarrones celestiales y abrazando las nubes escribió su última proclama: ¡El amor... novedoso emprendimiento!

Con exactitud categórica nunca pudo puntualizar fechas precisas de aquellos alzamientos, cimarroneas, subversiones o guerras revolucionarias y mucho menos recordaba si alguien de los cabecillas había decretado su fin, por lo que tampoco sabía si la guerra continuaba bajo alguna etapa de sosiego, flujo o reflujo u otro invento teórico de cierto haz luminosos. Lo más parecido a su barullo le hervía en su cabeza, ya no divida sino múltiple como los hombres y sus sombras constantes.

Aquella vivencia cósmica le parecía atterradamente bella y lo enaltecían ciertas lecturas extraumadas de sueños milenarios, presentadoras de una vida sin fin, pero no eterna.

Bajo el cielo serrano, el cielo mas alto de todo aquel inmenso mundo declaró: “No tengo sentido de lo sagrado y creo en la poética de lo peor, el Dios del tiempo es tan inclemente como la utopía”.

Los amores acilanzados que impregnaron el ambiente en donde había escogido para agotar el resto de sus años le traían recuerdos gasíferos como a metano y clorato, olores diabólicos y forestales, pero olores al fin.

Los vecinos habían reiniciado sus vistas y eran más numerosos y tejían comentarios diversos sobre el llamado comandante, por unos y viejo loco, por otros.

De ambas cosas parecía estar compuesta su desvalijada corporeidad. Decían que había reiniciado una lucidez ondulante y atemporal, de la cual decía que su cerebro era especialista en olvidar lo

inconveniente, pero recordaba los castigos de la vida viral y desnutrida que Dios inconvenientemente le había asignado, vida al fin y sin fin.

“Soy el último Cimarrón de alguna revuelta, soy su espécimen raro, soy mi propio intermediario entre el odio y el amor, soy el último combatiente gritando vivas a la revolución, muera nadie, soy el ultimo ex contra de todo y en contra de nada, soy mi antítesis, un terrígeno extraño. Perdimos la epopeya, se perdió la batalla, se perdió la guerra, se fue la vida, seguimos siendo lo que fuimos siempre desde carajito, un rebaños de pendejos y peldaños para que otros asciendan y suban”.

Hizo una pausa para buscar en su muerte otros castigos para sí mismo. Escuchó una voz lejos, pero muy cerca. “Ahora si se jodió el comandante, loco e bola y sin terminar de morir”. Era su edecán, el único niño amaestrado por él en años y ahora retornaba del Cuartel Girardot al otro lado de la Sierra.

Estáticamente anacrónico, su cuerpo era una vaina rara y casi a rastra con noventa y seis años, decía que ya no pertenecía a ningún signo zodiacal, dado que su corta y relampagueante existencia era lo más parecido a una partícula del famoso polvo cósmico no esplendía nada.

Cuando los asaltos en Aruba y su relación surgida con aquel teniente singon, a quien había convertido en su más eficaz colaborador, precisamente fue este quien lo esperó entre Coro y

La Vela con toda su vestimenta militar y en una ambulancia del ejercito lo trasladó hacia el centro del país donde tenía sus mejores conchas, caletas y escondrijos.

De aquella aventura solo conservaba algunos florines que tenían un valor tan ínfimo que el indio peruano se los acepto por algún mentol chino. Fue en aquellos andares que le contó al militar amigo, la forma de cómo había sido la muerte del teniente Reverón, en la emboscada de Pueblo Nuevo y la Sierra cuando venían desertado de la guerrilla cubana comandadas por Luben y Asnaldo Ochoa y se tiraron aquel vaporón para demostrarle al mundo que la vaina continuaba, por lo que le dijo “el muerto iba a ser yo y no Reverón” dado que cuando paramos al jeep militar casi aniquilado me le tiré al capó del mismo y logré ver cuando el hijoeputa levantó el Fal y me rafagueó, me tire pá atrás y el calorón de las balas me pasó por la frente instantáneamente y con una mano le disparé al tanteo y lo aniquilé en un duelo macabro y en juego la vida. Tenía que acabarse uno de los dos, me salvó las hambres que había pasado y andaba livianito y el cuerpo no me pesaba, sino el asesino sería Reverón, como asesino de aquella era el que después fue General y jefe de otra revuelta y resultó un gran naufrago, el llamado Alférez Grüber Odremán, quien mató por bojote guerrilleros y campesinos en Lara, Falcon y Portuguesa.

Le seguí el rastro al alférez de navío Hernán Grü-

ben Odremán, en los caseríos del Tocuyo, Humucaro, el Potrero, Berlín, Villa Ropa, el Jabón, Guárico, el Cercado, Río Claro, los Molinos, los gavilanes, Yacambú, los Membrillos y en portuguesa, el Charal, las Lagunas, Córdoba, el Cedro, San Juan de Dios y Lomas del Medio.

El Grüber Odremán fue quien mató a Iván Daza, porque fue el 30 de octubre de 1965. Allí mató a seis guerrilleros, además a Rafael Mendoza Camejo, Rufino Terán,

Jacinto Romero, Alberto Paramaconi y Ramón quintero. Ellos tenían el TO3 llamado “Urica”.

Viejo, interrumpió el teniente, esos dos asesinados fueron compañeros míos en la Escuela Militar y nuestra promoción fueron sobresalientes; además, vienen del Comando Sur y de las Escuelas de las Américas, estrenados como cazadores de guerrilleros por los Ranger y el Pentágono.

“Bueno y ahora tú teniente del ejército venezolano, estás atracando con los ex guerrilleros”.

Somos una misma vaina y tenemos las mismas necesidades. Vamos a conservar tu seguridad.

Solo me sacaras con armamento y botín de las operaciones. Si es en una Ambulancia mejor. Lo que dé a cada participante te tocará a ti, lo de la revolución se acabó, somos huérfanos de la historia y lo que nos quedan son cojones para vivir de esto.

Quiero participar en la revolución, dijo el militar, estoy formado para ello y mi familia es de tradición subversiva, remató con nostalgia el efectivo militar,

sin pensar en las consecuencias y el cambio en su vida que generaría aquella noche en que dos guerrilleros lo capturaron singándose la novia de su compañero en las Trincheras del estado Carabobo donde había quedado enlazado, por lo que a posteriori lo localizaría en su vivienda de Naguanagua.

Allí arrancó todo su historial lleno de incógnitas, retos, desafíos, entrenamientos y su largo recorrido que solo la imaginación creativa del hombre puede dibujar en el audaz y desandar de náufragos de sus propios naufragios.

Cuando el timonel del Cayuco Lorenzo Vázquez, lo había navegado desde cierto Puerto en alta mar hasta la Playa de la Retama entre Coro y la Vela, al verlo tan caleteado de cierto botín, le dijo: “El talento no hay que lucirlo”. Entendió que las aguas de aquellos ríos y aquellas playas como en las lágrimas de algunos ojos le nostalgaba una temible historia, era el llanto de su madre que al rezar creaba una atmosfera nocturna llena de dioses, espíritus, vírgenes, seretones y ángeles donde lo viral es lo viril cuando se viene de algún basto drama político, de guerra de aquel siglo XX venezolano, las heráldicas crónicas parecían capas de bobos, de bolsas, de buscadores de gloria y lucro a costillas de aquellos muertos y de aquellos náufragos.

En aquel infértil desierto de la vida jamás clamaría por Mesías ninguno, no quería la promesa de la tierra prometida porque no la quería: “No me prometan la tierra prometida, ya estoy sobre ella”.

Es la voluptuosidad de sus mujeres, lo exuberante y gracioso de esta Sierra, son el pintoresco cuadro pintado con fe y esperanza. Tierra y Sierra te alimentaran de las carnes de mis enemigos y de las mías también.

Se tornaba tan lucido y tan recordador de las hazañas eternizadas en el olvido de sus propios compañeros que a las viejas vecinadas cercó sus varas en tierra en las riberas o remanso del río Hueque, que le sorprendió su actitud tan senil, tan guerra, tan suyas en su tiempo de joven activo e invencible que casi se les parecía a un mejor brujo y eternamente guerrillero de sus buenas épocas, hasta el punto que les narraba aquellos épicos recuerdos sin perder el hilo de los acontecimientos y de las remembranzas de su poética pérdida.

Después del sopaso ranero, el verano y la sequía se tornaron bélicos y agresivos, no solo el río se volvió infecundo y sediento, sino que parecía un hijo del más infértil de los recuerdos. El buscadero de agua, los nacientes y las casimbas se hicieron tan cuarteados que hubo un tiempo donde los animales se olvidaron de su propia alma y su propio ser. Y empezaron a organizar rogativas y canticos de salves anhelante de la fe perdida.

Les rogaron a todos los santos y vírgenes desaparecidas y a medio rezo la vieja Valentina se atrevió a decir: “Este verano y sequía la trajo el indio peruano coño e madre, pero eso nos pasa por buenos y por recibir a cualquier alma errante que llega a estos aletargados y baldíos territorios del más acá”.

Pero era inútil, se había secado, el agua se había huido, solo había cierta humedad entre algunas pequeñas piedras arenosa y el ciclo después de casi cuatro años sin dejar caer una gota de lluvia estaba límpido sin una nube sin un vendaval lejano, sin ningún atisbo que desde sus entrañas podía salir alguna gota de alguna vaina. El mismo cielo se volvió lejano.

Estaban buscando agua con solo mirar al cielo y él agazapado en su baraentierra jugaba con la tierra suelta, polvorienta de sus talones. Tomaba puños de aquella tierra pulverizada como su alma y su ser, la llevaba en su puño hasta su pecho y aquella caía verticalmente sin tomar rumbo hacia ningún lado.

No había vendaval alguno, no había esperanza de lluvia, dado que sabía que si venía algún viento desde el oeste o desde Colombia y los Andes había cierta esperanza, pero era inútil, la tierra caía sobre la misma tierra y desistió de aquellos cariños a la polvareda y se alejó hasta la parapara trabajándola en su tronco y allí sintió un remezón desde el pecho hasta el más allá de su cuerpo miró hacia sus copos y encontró volando sus hojas desde el oeste hacia el este en un rumbo desconocido. Miró hacia el vacío interserrano y logró ver entrar a Carora una nube sin rumbo fijo. Se levanto y dijo con una seguridad plena: Un diade esto llueve.

—Coomandante, usted cree que llueva hoy, que cree usted. Le preguntó con sarcasmo la Docto-

ra Rivas, la de sus amores irredentos, la sigilosa sabionda de todo un poco la Berlín de una vida inconclusa.

Porque usted todo lo resuelve con ese insublime decir que “un día de esto llueve”. Y todos andamos resecos.

La miró con desdén y con una mirada de cazador perdida y le ripostó.

—Mañana le digo.

Cuando miró entre aquel cajón de serranía, donde su vida se perdió en un horizonte llenos de cerros, tepuyes, planicies, serranías varias y resecos sus suelos, se acordó de lo enseñado por el brujo Luis Gudiño de Agua Linda en Trujillo a la pata del Páramo de Guaramacal y el Mojan Andrés Montaña.

Amigo Arcario el vendaval güeno viene de abajo y si el polvo y las hojas suben hacia el este Dios despertó y está con nosotros.

Fueron sus maestros desde que llegó al pie del Páramo Guaramacal en la famosa galucha de dieciséis días desde Piricia en Falcón hasta aquel triangulo montañoso de Trujillo, Portuguesa, Lara y Barinas. De ellos aprendió a calcular la lluvia, a oler el escondite de la culebra venenosa, la brujería del amor y la querencia de la desnudez perdida.

“Al enemigo se le andaba cerca por si él arrebatase al claro”. Le dijo el brujo Andrés, alguna vez cuando todos sus amores se habían perdidos y las querencias fueron escasas.

“La mejor siembra es en seco porque es mejor perder la semilla que perder el tiempo.” Tendió la vista hasta donde le alcanzaron los ojos entre las dos serranías y su mirar encontró matache en la parte de Quebrada Arriba antes de Carora, donde divisó la alzada de una nube densa y muy blanca. Se metió al Bara en Tierra y cuando se encaramó al chinchorro aquella armadura de palos crujía y parecía caerle encima, allí siestó un rato y lo despertó un ruido extraño que por lo cercano que se sentía y por lo verdaderamente lejos que sería, por lo que pensó Enel crujir de la puerta y allí sintió cierto soponcio y susto. Cual puerta, si lo que restaba del rancho ni esto tenía y saltó al suelo sintiendo en el cuerpo una brisa casi olvidada, por los años que tenía sin pasar.

Escuchó por segunda vez el ruido y todas las viejas venían en una polvorienta alegría.

—Escucha el trueno caroreño comandante. Sí, pero ese trueno no es de lluvia, es el trueno de los pecados. Júrele.

¡Coñoesumadre, carajo! Reventó la vieja Olaya en su tristeza y lenta partida de aquella efímera alegría.

“Bueno, Dios no se ha muerto ni ha mandado a decir que está enfermo, otras veces ha llovido”.

La lluvia se desparramó después de aquel micro mundo enegreció, un ámbito espacial que se tornó pequeño por la imposibilidad de ver más allá de los goterones de agua impactante, tan fuerte contra la tierra que esta fue sorprendida en el

aire, pulverizada y convertida en barro lodoso antes de caer al suelo; este tan agrietado por la sed, chupaba y chupaba toda el agua que le caía por fin, después de cuatro años de sequía.

Poco a poco las grietas se fueron achicando, cerrando y empezaron a aparecer pequeños pozos de agua y al rato se iniciaron pequeñas corrientes o chorreras que se iban uniendo una a otra y otra a otra y otras mas hasta llegar al río tapizado de secas hojas caída de la arboleda antes de la alborada de aquel día.

Aquel invierno lluvioso se inició a las dos y cuarenta de la tarde y eran las once de la noche y estaba parejito y sereno. Ahora los truenos se intercalaban con el rugir del río desbordado de su cause por lo estrecho que se había convertido por la pérdida de aquella costumbre de encaminar las aguas.

Al siguiente día todo se había transformado, todo se había convertido en barro y los caminos se tapiaron, se desviaron, perdiéndose hacia donde la vida se bifurca hacia el más acá de la ex vida. Ahora las aguas no eran aguas sino un atol imbebible y feroz. Ahora le tocó pasar sed por otros días en medio de tanta mojadura, ahora la sed eran diversas y no identificables hasta el punto que hubo que buscar cardones y tuna para ayudar asentar o aclarar las vertiginosas aguas vertidas en el viejo fondo hacedor en otros tiempos del gran caldo de ranas y ranecos.

“Esta vida nunca se entiende y ojalá no llegue-

mos a entenderla porque acabamos con ella”. Diciendo aquella frase y caminando hacia ninguna parte sintió el escalofrío del eterno letargo de algún último existir.

¡A malaya, dos buches de Cocuy! Si este mojar sediento me fuera tocado en la guerrilla, el auto exterminio hubiese sido más breve. Y decía que el fracaso de aquella guerrilla no había sido por causa de la derrota del adversario sino por el auto exterminio a que habían sido sometidos, entre diásporas, bohemias y espiritualidades utópicas de algún más allá. Auto exterminio no decretado ni decidido cual línea política. ¡No! Fue la auto conflagración mas ritual y engañosa

después de grandes combates y expectativas por la vida que hombre a hombre, cuerpo por alma, grupo a grupo y todo a todo en un topo a todo fueron desapareciéndose, esfumándose cual eco que se extingue en los haitones de la soledad profunda.

Aquella reguera de hombres que ahora se autodenominaban ex combatientes, eran lo mas parecido a sus propias sombras en las noches sin fin. Deambulaban en territorio de una generación fracasada y perdida, algunos figuraban la pose de la expropiación proletaria para asaltar sus sueños, otros deliraban en sus bohemias teóricas del alcoholismo soñoliento y distante del compromiso perdido.

La derrota fue tan esplendida que a ellos mismo terminó gustándole.

“Menos mal que no tomamos el poder por lo incapaces que hubiésemos sido para conducir los propósitos.

“Nunca más hablaremos de revolución, nunca más arriesgaremos la vida por un rebaño de mal agradecidos, llenos de eternas tristezas y melancolías por sus propios egos”.

“Los cambios de opinión en la historia lo determina la perspectiva del tiempo y ya hemos perdido”.

“Seguiremos siendo hombres justos y buenos en el peor naufragio vivencial”.

Algo insospechado e inesperado ocurrió con el atardecer de un jueves triste de junio cuando el Sol buscaba el oeste; justamente, el rumbo por donde había llegado aquel aguacero inmenso solucionador de algún problema y creador de otro. Miraba pasar las aguas acordándose de cuando pasaba la cabecera del río Portuguesa, el mismo que el General Páez pegó en la historia y por donde igualmente pasaba aquel río, trasladando guerrilleros de una orilla a otra arreguindados de la cola y por el costado de la enjalma de aquel caballo viejo, veterano en cortar aguas crecidas a nado y a pura pata en dependencias del caso en cuestión.

Revivió el momento cuando un guerrillero apodado Clodomiro que su gracia era Jorge Castillo se le soltó del arción y lo sacó el río hacia el chorrerón y allí alcanzó salvarse del ahogo mortal. Esencialmente su vida de noventa y pico de años

la gastaba en recuerdos historiados y en pleno suelo en su Bara en Tierra, pero en los últimos se había convertido en referente para los poquísimos vecinos que le visitaban, ante los cuales se lucía explicando teorías como aquellas de no tomar agua de lluvia, porque según él, era nocivo para el cuerpo y había colocado un cartón de alguna caja como pizarrón, donde explicaba la formula del agua y por qué el agua carecía de minerales porque

no había rodado en tierra ni entre las piedras para obtenerlos de aquellas y proveerlos a nuestro cuerpo; por lo tanto, al consumirla no extraía los minerales del organismo y por eso es que los campesinos de los Andes padecen del Bozo, porque las aguas no tienen yodo y nos debilitan los huesos.

—Este Viejo cada día está de a mierdita. Soltó entre diente la Vieja Eufrasia, quien dijo que había bebido agua de lluvia desde el vientre de Marmatica; y además, la mejor agua para ablandar las caraotas y los frijoles es la de lluvia y deja la sopa insípida.

—Usted cada día está más loco. Remató al ver llegara Valentina alarmada y con el alma en vilo diciendo. Comandante, váyase, escóndase, ahí vienen unos señorotes diciendo que son “generales” y le andan buscando. Desde la primera casa andan preguntando por usted porque son del gobierno, váyase lejos, nos va a perjudicar a todos, a güen vainon.

Se le remolineó la vida en una vorágine de pensamientos... Y para donde se iba y como huía aquel cuerpo semi inútil y basto de piernas acalambradas, artrítico y desnutrido y por lo escaso del pan y por las inmensas y largas esperas que carcomen por dentro el alma.

Solo una idea privó en su mente dividida una vez más. “Estoy perdido, capturado, pero no cagado porque ni mierda hago”. Miró hacia la borde del pozo donde tenía enterrado el último Fal 7.62 Culata plegada, capturado en la penúltima refriega y le fue imposible ubicar con exactitud el lugar justo de la “caleta estratégica”.

Y de haber ubicado el escondite, no tenía tiempo ni de llegar a este, mucho menos para escarbar y sacar el potente fusil, veterano de muchas faenas, porque aquel grupo de hombres bien vestidos e impecables en modales y poses traspasaban el barraentierra antes que él lograra siquiera levantarse del viejo y mugriento chinchorro.

¡Buenas! Retumbó la voz marcial, seca y ruda de tres hombres a la simultánea

—Güenas, contestó tímida y cortésmente una voz casi silente de un cuerpo casi desnudo, medio candoroso, curtido por la intemperie, retostado por la resolana y medio desvanecido por las hambres eternas.

—Qué se les ofrece.

—Andamos buscando al comandante Chinchorro, un viejo jefe guerrillero, un viejo zorro, de los pocos sobrevivientes de la última revuelta de

la lucha armada en la década del sesenta del siglo pasado, del siglo veinte de nuestra era.

—Es usted. O lo que queda de él.

¡Baciél barajó el tiro y quienes son ustedes.

Él, señaló tajantemente a unos de sus compañeros de la izquierda, es el General Torcat. Él, señaló al centro del grupo, es el General Rigores y yo que soy el General Piña. Un cuarto hombre, conductor de un Rustico último modelo y de tracción en las cuatro ruedas había permanecido afuera, lejos del camino, pero sin duda alguna, era alguno de sus ex compañeros que se habían pasado a las filas enemigas y ahora ostentaba algún grado o jerarquía como sapo, soplón, pajuo y policía delator.

Cuando escuchó aquellos nombres soltó un ¡Ave-maría purísima sin pecado concebido!

¡Qué casualidad! Tienen ustedes los mismos nombres de los tenientes más asesinos de campesinos y guerrilleros en esta Sierra de Dios y de nosotros; con ellos, me zumbé más de un cachimbazo.

—Nosotros mismos somos aquellos tenientes, pero hoy somos generales de carrera, por entre otras cosas, haber salvado a la democracia del flagelo del comunismo, derrotándolos a ustedes en todos los terrenos.

¡Ajál Y que les trae por aquí. Si vienen a matarme hacen muy bien porque la muerte me espera en la forma que quiera.

¡No! Nada de eso, somos otra y la misma vaina.

Queremos escribir un libro y usted es el único testimonio andante.

—Y qué dirá ese libro.

—Dirá. “En cierto lugar de la Sierra falconiana”.

—Cómo Cervantes. “En cierto lugar de La Mancha”.

—No existe el hombre más soñador y rependejo que pisa la tierra con un historial tan largo y viviente, con una poética del vivir que ese mismo lo desvive.

—Lejos de hacer la historia, la soportó.

Soltó aquella frase y quedó sumergido en algún pensamiento de aturdimiento, aun no entendía la presencia de los tres militares con el rango generales, quienes lo habían combatido acérrima y criminalmente en la época de la lucha armada, siendo los matones más destacados de la llamada democracia burguesa. Que nombre más atroz. Sólo faltaba el teniente Zavarce.

Estos habían matado a Rídel y Rafael Méndez en El Mitare, asesinaron a varios campesinos como Pedro Colina y Chichón Higuera. Violaron mujeres y saquearon caseríos como a San Antonio, donde no quedó nada ni nadie.

¡Ha! Vienen por mí a matarme ahora cuando soy casi un muerto; por eso, la revelación que me vino antenoche cuando se me presentó una mujer y me llamó calladito al oído y yo despierto se me presentó desnuda y en su negro cuerpo, en la zona bulvica tenía una inmensa colmena afri-

cana, llenos de cacuros venenosos que me perseguían, y me alcanzaron por mi cuerpo lerdo y lento; y no me picaron, sino que me fueron comiendo a dentelladas, tan penetrantes que sentí exactamente cuando la negra orgásmicamente se lamia mi descalciados huesos semi endulzados por las avispas con sus patas colmadas de néctar vagabundo.

Esa era la muerte y el desandar de ciertas animas en penas que aun deambulan con sus almas divididas y sus espíritus no santos anquilosados en los cautivones o áitones de las hondonadas de mi existir, viviendo de serranías insípidas del más acá lejano.

Silenciosamente sostuvo un monologo entre sus dos “yo”. Entre su vida y su cuerpo partido en dos siempre. Mirando con ojos perdidos y con el enigma de lo paradójico de su vida, teniendo al frente al más viejo equipo de la muerte y a quienes le buscaron por años vivo o muerto ahora son de “paz” y cual “angelicales” predicadores de la moral y las buenas costumbres, de lo mas adecentados y hablando mal del gobierno y escribiendo libros revolucionarios e incluso, dándole la razón histórica. ¡Se han visto vainas! Se dijo a sus adentros

De todas formas, en estos malos paso el medio es la orilla y que puede pasar que no haya pasado. Comandante a usted le tiembla el cuerpo. Le inquirió su antiguo perseguidor, el ahora General Rigores, el famoso teniente Rigores del Teatro de

Operaciones (TO) N° 2 con sede en Cabure, en pleno corazón de la Sierra.

—Pero usted me tiembla el pulso General; por cierto, el General suyo se escribe con “g” o con “j” porque al final es la misma vaina.

—Como usted quiera, porque al fin y al cabo este grado lo ganamos en la guerra que usted perdió y su cuerpo lo delata. Las derrotas, dicen, no tienen padre, pero la suya no tiene ni parientes.

—comandante, le dijo otro General. Usted debería tener el mismo grado que nosotros, pero usted no se entregó cuando la política de pacificación y más bien se dedicó a matarnos la tropa y a indefensos campesinos.

—El único grado o jerarquía que luzco en mis imaginarios derroteros es el de Combatiente y me lo gané haciéndolos correr a ustedes en mas de una escaramuza como la de San Hilario, teniente Piña, que lo pelé porque era la primera vez que disparaba un Fal que me dejó Virgilio Choropo que se llevó mi M2 al caserío a contactar.

—Me escapé, dijo Piña, porque el cabo Sandoval me empujó sacándome de la línea de tiro, dado que te vio cuando encañonaste hacia nosotros. La quemazón de las balas me paso al ras del uniforme.

Usted nos mató al teniente Reverón, usted nos mató a la Patrulla en La Curva del Jobo, soldados inocentes emboscados y a una señora con su hija que iba coleada en el transporte hacia el hospital de San Luis, usted fusilo a Heriquito Loyo, her-

mano de compañeros suyos, usted nos mató a los soldados en La Curva de la Uña, usted nos mató a José Domingo Coronado, usted mató al Cabo Pino Nelson y al Sargento Castejón. Usted, usted, usted, mató, mató y mató al teniente Blanco.

—Entonces si eso fuera cierto, estamos hablando entre asesinos porque la lista de usted es larga, tendida y temerosa.

—No, no, no, fue una guerra y en la guerra se vale todo, en ese todo se va la vida, al fin y al cabo, nosotros le debemos el grado y la carrera a usted comandante, y a sus compañeros vivos y muertos; además, demostramos al presidente Betancourt lo falso e injusto que fue cuando dijo que él no se preocupaba ni les temía a los militares venezolanos, dado que la única sangre que habíamos visto, era la de nuestras mujeres cuando le venía la regla. A buen Coñoesumadre así paga el diablo.

—Donde escribiremos ese libro, preguntó el general mas zamarro y cerrado, llamado Zavarce.

—No tiene usted un escritorio aquí, comandante, indagó el general Piña.

¡Coño! Estoy entre asesinos, se dijo para sus adentros. Yo con unos años menos los hubiese pasado por el filo demasiado coñazo.

—Como yo escribo nada más en la mente, lo hago nada más a la orilla del río sentado en las piedras que me dictan los rumbos a seguir. Yo me llevo muy bien con las piedras y mantengo comunicación constante con ellas y conozco la

de “entre ellas”. Las piedras son el enigma más duro que existe sobre la tierra no son muertas ni frías y paren en febrero. Yo las veo parir con sus colores diversos y su vida nada fría. Uno destripa una piedra y no sabe que pueda tener adentro. Las aguas del río deslizan su amor entre ellas dándose caricias tan enternecidas, tan lozano que despierta la poética del beso eterno de las tantas ex vidas que en cada piedra grita.

El hombre tiene que entender que él sin la piedra no viviría ni fuese venido al mundo, por eso existe el amor de piedra.

—Tá loco e bola, se dijeron siseadamente los dos generales últimos del redondel.

—Diatusita, este carajo es lo más parecido a su propia viada, envuelta en el humo más toxico de su vida.

—De qué vive y come usted comandante, pregunto el General Rigos.

—Supiera usted que vivo de los recuerdos, poemas, versos y cartas de amor. Se leer la mano se descifran los sueños y se desatan las pesadillas. Curo el amor viviéndolo generales, en los últimos tiempos me he graduado de ictiólogo, alimentando pescados y viviendo con ellos entre las piedras como el acuario corriente y hermoso de estos parajes llenos de historia y poesías en flor.

—Con qué los alimenta si no tiene comida ni para usted, pregunto el más zorro de los generales, el otro General Tocart.

—Con mi cuerpo, con mi sudor, con mis poros,

con mis cariños que son buenos y no engañadores porque a ciertas horas me les entrego en cuerpo y alma en los estanques donde cubren todo mi esqueleto, limpiándolo de sales, impurezas, pulgas, piojos y pequeñas cantidades de estiércol en que nos convierte la vida. Me tiene los pies delgaditos porque a todos los callos y niguas se encargan de matarlos como usted se encarga de matar tristemente a nuestra gente en esta Sierra y más allá de la Sierra.

Pero la sintonía de los peces conmigo es de tal magnitud que el río los ha llevado hasta las costas del Caribe y se regresan a despertarme con sus cánticos río arriba, orquestando los ruidos que me dan luz y vida para vivir en la eternidad más pasajera de uno el hombre en la tierra.

—Si lo fueran a fusilar hoy, cual sería su último pedimento, pregunto otro General a quien dio tiempo de identificar

Me gustaría preguntarle al coronel Aureliano Buendía, si el escorbuto es una enfermedad del alma o del cuerpo o dentro, ambas se carcomen hasta los recuerdos y si los golondrinos perforadores de los saberes y traspasadores de los huevos o taparos, son igual a los que acá en la serranía llaman ladillas, que joden tanto como ciertos presidentes en sus fastidiosas peroratas.

—Ese coronel Aureliano Buendía, pertenece a que Componente de nuestras fuerzas armadas. ¡Ha carajo! Estos hijo e putas ni leen, se dijo hacia sus adentros, pero son generales, lo demás viene por añadidura.

—Pero eso nos es un deseo para antes de morir, le replicó el general más hablante.

—Precisamente es un deseo de vida porque quiero no morir nunca, aun yéndome para donde debo llevarme lo único que tengo.

La vida es lo único que nos llevaremos, por eso hay que vivirla bien y con equilibrio, sin maldad, sin egoísmo; todo lo demás se acaba, los bienes se vuelven polvo no galáctico sino terrenal. Por eso cuando busco en la mente un verso, una poesía o una canción y no la encuentro y nosotros los militares éramos pueblo, por eso ahora debemos entendernos como veteranos, como combatientes, porque ahora nos botaron como chatarra.

No creo en militares, aunque se digan bolivarianos y revolucionarios, detrás de todo militar está el gorila atropellador, autoritario, entreguista e impostor, lo que les place es el ascenso y las puticas que les dosifican en cada fecha patria un onomástico. Al fin y al cabo, no creo en nadie por lo que me refugio en mi propia soledad, en alguna poesía que ni yo mismo encuentro, pero le tengo el rastro. El caso es que somos especialistas en saltimbanqueos y en inventar revoluciones y contra revoluciones, vaivenes desgastadores de su vida.

El convite con las piedras y sus ancestrales querencias me fortalecen, conozco de sus lenguajes y designios, siento sus ternuras y cantíos entre las aguas, valoro su crudeza ruda ante el frágil viento de sus besos contenidos de su vivir sin pausa y con rumbos diversos.

—Cómo cuantos muertos tiene usted encima. Le preguntó tajante el otrora teniente Piña, sin darle tiempo a que su desvalido cuerpo se desligara hacia las aguas frescas del río Hueque.

Siempre creí en todos estos años que aquella mañana lluviosa en la Sierra detrás de San Hilario, en el conuco de Juan Páz, cuando le zampé un rafagón de catorce tiros a un militar que me llevó a los mocos, primera vez que cachimbeaba al gobierno con un Fal, lo había matado gallarda y limpiamente; ahora, usted me dice que el candelero rafagueante casi le quemó su uniforme, porque a tiempo, el Sargento Zavarce, lo empujó sacándole de la línea de los tiros.

Yo lo vi muerto en el aire y todos estos años ha estado espantándose su anima o espíritu descarriado. Para colmo hoy lo veo tan, así como otro espanto de la ex vida como otro naufragio y ahora yo me siento feliz de mi conciencia, por fin, a los noventa y pico, al saber que fue mentira que no maté a nadie, porque los otros muertos se le dejan a los oficios de la guerra y sus gajes. De todas maneras, ese container o

ristra de muertos fusilados, ahorcados ahogados y los que no han aparecido, dado que usted y nosotros los enterramos muy bien, échelos a mi cuenta porque el más pendejo es el que paga, aunque quede limpio. De todas formas, aquí la orilla es el medio.

—De tal manera que usted no ha matado ni una cucarachita, tan bello y angelical él. Satanizó cínicamente otro General.

—Ni permito que las maten porque son una de mi fuentes alimentarias y proteicas. Prefiero comer cucarachas y no gente.

—Caca, joda, usted es un batracio, porque no criará cerdos y come cochinos, el muy cachuo.

—No tengo delirios de grandeza su General.

—No se vaya por la tangente comandante, yo tengo todo su prontuario, le conozco hasta las mujeres que ha tenido desde la Sierra falconiana hasta el Páramo de Guaramacal, pasando portuguesa, Lara, Trujillo con todos sus caseríos por donde pude haberlo cazado, pero usted fue buen cazador. Yo sé cuántos, y cuáles son sus muertos, pero ese no es el caso, porque usted conoce los míos.

—Le pregunto. Cuál era el pensamiento de ustedes en una guerrilla derrotada, aislada y mal vista. Aquella indagatoria lo empujó junto con sus cavilaciones a los áitones sin fin donde el eco de los recuerdos disparaba destellos de angustias y vacíos de existir. Casi no tenía aliento y el resollar de su nariz era cual caballo corrido hacia la nada y lo mucho de la vida.

Logró sermonear ciertas consignas y respondió tajante.

—Se escapó el gobierno de la Acción Motora Síntesis, de la Ruptura Creadora, del Viraje Táctico, del Árbol de las tres raíces, de la Herejía y la Utopía, con la rebelión de las muchedumbres y hay quienes planteaban robar y matar gente sin hacerle daño a nadie, porque el mundo de los ricos tiene una falla: Coje candela.

Es una síntesis de lo que los ases luminosos llegaron a crear como pensamiento poético y soñador de una generación que no pudo tomar el cielo por asalto, pero seguirá soñando con el cielo más alto de este mundo, el cielo donde la gente sea el mismo idilio desde cuando el hombre inventó la amistad y el amor.

—Ocurre que entre nosotros hubo asesinos y psicópatas, enfermos que solo hablaban de fusilar y asesinar inocentes, como aquel jefezuelo que ustedes tenían

en la Sierra que persiguió a un adolescente para asesinarlo, solo porque se fue de la guerrilla, Moisés Zamora se llamaba el niño, yo lo salve de la muerte, dijo Piña

—Ahora General, pacifiqué a muchos guerrilleros, convertidos inmediatamente en colaboradores. Les conocíamos todos sus movimientos, pero era un macabro juego donde o mediante el cual se justificaba la existencia con el desprestigio que ustedes mismo le daban al comunismo, que era el monstruo que necesitábamos derrotar y ustedes con sus acciones fueron el mejor enterrador y nunca se impondrá en estos valles y serranías de Dios; si llegase alguna guerra será de pericos, pero nunca jamás inventaremos falsas revoluciones ni guerras de la vida irreal.

Aquellas remembranzas le volvieron taciturno, el delirio de la derrota lo aculó en un cavileo estratégico y el episodio mas renuente a salir de su escindido pensamiento, era el de la travesía por el

mar Caribe desde la retama en la Vela de Coro y Coro hasta Aruba y a la visconversa.

Entendía que la inversión en la que habíase jugado la vida era de muy poca rentabilidad, incluso, desde la propia guerrilla había salido sin interiores y desvanecido por las hambres que había pasado en penosas marchas y contra marchas de seis a seis.

—Cuando escribiremos el libro, preguntó el grupo de generales sin levantar la vista del suelo.

—El libro ya está hecho, lo transcribiremos.

—Jamás, no aceptaré acto de reconocimiento alguno, tampoco saldré de mi Baraentierra hacia ninguna parte, menos iré a Palacio Gubernamental ninguno, no permitiré que la espada del libertador de mi General Bolívar siga siendo mancillada, puesto que es la misma replica que le han entregado a sátrapas y kadafiteros. Permanezco en el lugar que me corresponde, en el de los peroles en desuso. Lo que pasó, pasó y los pendejos seguiremos siendo los pendejos.

De todas maneras, tengo una encomienda pal presidente y ustedes la llevaran; dicho esto, buscó un desteñado papel, lo ató bien amarrado con una curtida tira y lo hizo cual cavilar, imagen y semejanzas de sus designios.

—Entréguenle esto de mi parte, del ultimo guerrero, del último naufrago de sueños y desvaríos, del último hombre que se devolvió a tiempo, del último soñador de la desnudez de la palabra y del amor, del último hombre que vive de sus hambres, sin venderlas porque no tiene precio y son

ancestrales, del único hombre que orgullosamente enarbola las banderas de las derrotas, aunque la otra parte de su cuerpo lucha por ser victorioso. Del último naufrago en tierra firme. Del último loco que no ha querido comer mierda.

—La encomienda nunca llegó a su destinatario. Dos causas fatales, tan fatales como la otra, impidieron su propósito. La una, el mal estado de las vías de comunicación, que tardaron la travesía desde la Sierra Madre hasta la capital; la otra, más fatal aún, se murió el Magistrado. El no supo de aquel acontecimiento, jamás se enteró y nunca se percató del impacto de aquella noticia tan desordenadora hasta de los hábitos.

No fue una muerte cualquiera ni de cualquier pisador andante de estas tierras. Fue una muerte a capítulos anunciada por diversas vías y voceros y solo impacto un único parte médico, impartido por el mismo enfermo en su padecer mortal.

“Me extrajeron una bola, un acceso como del tamaño de una pelota de beisbol. Por ello y por otras razones, el contenido del envío se perdió en el tiempo y el desvarío, hasta que, en las mudanzas administrativas, alguien desenrolló el viejo pergamino y le llamaron la atención dos cosas: El título de aquel y la fecha en que había sido escrito.

“Deuteronomio de un Des héroe.

Miró hacia ninguna parte. Vio el campo de batalla sin batalla donde murió el héroe. Las malezas crecen sobre el fértil color de su sangre.

Prefirieron otros la idolatría, la servidumbre al sacrificio.

Inventaron poses, prefirieron su bella ante las miradas de los triunfadores. Su ídolo respiraba entre cadáveres.

Salió a salvo. Tomó un camino múltiple.

Sorteó escombros y sobras de una civilización acomodada históricamente por las valentías perdidas.

Soñó con pueblos descoloridos que le aclamaron en desvaríos convertidos en polvo atmosféricos o galácticos.

Amaba la crueldad.

Padecía la demencia de alguna belleza perdida en un dolor que amaba.

Vivía orgiásticamente algún padecimiento físico con algún padecimiento orgánico.

Herido por dolencias externa, prolonga acuerdos infantiles, muriendo en espaciosos silencios, donde no caben ciertas muertes sin liturgias.

Declara el motivo de algunas victorias.

El pie de guerra es una mania de divinos e infatigables pleitos de sus propias ironías.

Hurañamente decreta treguas ante vehementes reyertas, peleas divertidas y peligrosamente

Nadie ahuyentaba sus sueños porque no tenía dormitorio.

Los diversos y dispersos murmullos de animales nocturnos se perdían en su mente y en la noche.

Confinado en su reyerta, carcomido sus recuerdos por el arrumbe del tiempo, miraba huir la

noche y el día por el mismo rumbo de lo inexistente, de lo oxidado y errático de su propio desvarío.

Sentía cierta felicidad yendo y viniendo en efímeros pensamientos y advertimientos. Se olía bien y mal en algún convivir macabro y fatal.

Alguna tarde sintió la ofrecida promesa de bienestar soñado y lejano.

La saña de sus antiguos amigos le había dejado huecos en el alma, hendiduras corporales y resquebrajado el sentimiento.

Miraba desde lejos las orgias del poder.

Con el empalago del elixir de extraños vinos, le condujeron al mundo del desquerer. Desertadas la fe y la confianza, miraba caer símbolos y hombres.

Oía el peso de la sombra estancada en el día, perdida en su noche.

Antes de nacer la tierra, la idea del hombre era polvo celestial, sombras del futuro. La memoria remienda el deshonor de la derrota.

La imberbe lisonja de la victoria, les arrastra a los pies de otro amo, otros sueños y otros asuntos.

De los hoyos negros, de la negra tierra salían vestigios de las ideas enterradas en depósitos purificados por la clandestinidad de un presente del pasado plasmado en bostas de la vastedad.

Al paso del futuro, acariciando una imaginaria y rabínica barba lee un mito bíblico. Los ebrios que te gobernaron. Aun los ateos sugestionados. En la tumba de un sacrificado se lee: “Fusilado un traidor, no un poeta”. El bosque de la maleza lo nutre.

Fusilar de envergadura histórica... Garbo de la vida. Hasta hoy, y a través de los años con sus noches y sus días nadie había descifrado ni entendido la relación de aquellos hechos tan aislados y desconectados en el tiempo, sólo el brujo Meraldo dijo que era el influir de los astros y de los dioses lo que predeterminaba a los hombres a desvivir, desandar y andar a través de vidas que ni ellos podían ni entender ni asimilar. En ultima instancia es el misterio de la ex vida sin el cual sería imposible la vida.

En las vivencias y convivencias del hombre son determinantes sus convicciones. No puede el humano pasarse de la raya, pretender ser mas de lo que es, ni abarcar más allá de sus brazos, mucho menos insinuar ser dueño del mundo, este mundo solo lo cambia Dios y sus leyes son fatales. El hombre es solo el hombre como el árbol que es árbol y cumple sus funciones, como la piedra dura, fría e inerte y cumple sus funciones. El hombre cambia de paisaje, pero vuelve a su origen de náufrago, cuando siente la muerte recurre a Dios, ya todo es inminente, ya todo está consumado, se acabó esa historia. Hay hombres de sobrevivir, pero no sobreviven. Algún empujón agonístico le impedirá y reproductivo exclusivamente. al hombre ser vegetal.

En los estertores de la vida y la muerte optó por instalar algunos lugares que decíase eran cohortes celestiales: En la pata de un inmenso árbol de cualquier especie de ceiba, bijao, escornoque, roble o cují se leían letreros.

“Cohorte de Simón Antonio”.

“Cohorte de los guerrilleros Hilario Navarro, Choropo, Douglas Bravo, Maquinita, Prada Barazarte el flaco, Rogelio Tabanuco Castillo Gamarra, Coromoto Mendoza, Nicolás”

Y así, sucesivamente, en orden alfabético construyó una galería espiritual, bajo la convicción que lo determinante para el hombre es el espíritu. Se inspiraba tanto en conectar con aquellos seres del más acá, espíritus no tan santos que decían temblorosamente sentir la penumbra de una flauta y el lamento tonal de un violín como ignótico sentir e indicador del rumbo a seguir.

Precisamente su vida a esa altura del desvivir, agonizaba buscando rumbos, grietas o hendiduras por los cuales o mediante los cuales pudiera retomar caminos del pensamiento. Así periódicamente se hacía un auto examen, desde aquel lejano día que tomó el camino de una guerrilla tras la chaza de una fulana revolución que nunca encontró.

Su imagen seguía siendo lo más parecido a una grieta, pero encorvada y cuando la vieja Apolinasia, recién llegada de Bachaquero, le pregunto si sus antiguos compinches le habían llevado los dineros pendientes de las múltiples acciones realizadas, le contestó que para que le serviría el dinero a estas alturas de la vida. Es más, decía que para que le serviría ese dinero a esta altura de la vida. Es más, decía que no quería dinero de ninguna procedencia, ni limpio ni sucio. Solo quería y eran sus deseos plenos y absolutos que las aguas crecidas del río San Pedro lo arrastrara bravíamente

que lo golpeará contra el pedraje y los botúcales, que lo zambulleran en los huecos arenosos hasta enterrarlo en los remansos donde eternamente descansan los inquietos cuerpos y desatendidas almas de este mini globo serrano. Que nadie lo mire muerto, que no lo veloreen, ni le recen ni le prendan velas, porque el olor a vela quemada huele a muertes desordenadas y pocos deseadas. Que su destino estaba escrito para vagar por la tierra en esta y en todas las vidas que le tocaran.

En otro momento de franco y abierto delirio, frente a otra de las cohortes espirituales que había instalado se le escuchó narrar cuando llegó una “Comisión” integrada por Douglas Bravo, Kleber Ramírez y el Flaco Prada.

“Te venimos a buscar porque se aproxima el alzamiento que hemos planificado desde hace veinte años y contamos con el general Pedro María, conductor de tropas para tomar el poder, la artillería teórica se la hemos suministrado para derrotar a los viandantes del Puntofijismo e implantar el proyecto del Árbol de las tres raíces”.

No le dio respuesta por el entusiasmo y solo fueron veedores lejanos de lo que aquel militar intentó hacer, segregando y marginando a civiles y teóricos, como todo militar, creyendo sino en ellos y solo para ellos.

—Volvimos a fracasar y esta revolución se volvió ñoña.

En un amanecer tronando de algún día de un mes de agosto de cierto año, olvidado de las escrituras y borrado del almanaque, fue que llegaron todas las viejas del vecindario dado el hecho cierto de su muerte bajo los escombros del Baraentierra, caído

a un vacío sin fin, arrastrado por una borrasca venido de los cerros de Churuguara, tan inesperado como fuerte hasta el punto que los árboles pegaban sus ramas al suelo, los viejos libros y antiguos papeles de anotaciones de todos los informes políticos recibidos volaron para no ser visto jamás.

Pero no encontraron su cadáver ni su cuerpo lánguido en el esterero. Ningún rastro había quedado y se declararon en emergencia hacia la Sierra Madre, subieron por viento suave hacia el aguacatal y le siguieron la chaza hasta el urupagual y reventaron hacia Los Evangelios donde se acampamentó el último caudillo serrano, llamado infinito.

Rebobinó aquella inmensa película de aquella inmensa y tormentosa vida, su angustiante vida, su enorme vida recorrió el largo camino de sus ilusiones, de aquel eterno soñar y esperar.

Clavó sus ojos en los truenos refusilados de todas las tormentas agigantadas en su poética del desvivir y se le perdió el recuerdo en los inmensos llanos barineses y portugueseños para eternizarse en la haceduría de una generación de hombres que nunca volverán, que nunca nacerán porque sus historias tampoco revivirán.

El silencio sin voz ni eco, le hizo llanto en sus ojos porque el único avío y bastimento para el camino de la vida son los recuerdos sin los cuales no se puede vivir.

—Qué, qué fui a buscar, se preguntó cerrando los ojos para siempre.

¡LA MUERTE!

Contenido

DEL PRÓLOGO	5
DEDICATORIA	9
 CAPÍTULO I	
DE NIRI A GUARAMACAL	11
CAPITULO II	
DE QUIBAYO A LA MAJAITA	33
CAPÍTULO III	
DE CAMUNARE A ALTAMIRA	83

La primera edición de este libro se diseñó y exportó para su publicación en **Amazon** el día 10 de junio de 2025, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el marco de la 7ma Feria Independiente del Libro de Maracaibo.

sultanadellago.com